

LOS DICHOS DE LOS PADRES

Colección alfabética de los Apotegmas

Volumen II

Traducción del P. Martín Elizalde
O.S.B.

Serie
Los Santos Padres
Nº 12

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 – Sevilla

ORIGENES
CRISTIANOS



LETRA KAPPA

ABBA CASIANO

Casiano (360-435) es uno de los autores monásticos más importantes de la antigüedad. Habiendo pasado, al igual que Evagrius, por el monasterio de santa Melania en Jerusalén, recorrió con su amigo Germán todos los centros monásticos importantes del Bajo Egipto. Fruto de estos encuentros son sus dos obras más importantes: las "Instituciones" y las "Colaciones", ambas escritas en latín, cuando su autor ya se había establecido cerca de Marsella, en el sur de Francia. Por medio de Casiano la tradición monástica de Oriente es conocida e imitada en Occidente.

Los apotegmas que aquí figuran bajo su nombre son extractados de sus "Instituciones", con excepción de los números 428 y 434.

427. Contaba abba Casiano: "Llegamos, yo y el santo Germán, a Egipto, donde estaba un anciano. Cuando nos hubo recibido para hospedarnos, le preguntamos: ¿Por qué, cuando recibís a los hermanos extranjeros, no guardáis nuestro modo de ayunar, el que nos fue transmitido en Palestina? Y respondió diciendo: El ayuno está siempre conmigo, mas a vosotros no puedo reteneros para siempre conmigo. El ayuno es útil y necesario, mas depende de nuestra voluntad, pero el cumplimiento de la caridad es impuesto por la ley de Dios. Al recibir en vosotros a Cristo, debo servirlos con toda diligencia. Cuando os haya despedido, podré recuperar la medida del ayuno. Los amigos del esposo no pueden ayunar mientras el esposo está con ellos, mas cuando les sea quitado el esposo, entonces ayunarán libremente" (cfr. Casiano: Inst. 5, 24).

428. Dijo el mismo: "Había un anciano al que servía una virgen consagrada. Los hombres decían: No son puros. El anciano lo oyó. Y estando ya cerca a la muerte, dijo a los Padres: Cuando muera, plantad mi bastón sobre la sepultura, y si germina y da fruto, sa-

bed que soy puro con ella, pero si no germina, sabed que he caído con ella. Y plantaron el bastón, y al tercer día germinó y dio fruto. Todos, entonces, glorificaron a Dios”.

429. Dijo también: “Fuimos a ver a otro anciano, que nos dio de comer. Estábamos satisfechos, pero nos exhortaba a comer más. Al decirle que ya no podíamos respondió: Esta es la decimosexta vez que preparo la mesa para hermanos que llegan, e invitándolos, he comido con ellos; y todavía tengo hambre. Tú, en cambio, comiendo una sola vez, te has llenado de modo que ya no puedes comer más” (Casiano: Inst. 5, 25).

430. Contaba también el mismo: “Fue abba Juan, hegúmeno de un gran cenobio, a visitar a abba Paisio, que había vivido durante cuarenta años en extrema soledad, y como le tenía mucho afecto, y por ello confianza, le preguntó: ¿Qué has hecho, viviendo apartado durante todo este tiempo en que no fuiste molestado fácilmente por nadie? Le respondió: Desde que vivo solo nunca el sol me ha visto comiendo. Le dijo abba Juan: Ni a mí (me ha visto) airado” (Casiano: Inst. 5, 27).

431. Al mismo abba Juan, que estaba próximo a su fin, y se iba a Dios diligente y alegremente, rodearon los hermanos, rogándole que les dijese una palabra breve y saludable, a modo de legado, para poder llegar a la perfección en Cristo. Y él, gimiendo, les dijo: “Nunca he hecho mi voluntad propia, ni he enseñado nada que yo no hubiese hecho primero” (Casiano: Inst. 5, 28).

432. Narró también acerca de otro anciano, el cual vivía en el desierto, y había rogado a Dios que le diese la gracia de no dormirse nunca en una conversación espiritual; pero si alguien pronunciaba palabras de crítica u ociosas, inmediatamente se dormía, de manera que sus oídos no recibían este veneno (Casiano: Inst. 5, 29). Decía el mismo que el diablo es diligente cuando se trata de palabras ociosas, y enemigo de toda enseñanza espiritual, usando para ello de este ejemplo: “Hablando a algunos hermanos sobre un punto útil, cayeron ellos en un sueño tan profundo que no podían mover los párpados. Queriendo mostrarles la acción del demonio, introduce una historia frívola, y se despertaron de inmediato, con alegría. Gimiendo, les dije: Cuando hablábamos de cosas

celestiales, los ojos de todos vosotros estaban oprimidos por el sueño; apenas dije una palabra vana, os despertasteis todos, con diligencia. Por eso, hermanos, os exhorto: reconoced la acción del demonio maligno, y mirad sobre vosotros mismos, guardándoos del sueño cuando hacéis o escucháis algo espiritual” (Casiano: Inst. 5, 31).

433. Dijo también que cierto senador, que había renunciado al mundo y repartido sus bienes a los pobres, retuvo algunos para su uso, no queriendo asumir la humildad que viene de la renuncia perfecta ni la sumisión sincera a la disciplina cenobítica. A él dijo san Basilio esta palabra: “Perdiste al senador y no te hiciste monje” (Casiano: Inst. 7, 19).

434. Dijo también: “Había un monje que vivía en una cueva del desierto. Sus allegados según la carne le dijeron: Tu padre está gravemente enfermo y puede morir, ven para recibir la herencia. Y él les respondió: Yo he muerto al mundo antes que él; no puede un muerto heredar a los vivientes”.

ABBA CRONIOS

Probablemente se trata del Cronios que según el capítulo 21 de la “Historia lausiaca” habría servido a san Antonio como intérprete griego y que después se estableció como anacoreta en Nitria, recibiendo la ordenación sacerdotal y convirtiéndose en maestro de muchos monjes. La “Historia de los monjes de Egipto” (cap. 20) lo describe como “muy anciano” en el año 386. Los apotegmas números 435, 436 y 438 contienen una ingeniosa exégesis bíblica en función de la vida espiritual del monje.

435. Un hermano dijo a abba Cronios: “Dime una palabra”. Le respondió: “Cuando Eliseo fue hacia la sunamita y la encontró, ella no tenía relación con nadie. Concibió y dio a luz por la venida de Eliseo”. El hermano le preguntó: “¿Qué quiere decir esto?”. Le dijo el anciano: “Si el alma vela y se cuida de la distracción, y abandona sus voluntades, llega hasta ella el Espíritu de Dios, y puede engendrar, mas si no lo hace, es estéril”.

436. Interrogó un hermano a abba Cronios: “¿Qué hacer con el olvido que se apodera de mi mente, y no me permite sentir hasta que me conduce al pecado?”. El anciano le respondió: “Los extranjeros se apoderaron del arca por la maldad de los hijos de Israel, y la llevaron hasta ponerla en la casa de Dagón, su dios, y este cayó sobre su rostro”. El hermano preguntó: “¿Qué significa esto?”. El anciano le dijo: “Cuando empiezan cautivando la mente del hombre por sus propios impulsos, de tal modo lo arrebatan, que lo llevan hasta una pasión invisible. Si el alma, en ese lugar, se convierte y busca a Dios, recordando el juicio eterno, cesa inmediatamente la pasión y desaparece. Pues está escrito: Si te conviertes gimiendo, entonces serás salvado, y sabrás donde te encuentras”.

437. Preguntó un hermano a abba Cronios: “¿De qué modo llega el hombre a la humildad?”. Respondió el anciano: “Por el temor de Dios”. El hermano le dijo: “¿Por medio de qué obra llega al temor de Dios?”. El anciano dijo: “Para mí, cuando se contiene en todo, y se entrega al esfuerzo corporal, y en cuanto puede recuerda la salida del cuerpo y el juicio de Dios”.

438. Dijo abba Cronios: “Si Moisés no hubiera llevado las ovejas al Sinaí, no hubiera visto el fuego en la zarza”. Un hermano interrogó al anciano: “¿Qué significa la zarza?”. Le respondió: “La zarza representa el esfuerzo corporal. Está escrito: Se parece el reino de los cielos a un tesoro escondido en el campo”. Preguntó el hermano al anciano: “¿Sin esfuerzo corporal no llega el hombre a premio alguno?”. Respondió el anciano: “Está escrito: Mirando al principio y consumidor de la fe, Jesús, que, en vez de la alegría propuesta, sufrió la cruz. Y también dice David: Si diese sueño a mis ojos y descanso a mis párpados, etc.”.

439. Dijo abba Cronios: “Nos contó abba José de Pelusio: Cuando vivía en el Sinaí había allí un hermano bueno y asceta, y además de aspecto agradable. Cuando venía a la iglesia para la sinaxis, llevaba un pequeño maforio, viejo y remendado. Viéndolo venir una vez a la sinaxis de esta manera, le digo: Hermano, ¿no ves a los hermanos, que están como ángeles en la sinaxis en la iglesia? ¿Por qué vienes tú de este modo? El dijo: Perdóname, abba, pero no tengo otra cosa. De mi celda tomé un levitonario, con lo demás que precisaba. Y estaba desde entonces como los demás her-

manos, y su aspecto era el de un ángel. Sucedió entonces que se hizo necesario que los Padres enviaran dos hermanos al emperador por cierto asunto, y decidieron que fuera él también. Al oírlo, se postró delante de los Padres, diciendo: Perdonadme, por el Señor, pues soy servidor de un grande de allí, y si me conoce me quitará el hábito y me llevará para que lo sirva. Los Padres se convencieron y lo dejaron libre, pero después supieron por uno que lo conocía bien que, cuando estaba en el mundo, era prefecto del pretorio, y que había dicho aquello para no ser conocido por los hombres y sufrir por ello. Tal era la solicitud de los Padres para huir de la gloria y el descanso de este mundo”.

ABBA CARION

Carión era hombre casado, con dos hijos; que dejó su familia para hacerse monje en Escete. En una hambruna su mujer le envió su hijo Zacarías, que fue educado como monje, junto a su padre y se convirtió con el tiempo en un gran abba (cfr. Apotegma n. 246).

440. Dijo abba Carión: “Más esfuerzos he realizado que mi hijo Zacarías, y no he llegado a su medida, por su humildad y su silencio”.

441. Había en Escete un monje llamado Carión. Tuvo dos hijos, y los dejó a su mujer cuando se apartó (para hacerse monje). Con el tiempo, hubo hambre en Egipto, y su mujer, que carecía de todo, vino a Escete llevando consigo a los dos niños: uno era varón y se llamaba Zacarías, la otra era mujer. Permaneció lejos del anciano, en el pantano. Hay en efecto un pantano junto a Escete, donde se encuentran edificadas las iglesias y están las fuentes de agua. Existía en Escete la costumbre que si venía una mujer para hablar con su hermano o para conversar con otro, hablaban sentados el uno lejos de la otra. La mujer dijo a abba Carión: “Te hiciste monje y ahora hay hambre. ¿Quién alimentará a tus hijos?”. Le respondió abba Carión: “Mándalos aquí”. Dijo la mujer a los hijos: “Id con vuestro padre”. Se dirigieron hacia donde él estaba; la niña se volvió con su madre, pero el varón llegó hasta su padre. El dijo: “Así

está bien: toma tú la niña, y vete; yo me encargo del niño”. Lo alimentaba en Escete, y sabían todos que era su hijo. Cuando creció, hubo en la fraternidad murmuraciones acerca de él. Lo supo abba Carión y dijo a su hijo: “Zacarías, levántate y vámonos de aquí, porque los Padres están murmurando”. El pequeño le dijo: “Abba, aquí todos saben que soy tu hijo, pero si vamos a otra parte no tendrás que decir que soy tu hijo”. El anciano le dijo: “Levántate, vámonos de aquí”. Y fueron a la Tebaida. Tomaron allí una celda y permanecieron pocos días, y se hizo idéntica murmuración acerca del niño. Díjole entonces su padre: “Zacarías, levántate vamos a Escete”. Y vinieron a Escete, y pasados pocos días, hubo nuevamente murmuración sobre él. Entonces, el niño Zacarías fue al estanque de nitrio, se desvistió y entró en él hasta la nariz. Permaneció las horas que pudo, y su cuerpo se transformó, y quedó como el de un leproso. Volvió, se puso sus vestidos, y vino adonde estaba su padre, quien apenas le conoció. Cuando fue, según la costumbre, a recibir la santa comunión, le fue revelado al bienaventurado Isidoro, el presbítero de Escete, lo que había hecho, y lo vio y se admiró, y dijo: “El niño Zacarías vino el domingo pasado, y comulgó como hombre; mas ahora lo ha hecho como ángel”.

441 A. (965) Dijo abba Carión: “El hombre que vive con un niño, si no es firme, cae; pero si es firme y no cae, tampoco progresa”.

ABBA COPRES

Este Copres, que vivía en Escete, debe ser distinguido del Copres tebano, del que habla el capítulo 10 de la “Historia de los monjes de Egipto”. Los apotegmas que siguen lo muestran como hombre simple y humilde.

442. Dijo abba Pastor acerca de abba Copres que había llegado a tal medida que, cuando estaba enfermo, acostado, daba gracias y reprimía su voluntad propia.

443. Dijo abba Copres: “Bienaventurado el que soporta el trabajo con acción de gracias”.

444. Se congregaron en cierta ocasión los que vivían en Escete, para discutir acerca de Melquisedec, y olvidaron llamar a abba Copres. Después lo llamaron, y lo interrogaron sobre ese punto. Mas él, golpeándose la boca tres veces, dijo: “¡Pobre de ti, Copres! Porque has abandonado lo que Dios te mandó que hicieras, e indagas lo que no te ha pedido”. Al oír esto, los hermanos huyeron a sus celdas.

ABBA CIRO

En la literatura monástica de la época, no se hace ninguna mención de este abba Ciro de Alejandría.

445. Interrogado abba Ciro el alejandrino acerca del pensamiento de impureza respondió de esta manera: “Si no tienes el pensamiento, no tienes esperanza; si no tienes pensamientos, tienes actos. Esto es: el que no lucha en su espíritu contra el pecado ni le resiste, lo comete corporalmente; pues quien hace las obras no es molestado por los pensamientos”. Interrogó el anciano al hermano, diciendo: “¿Acostumbras conversar con mujeres?”. Respondió el hermano: “No. Mis pensamientos son imágenes nuevas y antiguas; son los recuerdos los que me molestan, y las figuras de mujeres”. El anciano le dijo: “No temas a los muertos; huye más bien de los vivos, y dedícate a la oración”.

LETRA LAMBDA

ABBA LUCIO

Lucio figura, junto con Longino y Teodoro, entre los grandes monjes del monasterio de Ennatón (cfr. apotegma n. 298). Los hereéticos llamados “euquitas” o “mesalianos” centraban todo el cristianismo en la oración, descuidando los sacramentos y la moral. Fueron condenados por el concilio de Efeso (431). El apotegma ilustra el contraste entre el falso espiritualismo de los equitas y el sentido común y realismo de los Padres del desierto.

446. Unos monjes, de los llamado euquitas, fueron una vez donde abba Lucio, en el Ennatón, y el anciano les preguntó: “¿Qué trabajo manual hacéis?”. Ellos respondieron: “Nosotros no hacemos trabajo manual, sino que, como dice el Apóstol, oramos incesantemente”. El anciano les dijo: “¿Acaso no coméis?”. Y respondieron: “Sí”. Les preguntó: “Cuando coméis, ¿quién ora por vosotros?”. Y después les dijo: “¿Acaso no dormís?”. Y respondieron: “Sí”. Y les dijo el anciano: “Y mientras dormís, ¿quién ora por vosotros?”. Y no encontraban qué responder a lo que les decía. El les dijo: “Perdonadme, pero vosotros no hacéis lo que decís. Yo os enseñaré cómo oro, mientras trabajo incesantemente con las manos. Estoy sentado con Dios, tejiendo mis pequeños ramos y haciendo esteras con ellos, y mientras tanto digo: Perdóname, oh Dios, por tu gran misericordia, y por tu gran piedad borra mi pecado”. Les dijo: “¿No es oración esto?”. Le respondieron: “Sí”. El les dijo: “Cuando he pasado todo el día trabajando manualmente y orando, reúno más o menos dieciséis monedas. Doy dos de ellas en la portería, y con las restantes, como; y el que toma las dos monedas, ora por mí mientras yo como o duermo. De este modo, por la gracia de Dios, se realiza en mí aquello de orar incesantemente”.

ABBA LOT

Los apotegmas relacionan a abba Lot con José de Panefo, con Arsenio y Pedro el Pionita. Representa la mentalidad antiorigenista de la mayoría de los monjes egipcios.

447. Un anciano vino adonde estaba Lot, cerca del pequeño pantano de Arsinoe, y le rogó que le diese una celda. El se la dio. El anciano estaba enfermo, y abba Lot lo atendió, y si llegaban otros para visitar a abba Lot, hacía que visitaran también al anciano enfermo. Mas éste comenzó a proferir palabras de Orígenes. Abba Lot se afligía, diciendo: “No vayan a creer los Padres que nosotros somos así”. Mas temía expulsarlo del lugar, a causa del mandamiento. Se levantó abba Lot y fue a ver a abba Arsenio, y le contó lo del anciano. Abba Arsenio dijo: “No lo expulses, sino dile: Come y bebe cuanto quieras de los bienes de Dios, pero no digas esas cosas. Si quiere, se corregirá, mas si no quiere enmendarse, debes rogarle que se aleje espontáneamente del lugar. De este modo no serás tú la causa de su partida”. Regresó abba Lot e hizo como le dijera. Mas el anciano, al oír esto, no quiso corregirse, sino que empezó a rogar, diciendo: “Por el Señor, sacadme de aquí, pues no soporto ya el desierto”. Y con esto se levantó y partió, despedido con caridad.

448. Relataron acerca de un hermano que había pecado, y que fue, conturbado, a ver a abba Lot. Pero entraba y salía, y no podía estarse quieto. Le dijo abba Lot: “Hermano, ¿qué tienes?”. El respondió: “He cometido un gran pecado, y no puedo decirlo a los Padres”. El anciano le dijo: “Confíesamelo, y yo lo llevaré”. Entonces dijo: “Caí en fornicación y sacrificué (a los ídolos) para poder hacerlo”. Le dijo el anciano: “Confía que hay penitencia; ve, permanece en la cueva, come día por medio, y yo llevaré contigo la mitad del pecado”. Después de tres semanas, le fue revelado al anciano que Dios había recibido la penitencia del hermano. Y permaneció sometido al anciano hasta la muerte.

ABBA LONGINO

Longino, como Lucio, era originario de Cilicia, fue monje en Siria y se estableció después en el monasterio de Ennatón, cerca de Alejandría. Fue líder en la oposición al Concilio de Calcedonia. Ennatón se convirtió en la sede del patriarca monofisita de Alejandría, hasta que fue destruido por los persas en el año 617.

449. Interrogó abba Longino a abba Lucio acerca de tres pensamientos, diciendo: “Quiero peregrinar”. El anciano le dijo: “Si no dominas tu lengua no serás peregrino, dondequiera que vayas. Domina aquí tu lengua, y serás peregrino”. Le dijo también: “Quiero ayunar”. Respondió el anciano: “Dijo el profeta Isaías: Aunque dobles tu cuello como un lazo y un junco, no es el ayuno que yo acepto. Domina más bien tus malos pensamientos”. En tercer lugar le dijo: “Quiero apartarme de los hombres”. El anciano respondió: “Si no vives primero rectamente con los hombres, no podrás vivir rectamente en la soledad”.

450. Dijo abba Longino: “Cuando estés enfermo, di: Enferma y muere, pero si pides alimento fuera del tiempo establecido, ni siquiera te daré el alimento cotidiano”.

451. Una mujer, que tenía en un pecho la enfermedad que llaman cáncer, habiendo oído hablar de abba Longino, quería encontrarlo. El anciano vivía en el noveno miliario de Alejandría. La mujer, buscándolo, lo encontró cuando el bienaventurado estaba recogiendo leña junto al mar. Al verlo, le dijo: “Abba, ¿dónde vive abba Longino, el siervo de Dios?”, pues ignoraba que fuese él. El respondió: “¿Qué quieres de ese impostor? No vayas a él, pues es un impostor. ¿Qué tienes?”. La mujer le mostró el lugar enfermo. El, después de hacer la señal (de la cruz) sobre él, la despidió, diciendo: “Vete, y que Dios te cure. Longino nada puede darte”. La mujer se fue, creyendo en la palabra, y quedó curada en seguida. Después, cuando contaba a otros lo que le había sucedido, y al dar las señas del anciano, supo que se trataba del mismo abba Longino.

452. En otra ocasión le llevaron un endemoniado. El les dijo: “No puedo hacer nada por vosotros. Id más bien a ver a abba Zenón”. Comenzó abba Zenón a rogar al demonio para que saliese, pero el demonio se puso a vociferar: “Ahora crees, abba Zenón, que me voy por tu causa; pero abba Longino está allí, orando, pidiendo contra mí. Salgo aterrorizado por sus oraciones, pues de otro modo, ni siquiera te respondería”.

453. Dijo abba Longino a abba Acacio: “La mujer sabe que ha concebido cuando cesa el flujo de su sangre. También el alma sabe que ha concebido al Espíritu Santo, cuando dejan de salir de ella las pasiones inferiores. Pero mientras está demorado por ellas, ¿cómo podría vanagloriarse de que es impasible? Da la sangre y recibe el Espíritu”.

LETRA MI

ABBA MACARIO EL EGIPCIO

Macario el Egipcio, o el Grande, nació alrededor del año 300 y fue camellero en su juventud. Fue uno de los pioneros del desierto de Escete, siguiendo en su modo de vida anacorético el ejemplo de san Antonio, al que visitó dos veces. Tuvo muchos discípulos, fue ordenado sacerdote y murió hacia el año 390.

A menudo es confundido con su homónimo, Macario el Alejandrino y los apotegmas números 461, 462, 463, 464, 471, 488, 490, 493 y 481 pertenecen más bien a este último.

454. Abba Macario contaba de sí mismo: “Cuando era joven y vivía en la celda en Egipto, me tomaron y me hicieron clérigo en la aldea. No quise aceptarlo, y hui a otro lugar. Vino a mí un seglar piadoso, que recibía mi trabajo manual y me asistía. Sucedió entonces que cierta virgen de la aldea fue tentada y pecó. Quedó embarazada, y la interrogaban con quién había sido. Ella dijo: El solitario. Salieron a buscarme, me llevaron a la aldea y ataron a mi cuello cacerolas ennegrecidas por el humo y asas de cántaros. Me llevaron así por la aldea, golpeándome y diciendo: Este monje ha corrompido a nuestra virgen, ¡agarradlo, agarradlo! Y me golpearon hasta dejarme medio muerto. Un anciano, acercándose, dijo: ¿Hasta cuándo golpearéis a este monje extranjero? El hombre que me asistía, me seguía avergonzado. Muchos lo humillaban, diciéndole: Mira al ermitaño de quien testimoniabas, ¿qué ha hecho? También los padres de la joven decían: No lo soltaremos hasta que dé garantías de que la alimentará. Se lo dije a mi servidor, y éste se hizo mi garante. Fui a mi celda, y le entregué todas las cestas que tenía, diciendo: Véndelas, y dale a mi mujer para que coma. Y dije a mi pensamiento: Macario, ya has encontrado mujer para ti; es necesario que trabajes un poco más para alimentarla. Trabajaba día y noche, y le enviaba (el dinero). Cuando le llegó a la pobre el tiempo de dar a luz, pasó varios días con los dolores, y no daba a luz. Le preguntaron: ¿Qué sucede? Ella dijo: Yo lo sé; es porque

calumnié al ermitaño y lo acusé falsamente. El no es culpable, sino el joven tal. Vino alegremente mi servidor, y me dijo: No pudo dar a luz la joven hasta que no confesó, diciendo: No tiene culpa el ermitaño; lo he difamado. Y toda la aldea quiere venir solemnemente para aquí, a pedirte perdón. Al oír esto, me levanté y hui a Escete, para que los hombres no me molestaran. Este es el principio y la causa de mi venida hasta aquí”.

455. Fue una vez Macario el egipcio desde Escete a la montaña de Nitria, a la oblación de abba Pambo. Los ancianos le dijeron: “Di una palabra a los hermanos, abba”. El dijo: “Yo no soy monje todavía, pero he visto monjes. Estaba una vez en la celda, en Escete, y me molestaban los pensamientos, diciéndome: Ve al desierto y observa lo que veas. Estuve combatiendo contra el pensamiento durante cinco años, diciendo: No sea que proceda del demonio. Mas como el pensamiento persistía, fui al desierto y encontré allí un río, con una isla en medio, y las bestias del desierto venían a beber en él. Vi en medio dos hombres desnudos, y mi cuerpo tembló, pues pensé que eran espíritus. Ellos, al verme temblando, me dijeron: No temas, nosotros también somos hombres. Les pregunté: ¿De dónde sois, y cómo habéis llegado hasta este desierto? Y ellos respondieron: Pertenecemos a un cenobio, y hemos salido de común acuerdo y nos hemos venido para aquí, hace ya cuarenta años. Uno es egipcio y el otro libio. Ellos también me interrogaron, diciendo: ¿Cómo va el mundo? ¿Viene el agua a su tiempo? ¿Tiene abundancia el mundo? Les respondí: Sí. Yo les pregunté todavía: ¿Cómo puedo hacer para llegar a ser monje? Y ellos me respondieron: Si uno no renuncia a todas las cosas del mundo, no puede ser monje. Les dije: Yo soy débil, y no puedo lo que podéis vosotros. Ellos me dijeron: Si no puedes hacer como nosotros, permanece sentado en tu celda y llora tus pecados. Les pregunté: Cuando llega el invierno, ¿no os heláis?; y cuando hace calor, ¿no se abrasan vuestros cuerpos? Respondieron: Es Dios quien nos concede el vivir de esta manera; ni nos helamos en invierno ni nos afecta el verano. Por eso os he dicho que no soy monje todavía, pero que he visto monjes. Perdonadme, hermanos”.

456. Cuando abba Macario habitaba en el Gran Desierto, era el único que vivía en esa soledad; más abajo había otro desierto, en el que habitaban numerosos hermanos. Estaba una vez el anciano

mirando hacia el camino, y vio a Satanás que venía, con aspecto humano, y pasaba por donde él estaba. Parecía que llevaba una túnica de lino perforada, y de cada agujero pendía una ampolla. Le preguntó el gran anciano: “¿Adónde vas?”. Le respondió: “Voy a despertar la memoria de los hermanos”. El anciano le dijo: “¿Para qué llevas esas ampollas?”. Replicó: “Llevo alimentos a los hermanos”. Le dijo el anciano: “¿Y llevas tantas?”. Respondió: “Sí, porque si alguno no gusta de una, le presento otra, y si tampoco gusta de ésta, le doy otra. De todos modos, alguna le habrá de gustar”. Después de decir esto se alejó. Permaneció el anciano observando el camino, hasta que regresó. El anciano, al verlo, le dijo: “¡Salve!”. El respondió: “¿Cómo habré de salvarme?”. Le preguntó el anciano: “¿Por qué?”. Respondió él: “Todos fueron duros conmigo, y ninguno me recibió”. El anciano le preguntó: “¿No tienes allí ningún amigo?”. Respondió él: “Sí, tengo allí un monje amigo, que al menos me hace caso, y cuando me ve, se da vuelta como el viento”. El anciano le preguntó: “¿Cómo se llama el hermano?”. Dijo: “Teopempto”. Y dicho esto, se alejó. Abba Macario se levantó y fue al desierto inferior. Los hermanos, al oírlo, salieron a su encuentro con ramos. Y después, cada uno se preparaba, pensando que el anciano vendría a quedarse con él. Mas el preguntaba quién, en la montaña, se llamaba Teopempto. Cuando lo hubo encontrado, entró en su celda. Teopempto lo recibió con alegría. Cuando estuvo a solas con él, le preguntó el anciano: “¿Cómo están tus asuntos, hermano?”. Respondió: “Bien, gracias a tus oraciones”. El anciano le dijo: “¿No te atacan los pensamientos?”. El dijo: “Por ahora todo va bien”. Le daba vergüenza hablar. El anciano le dijo: “Llevo muchos años viviendo en la ascesis y soy honrado por todos, y a mí, un anciano, me ataca el espíritu de fornicación”. Teopempto le respondió, diciendo: “También a mí, abba, créelo”. El anciano prosiguió, confiándole que otros pensamientos también lo atribulaban, hasta hacerlo confesar a él. También le preguntó: “¿Cómo ayunas?”. El respondió: “Hasta la hora nona”. El anciano le dijo: “Ayuna hasta el atardecer, esfuérzate, medita el evangelio y las demás Escrituras, y si sube hasta ti un pensamiento, no mires hacia abajo, sino siempre hacia arriba, y en seguida vendrá el Señor a auxiliarte”. Y cuando el anciano hubo enseñado al hermano, regresó a su desierto. Estaba otra vez mirando, cuando vio al mismo demonio, y le dijo: “¿Adónde vas otra vez?”. Respondió: “A recordar a los hermanos”. Y se alejó. Cuando pasó nuevamente, le dijo el santo: “¿Cómo están los herma-

nos?”. El respondió: “Mal”. El anciano le preguntó: “¿Por qué?”. El dijo: “Todos están contra mí, y el amigo que yo tenía y que me obedecía es ahora el peor de ellos; este, no sé cómo, se ha cambiado, y ya no puedo convencerlo, sino que se ha convertido en el más duro de todos. Por eso, he jurado no pisar más ese lugar hasta que haya pasado un tiempo”. Y diciendo esto, se alejó, dejando solo al anciano. El santo, entonces, entró en su celda.

457. Vino abba Macario el grande al monte en que habitaba abba Antonio. Cuando golpeó a la puerta, salió hacia él y le dijo: “¿Quién eres tú?”. El respondió: “Yo soy Macario”. Pero, cerrando la puerta, entró y lo dejó allí (fuera). Después, al ver su paciencia, le abrió y lo recibió con alegría, diciendo: “Desde hace mucho tiempo deseaba verte, pues he oído hablar de ti”. Lo hospedó con caridad y lo hizo descansar, porque estaba muy cansado. Cuando atardecía, abba Antonio mojó palmas para sí. Abba Macario le dijo: “Dispón que yo también moje para mí”. El dijo: “Moja”. Y haciendo un ramo grande, lo mojó. Estuvieron sentados desde la tarde, hablando de la salvación de las almas, mientras trenzaban, y la sogá (que hacían) bajaba por la ventana hasta la gruta. Al salir el bienaventurado Antonio por la mañana, vio el largo de la sogá de abba Macario, y dijo: “Mucha fuerza sale de estas manos”.

458. Dijo abba Macario a los hermanos acerca de la desolación de Escete: “Cuando veáis una celda edificada cerca del pantano, sabed que está cercana su destrucción; cuando veáis árboles, está ya a las puertas; cuando veáis niños, tomad las melotas y alejaos”.

459. Dijo también, queriendo reconfortar a los hermanos: “Vino una vez aquí un niño endemoniado, con su madre, y le decía: Levántate, mujer, vámonos de aquí. Ella respondía: No puedo marchar más. El niño le dijo: Yo te llevaré. Y me admiré de la maldad del demonio, cómo quiso hacerlos huir de aquí”.

460. Contaba abba Sisoies: “Cuando vivía en Escete con Macario, subimos siete hombres con él para cosechar. Había una viuda cosechando cerca de nosotros, y no cesaba de llorar. Llamó entonces el anciano al dueño del predio, y le preguntó: ¿Qué tiene

esta mujer, que llora siempre? Le respondió: Su marido había recibido un depósito, pero murió repentinamente, y no dejó dicho dónde lo puso. Y el dueño del depósito quiere tomarlos, a ella y a sus hijos, como esclavos. El anciano le dijo: Dile que venga adonde estamos nosotros, cuando descansen por el calor. Fue la mujer, y el anciano le preguntó: ¿Por qué lloras de esta manera? Ella respondió: Mi marido murió, pero había aceptado un depósito, y no dijo antes de morir dónde lo había puesto. El anciano le dijo: Ven, muéstrame dónde lo has sepultado. Y tomando consigo a los hermanos, salió con ella. Cuando llegaron al lugar, le dijo el anciano: Vete a tu casa. Y después de orar con ellos (los hermanos), llamó el anciano al muerto: Hombre, ¿dónde pusiste el depósito ajeno? Y dijo, en respuesta: Está escondido en mi casa, bajo la pata de la cama. El anciano le dijo: Duérmete de nuevo hasta el día de la resurrección. Los hermanos, al ver esto, cayeron a sus pies, a causa del temor. Y el anciano les dijo: No ha sucedido esto por mí, pues no soy nada, si no que lo hizo Dios por la mujer y los huérfanos. Esto es lo grande: Dios quiere que el alma esté sin pecado, y lo que pida, recibirá. Saliendo de allí, dijo a la viuda dónde se encontraba el depósito. Ella lo tomó y lo devolvió al dueño, quien liberó a sus hijos. Y todos los que supieron esto, glorificaban a Dios”.

461. Contaba abba Pedro acerca de san Macario que, llegando una vez adonde estaba un anacoreta, lo encontró enfermo, y le preguntó qué deseaba comer. No tenía nada en su celda. Él dijo: “Un dulce”. Y este hombre fuerte no dudó en ir hasta la ciudad de Alejandría para buscarlo y dárselo al enfermo. Y cosa tan admirable no fue conocida por nadie.

462. Dijo también: “Dijeron algunos ante la simplicidad de abba Macario, cuando recibía a todos los hermanos: ¿Por qué te haces así? El respondió: Durante doce años he servido a mi Señor, para que me acordara esta gracia, ¿y vosotros todos me aconsejáis que la abandone?”.

463. Decían también acerca de abba Macario que, cuando frecuentaba a los hermanos, se había impuesto esta regla: “Si hay vino, bebe por los hermanos, y por cada vaso de vino, no bebas agua un día”. Los hermanos, para confortarlo, le daban (vino). El anciano lo tomaba con alegría, para tener ocasión de mortificarse.

Mas el discípulo, viendo la cosa, dijo a los hermanos: “Por el Señor, no le deis, sino después se matará en la celda”. Los hermanos lo advirtieron, y ya no le dieron más.

464. Iba una vez abba Macario desde el pantano a su celda, llevando unas ramas de palmera, y por el camino se encontró con el diablo, que llevaba una hoz. Quiso herirlo, pero no pudo, y le dijo: “¡Qué fuerza sale de ti, Macario, que no puedo contigo! Y sin embargo, lo que tú haces, yo también lo hago: tú ayunas, también yo; tú velas, yo no duermo nunca. Sólo en una cosa me vences”. Abba Macario le preguntó: “¿Qué es?”. Le respondió: “Tu humildad; por eso nada puedo contra ti”.

465. Algunos Padres interrogaron a abba Macario, el egipcio, diciendo: “Cómo es que, sea que comas o que ayunes, tu cuerpo está seco”. Respondió el anciano: “El leño que sirve para revolver los sarmientos en el fuego es enteramente consumido por el fuego. Del mismo modo, si el hombre purifica su alma en el temor de Dios, el temor de Dios consume su cuerpo”.

466. Subió una vez abba Macario desde Escete hasta Terenutis, y entró en el templo para dormir. Había allí viejos féretros de paganos, y tomando uno de ellos, lo puso bajo su cabeza, como almohada. Los demonios, al ver su audacia, tuvieron envidia de él, y para atemorizarlo, llamaban, como dirigiéndose a una mujer: “Ven con nosotros al baño”. Otro demonio, que estaba debajo suyo, respondió, como si fuese un muerto: “Tengo sobre mí a un extranjero, y no puedo salir”. El anciano no tuvo miedo, sino que golpeó confiadamente al féretro, diciendo: “Levántate, ve a la oscuridad, si puedes”. Al oírlo, dieron los demonios una gran voz: “¡Nos has vencido!”. Y huyeron avergonzados.

467. Decían de abba Macario el egipcio que una vez que subía desde Escete con unos canastos, se sentó, fatigado, y oró diciendo: “Oh Dios, tú sabes que no puedo más”. Y en seguida se encontró junto al río.

468. Había en Egipto un hombre que tenía un hijo paralítico. Lo llevó a la celda de abba Macario y lo dejó llorando en la puerta,

y se alejó. El anciano, inclinándose, vio al niño y le preguntó: “¿Quién te trajo hasta aquí?”. Respondió: “Mi padre y me tiró aquí y se fue”. El anciano le dijo: “Levántate y síguelo”. Y en seguida sanó; se levantó y alcanzó a su padre, y se volvieron entonces a su casa.

469. Abba Macario el grande decía a los hermanos en Escete, cuando despedía a la asamblea: “Huid, hermanos”. Uno de los ancianos le preguntó: “¿Adónde hemos de huir más allá de este desierto? Mas él ponía su dedo sobre la boca, diciendo: “Huid de esto”. Y entraba en su celda, cerraba la puerta y se sentaba.

470. Dijo el mismo abba Macario: “Si al corregir a alguien te sientes movido a ira, satisfaces tu pasión. No te pierdas a ti mismo para salvar a otro”.

471. El mismo abba Macario, cuando estaba en Egipto, encontró un hombre con un asno y que estaba robando sus pertenencias. El, entonces, como si fuera un extraño, ayudó al ladrón a cargar la bestia y lo acompañó con gran tranquilidad de espíritu diciendo: “Nada hemos traído al mundo, nada podemos sacar de él. El Señor ha dado, se hizo como él quiso. Sea Dios bendito en todo”.

472. Preguntaron a abba Macario, diciendo: “¿Cómo debemos orar?”. El anciano respondió: “No es necesario hablar mucho. Extiende las manos y di: Señor, como tú quieres y sabes, ten piedad. Si llega una tentación: ¡Señor, ayuda! Pues él sabe lo que es útil, y hace misericordia con nosotros”.

473. Dijo abba Macario: “Si el desprecio es para ti igual a la alabanza, la pobreza igual a la riqueza, la indigencia igual a la abundancia, no morirás. Pues es imposible que el que cree lo que debe y obra con piedad, caiga en la impureza de las pasiones y en el engaño de los demonios”.

474. Decían que dos hermanos pecaron en Escete, y que abba Macario el alejandrino los había excomulgado. Vinieron y se lo contaron algunos a abba Macario el grande, el egipcio. Este dijo:

“No están excomulgados los hermanos sino que el excomulgado es Macario” (aunque lo amaba). Oyó Macario que había sido excomulgado por el anciano y huyó al pantano. Salió abba Macario el grande y lo encontró acribillado por los mosquitos, y le dijo: “Tú excomulgaste a los hermanos, y tuvieron que partir para la aldea. Yo te excomulgo a ti, y tú, como una virgen hermosa, huiste hasta aquí, a lo más íntimo de la habitación. Convoqué a los hermanos, los interrogué y dije: No hay nada. Mira tú, hermano, si no te burlaron los demonios pues nada viste. Haz penitencia por tu falta”. Dijo él: “Dame, si quieres, una penitencia”. Viendo el anciano su humildad, le dijo: “Ve, ayuna durante tres semanas, comiendo sólo una vez cada semana”. Esta era, en efecto, su práctica siempre: ayunar toda la semana.

475. Dijo abba Moisés a abba Macario en Escete: “Quiero vivir en la *hesiquía*, y no me lo permiten los hermanos”. Abba Macario le dijo: “Veo que eres de naturaleza delicada, y no puedes rechazar al hermano. Pero si quieres vivir en la *hesiquía*, ve al desierto, hacia adentro, en Petra, y allí tendrás la *hesiquía*”. Así lo hizo, y encontró la calma.

476. Fue un hermano adonde estaba abba Macario el egipcio, y le dijo: “Abba, dime una palabra para salvarme”. El anciano le dijo: “Ve al sepulcro e injuria a los muertos”. El hermano fue, los injurió y les tiró piedras, y volvió a decírselo al anciano. Este le preguntó: “¿Te dijeron algo?”. Respondió: “Nada”. El anciano le dijo: “Ve mañana otra vez, y alábalos”. El hermano fue, y los alabó, llamándolos apóstoles, santos y justos. Y regresó adonde estaba el anciano y le dijo: “Los he alabado”. Le preguntó: “¿No respondieron nada?”. El hermano contestó: “No”. Díjole el anciano: “Tú sabes de qué manera los has insultado, y no te respondieron, y cómo los alabaste, y no te dirigieron la palabra. Tú también, si quieres salvarte, sé como un muerto. Como los muertos, no pienses en la injusticia de los hombres ni en su alabanza, y podrás salvarte”.

477. Iba una vez abba Macario a Egipto con los hermanos, cuando oyó que un niño decía a su madre: “Madre, un rico me ama, y yo lo odio, y un pobre me odia, pero yo lo amo”. Lo oyó abba Macario, y se asombró. Los hermanos le preguntaron:

“¿Qué significa esa palabra, padre, que te causa asombro?”. El anciano les dijo: “En verdad, nuestro Señor es rico y nos ama, pero no queremos escucharle; nuestro enemigo el diablo es pobre y nos odia, y amamos su impureza”.

478. Le rogó abba Pastor con muchas lágrimas, diciendo: “Dime una palabra para salvarme”. El anciano le respondió: “Lo que tú buscas se ha alejado de los monjes”.

479. Fue una vez abba Macario adonde se encontraba abba Antonio, y después de conversar con él, regresó a Escete. Salieron los Padres a recibirlo. Mientras hablaban, les dijo el anciano: “Dije a abba Antonio que en nuestro lugar no tenemos oblación”. Y comenzaron los Padres a hablar de otras cosas, y no lo interrogaron para saber cuál había sido la respuesta del anciano, ni el anciano les dijo nada. Esto decía uno de los Padres, que cuando los Padres veían que los hermanos olvidaban preguntar algo útil para ellos, tomaban la iniciativa de comenzar la conversación, pero si los hermanos no la continuaban, no la seguían ellos, para no ser encontrados hablando sin haber sido interrogados, y se hallase inútil su palabra.

480. Interrogó abba Isaías a abba Macario: “Dime una palabra”. Le dijo el anciano: “Huye de los hombres”. Abba Isaías le preguntó: “¿Qué significa huir de los hombres?”. El anciano le dijo: “Sentarte en tu celda y llorar tus pecados”.

481. Dijo abba Pafnucio, discípulo de abba Macario: “Supliqué a mi padre: Dime una palabra. El me dijo: No hagas mal a nadie, a nadie condenes. Guarda esto y serás salvado”.

482. Dijo abba Macario: “No duermas en la celda de un hermano que tiene mala fama”.

483. Fueron cierta vez unos hermanos de Escete adonde estaba abba Macario. Y en su celda no encontraron sino agua podrida. Le dijeron: “Abba, ven a la aldea y te haremos descansar”. El anciano les dijo: “¿Conocéis, hermanos, la panadería de fulano, en la

aldea?”. Le respondieron: “Sí”. El anciano les dijo: “Yo también la conozco. ¿Conocéis el campo de zutano, por donde pasa el río?”. Le respondieron: “Sí”. El anciano les dijo: “Yo también lo conozco. Así que, cuando lo quiera, no necesito de vosotros, sino que puedo ir yo solo”.

484. Decían acerca de abba Macario que si un hermano se acercaba a él como a un santo y grande anciano, con temor, no le hablaba. Pero si un hermano le decía, como para humillarlo: “Abba, cuando eras camellero y robabas nitrio y lo vendías, ¿no te golpeaban los guardias?”, al que le hablaba de esta manera respondía con alegría, si lo interrogaba.

485. Decían acerca de abba Macario el grande que llegó a ser, según está escrito, como un dios terrestre. Pues como Dios cubre el mundo, así abba Macario cubría los pecados, y los veía como quien no los ve, y los oía como quien no los oye.

486. Contaba abba Bitimio que abba Macario dijo: “Mientras estaba en Escete bajaron una vez dos jóvenes extranjeros. Uno de ellos tenía la barba, al otro le estaba naciendo. Vinieron a mí y me dijeron: ¿Dónde está la celda de abba Macario? Yo les dije: ¿Qué queréis de él? Y respondieron: Hemos oído hablar de él y de Escete, y hemos venido a verlo. Les dije: Soy yo. Hicieron una metanía, diciendo: Queremos quedarnos aquí. Mas yo, al verlos tan delicados, criados entre riquezas, les dije: No podéis permanecer aquí. El mayor dijo: Si no podemos permanecer aquí, iremos a otra parte. Digo entonces a mi pensamiento: ¿Por qué los expulso? Se escandalizarían. El trabajo los hará marcharse espontáneamente. Les digo: Venid, construid, si podéis, una celda para vosotros. Y dijeron: Muéstranos un lugar, y la haremos”. Dioles el anciano un hacha, una cesta llena de panes, y sal. Les mostró el anciano una dura piedra, diciendo: “Sacad las piedras de aquí, llevad para vosotros madera del pantano y, después de techar, permaneced en ella”. “Yo pensaba —continuó— que se volverían a causa del trabajo. Me preguntaron qué trabajo tenían que hacer aquí. Les digo: Cuerdas. Y tomando juncos del pantano les enseñé a principiar la cuerda, y a coser, y les dije: Haced canastos y dadlos a los guardianes, y ellos os traerán todo lo que necesitéis. Después me retiré. Ellos hacían con paciencia todo cuanto les había dicho yo, y no vi-

nieron a mí durante tres años. Yo permanecí luchando con los pensamientos y diciendo: ¿Cuál es su trabajo, que no vienen a consultar sobre su pensamiento? Los que viven lejos vienen hasta mí, y estos que están cerca no vienen a mí ni van a otros. Solamente acuden a la iglesia, en silencio, para recibir la oblación. Oré entonces a Dios, ayunando toda la semana, para que me mostrara su obra. Me levanté, pasada ya la semana, y fui hasta donde ellos estaban, para ver cómo vivían. Cuando llamé, me abrieron, y me saludaron en silencio; después de orar me senté. El mayor hizo una señal al más joven para que saliese, y se sentó para tejer la cuerda, sin hablar. A la hora novena hizo una señal, y entró el más joven. Hizo un cocido y, a un signo del mayor, preparó la mesa. Puso tres panes sobre ella, y quedó en silencio. Yo dije entonces: Levantaos, comamos. Se levantaron y comieron; trajo el odre y bebimos. Cuando atardecía, me preguntaron: ¿Te vas? Yo dije: No, dormiré aquí. Pusieron una estera para mí, en una parte, y en la parte opuesta otra para ellos. Se quitaron el cingulo y la capucha, y se acostaron en la estera que estaba frente a mí. Cuando se hubieron acostado, yo rogué a Dios que me revelara su obra. Y se abrió el techo, y se hizo luz como si fuera de día, pero ellos no veían la luz. Cuando me creyeron dormido, el mayor golpeó al menor en el costado, y se levantaron y ciñeron, y extendieron sus manos hacia el cielo. Yo los veía, pero ellos no me veían a mí. Vi a los demonios que se acercaban como moscas al menor, y venían algunos a posarse en su boca y otros en sus ojos. Vi entonces al ángel del Señor sosteniendo una espada de fuego, que daba vueltas en torno suyo y expulsaba a los demonios. Al mayor, empero, no podían acercarse. Poco antes de amanecer, volvieron a acostarse, y yo hice como que despertaba, y ellos también. El mayor me dijo solamente estas palabras: ¿Quieres que recitemos los doce salmos? Digo yo: Sí. Y el menor cantó cinco salmos de a seis versículos, con un aleluya, y a cada versículo salía de su boca una lámpara de fuego que subía al cielo. Del mismo modo, cuando abría la boca el mayor para salmodiar, salía una como cuerda de fuego, que llegaba hasta el cielo. También yo recité algo, de memoria. Cuando salía, les digo: Orad por mí. Ellos hicieron una metanía, en silencio. Supe entonces que el mayor era perfecto, y que el más joven lo atacaba todavía el enemigo. Después de pocos días moría el hermano mayor, y al tercer día, el menor". Cuando los Padres iban a ver a abba Macario, éste los llevaba a su celda, diciendo: "Venid a ver el *martyrium* de los jóvenes extranjeros".

487. Los ancianos de la montaña enviaron a decir a abba Macario, rogándole: “Para que no se fatigue todo el pueblo por ti, dignate venir hasta nosotros, para que podamos contemplarte antes de que emigres al Señor”. Cuando estuvo en la montaña, reunióse junto a él todo el pueblo. Los ancianos le rogaron que dijese una palabra a los hermanos. Al oírlo, dijo: “Lloremos, hermanos, y derramen lágrimas nuestros ojos, antes de nuestra partida hacia donde nuestras lágrimas quemarán nuestros cuerpos”. Y todos lloraron, y cayeron sobre sus rostros, y dijeron: “Padre, ruega por nosotros”.

488. En otra ocasión, se levantó contra abba Macario un demonio, que con una espada quería amputarle el pie, y como no lo lograba, por su humildad, le dijo: “Todo lo que tenéis vosotros, nosotros también lo tenemos; sólo os diferenciáis de nosotros en la humildad y vencéis”.

489. Dijo abba Macario: “Si recordamos los males que nos infligen los hombres, borramos el poder del recuerdo de Dios. Si recordamos los males de los demonios, seremos invulnerables”.

490. Contó abba Pafnucio, el discípulo de abba Macario, que el anciano había dicho: “Cuando era niño, comía brevas con otros niños, y ellos fueron a robar higos. Mientras corrían, cayó uno, y lo tomé y lo comí. Cada vez que lo recuerdo, me siento y lloro”.

491. Dijo abba Macario: “Marchando en cierta ocasión por el desierto, encontré el cráneo de un muerto, que yacía en el suelo. Cuando lo toqué con el bastón de palma, el cráneo me habló. Le digo: ¿Quién eres tú? Me respondió el cráneo: yo era un sacerdote de los ídolos y de los paganos que vivían en este lugar; tú eres Macario, el pneumatóforo. Cuando te apiadas de los que están en el tormento, y oras por ellos, sienten un poco de alivio. El anciano le preguntó: ¿Cuál es el alivio y cuál es el tormento? Le respondió: cuanto dista el cielo de la tierra tanto hay de fuego bajo nuestros pies; estamos en medio del fuego, de la cabeza a los pies. No se puede ver a nadie cara a cara, sino que el rostro de cada uno está pegado a la nuca del otro. Cuando oras por nosotros, cada uno puede ver un poco del rostro del otro. Este es el alivio. Llorando, dijo el anciano: ¡Ay del día en que nació el hombre! El anciano le

preguntó: ¿Hay un castigo peor aún? El cráneo le respondió: La pena mayor está debajo nuestro. El anciano le preguntó: ¿Quiénes están allí? Dijo el cráneo: “Nosotros, puesto que desconocíamos a Dios, recibimos alguna misericordia, mas los que conocían a Dios y lo negaron, están debajo nuestro”. El anciano tomó la calavera y la enterró.

492. Decían acerca de abba Macario el egipcio, que una vez subía desde Escete a la montaña de Nitria, y cuando se acercaba al lugar, dijo a su discípulo: “Adelántate un poco”. Cuando se adelantó, se encontró con un sacerdote de los paganos. El hermano, a gritos, lo llamaba: “Ah, ah, demonio, ¿para dónde corres?”. Y se volvió, y lo golpeó, dejándolo medio muerto. Después, tomando el bastón escapó. Había marchado un poco cuando en su camino apareció abba Macario, que lo saludó: “Salve, salve, hombre fatigado”. Admirado, fue hasta él, y le dijo: “¿Qué has visto de bueno en mí para saludarme?”. Respondió el anciano: “Es que te veo trabajar, y no sabes que te esfuerzas en vano”. Le dijo: “Pues yo me he conmovido con tu saludo, y supe que era de parte de Dios. Otro monje, pero malo, me encontró y me insultó. Entonces, yo lo golpeé hasta la muerte”. El anciano supo que había sido su discípulo. Pero el sacerdote, abrazando sus pies, dijo: “No te soltaré hasta que me hagas monje”. Y subieron hasta donde había quedado el monje, lo alzaron y lo llevaron a la iglesia de la montaña. Al ver al sacerdote con él, se asombraron. Lo hicieron monje, y muchos de los paganos se hicieron cristianos. Decía abba Macario que la palabra mala hace malos a los buenos, y la palabra buena hace buenos a los mismos malos.

493. Se contaba de abba Macario que, estando una vez ausente, entró en su celda un ladrón. Cuando regresó a la celda, encontró al ladrón que estaba cargando el camello con sus cosas. El entraba en la celda, tomaba los objetos y cargaba (junto con el ladrón) el camello. Cuando estuvo cargado, el ladrón empezó a castigar al animal para que se levantara, pero no se alzaba. Al ver abba Macario que no se levantaba, entró en la celda y encontró un pequeño recipiente, lo sacó, y lo puso sobre el camello, diciendo: “Hermano, el camello busca esto”. Y el anciano, golpeándolo con el pie, le dijo: “Levántate”. En seguida se levantó y se alejó un poco, a causa de su palabra, pero después se sentó nuevamente, y no se levantó hasta que no lo descargaron de todos los objetos. Después, se fue.

494. Abba Aio interrogó a abba Macario, diciendo: “Dime una palabra”. Abba Macario le respondió: “Huye de los hombres, siéntate en tu celda y llora tus pecados. No ames la palabra de los hombres, y te salvarás”.

494 A. Dijo abba Macario: “Cuando era joven, sentí una vez acedia en la celda, y fui al desierto para decir mi pensamiento al que se mostrara, pidiéndole la gracia de una respuesta. Y encontré a un niño que comía como un animal. Le pregunté: ¿Qué haré, niño, que tengo hambre? Me dijo: Come. Le dije nuevamente: He comido, y sigo con hambre. Me dijo: Come otra vez. Volví a decirle: Ya comí, y aún tengo hambre. Entonces me dijo: Eres un asno, abba, que quiere devorarlo todo. Y saludando, se alejó”.

ABBA MOISES

Moisés fue un esclavo negro, que habiendo conseguido su libertad se dedicó al bandillaje en los desiertos egipcios. La intensidad de su conversión lo llevó a hacerse monje bajo la conducción de abba Isidoro el presbítero. Su espíritu humilde y dulce le atrajo tantos dirigidos que por consejo de Macario se retiró a la soledad de Petra (cfr. apotegma n. 475). En la devastación de Escete en el año 407, sufrió el anhelado martirio por parte de los bárbaros. A su tiempo había recibido también la ordenación sacerdotal.

495. Fue una vez abba Moisés tentado por la fornicación, y no pudiendo ya permanecer en la celda, fue y se lo dijo a abba Isidoro. El anciano lo exhortó a que regresara a su celda, mas él no quiso diciendo: “Abba, no puedo”. Tomándolo entonces consigo, lo llevó a la azotea y le dijo: “Mira hacia el poniente”. Miró y vio una innumerable cantidad de demonios, que excitados, hacían gran tumulto antes del combate. Le dijo después abba Isidoro: “Mira también hacia oriente”. Miró y vio una cantidad innumerable de santos ángeles gloriosos. Le dijo abba Isidoro: “Estos son enviados por el Señor para que protejan a los santos. Los que estaban hacia occidente son los que atacan. Pero son más los que están de nuestra parte”. Y abba Moisés dio gracias a Dios, tomó confianza y regresó a su celda.

496. En Escete cometió cierto hermano una falta. Se reunió el consejo y llamaron a abba Moisés. Este no quiso ir. Mandó el presbítero por él, diciendo: “Ven, pues te están esperando todos”. El se levantó y fue. Y tomando un recipiente perforado y llenándolo de agua, lo llevó. Salieron los demás a su encuentro y le dijeron: “¿Qué es esto Padre?”. El anciano respondió: “Mis pecados van cayendo a mis espaldas, y no los veo. Y hoy he venido para juzgar los pecados ajenos”. Al oírlo, no dijeron nada al hermano, sino que lo perdonaron.

497. Otra vez, en una reunión en Escete, queriendo probarlo los Padres, lo despreciaron diciendo: “¿Por qué viene este etíope con nosotros?”. El lo oyó y calló. Después que se fueron todos, le preguntaron: “Padre, ¿no te turbaste nada?”. Les dijo: “Me turbé, pero no hablé”.

498. Decían acerca de abba Moisés que fue ordenado clérigo, y le impusieron el humeral. El arzobispo, entonces, le dijo: “Te has vuelto blanco, abba Moisés”. El anciano respondió: “Exteriormente sí, señor Papa; ojalá fuera así en lo interior”. Quiso el arzobispo probarlo y dijo a los clérigos: “Cuando entre abba Moisés al santuario, expulsadlo y seguidlo para oír lo que dice”. Entró el anciano y lo increparon y expulsaron diciendo: “Retírate, etíope”. Al retirarse se decía a sí mismo: “Te han hecho bien a ti, hombre de piel cenicienta, negro. Tú que no eres hombre, ¿qué has venido a hacer entre los hombres?”.

499. Diose una vez en Escete esta orden: “Ayunad durante esta semana”. Sucedió que en aquel tiempo vinieron unos hermanos desde Egipto para visitar a abba Moisés. Este les hizo cocer algo. Pero al ver sus vecinos el humo, dijeron a los clérigos: “Moisés está desobedeciendo la orden, cociendo algo en su celda”. Ellos dijeron: “Cuando venga, nosotros le hablaremos”. El sábado, conociendo los presbíteros la admirable vida de abba Moisés, le dijeron en presencia del pueblo: “Abba Moisés, no observaste el mandamiento de los hombres, pero cumpliste el de Dios”.

500. Vino un hermano a Escete para visitar a abba Moisés, pidiéndole una palabra. Le dijo el anciano: “Ve, siéntate en tu celda y tu celda te enseñará todo”.

501. Dijo abba Moisés: “El que huye se parece a la uva madura, pero el que está entre los hombres es como la uva verde”.

502. Oyó hablar el gobernador acerca de abba Moisés, y fue a Escete para verlo. Le avisaron al anciano, y levantándose huyó al pantano. Se encontraron con él y le preguntaron: “Dinos, anciano, ¿dónde está la celda de abba Moisés?”. Les dijo: “¿Qué queréis de él? Es un hombre estúpido”. Fue el gobernador a la iglesia y dijo a los clérigos: “Habiendo oído hablar de abba Moisés vine a verlo, y nos encontramos con un anciano que iba a Egipto, y le preguntamos: ¿Dónde está la celda de abba Moisés? Y nos respondió: ¿Qué queréis de él? Es estúpido”. Al oírlo los clérigos se enfurecieron y dijeron: “¿Cómo era el anciano que habló del santo de esa manera?”. Le dijeron: “Anciano, con la ropa usada, alto y negro”. Ellos respondieron: “Ese es abba Moises, que habló así para no recibiros a vosotros”. Y el gobernador se alejó con gran edificación.

503. Decía abba Moisés en Escete: “Si guardamos los mandamientos de nuestros Padres, yo os aseguro en presencia de Dios, que los bárbaros nunca vendrán hasta aquí. Pero si no los guardamos, será devastado este lugar”.

504. Estando una vez sentados los hermanos junto a él, les dijo: “Hoy vendrán los bárbaros a Escete: levantaos y huid”. Le dijeron: “¿Tú no huyes, abba?”. El les dijo: “Yo espero este día desde hace tantos años, para que se cumpla la palabra del Señor Jesús, que dice: Todos los que toman la espada, morirán por la espada”. Le dijeron: “Nosotros tampoco huiremos, sino que moriremos contigo”. El les dijo: “Esto no es cosa mía, cada cual vea cómo vive”. Eran siete hermanos. Les dijo: “Los bárbaros están ya a la puerta”. Estos entraron y los mataron. Uno de ellos, sin embargo, se escapó tras las esteras y vio que bajaban siete coronas y los coronaban.

505. Preguntó un hermano a abba Moisés diciendo: “Veo una cosa delante mío y no puedo tomarla”. Le dijo el anciano: “Si no te vuelves como un muerto, como los que están en los sepulcros, no podrás tomarla”.

506. Dijo abba Pastor, que un hermano preguntó a abba Moisés, de qué modo el hombre puede hacerse como un muerto respecto de su prójimo. Le respondió el anciano diciendo: “Si no dice el hombre en su corazón que ya lleva tres días en el sepulcro, no alcanzará a cumplir esta palabra”.

507. Decían de abba Moisés en Escete, que disponiéndose a marchar hacia Petra, se cansó en el camino. Y díjose a sí mismo: “¿Cómo podré conseguir aquí el agua que necesito?”. Y descendió una voz que le dijo: “Entra y no te preocupes”. Y prosiguió. Se juntaron a él algunos Padres, y no tenía sino un pequeño odre de agua, que se gastó al cocer unas lentejas. El anciano se angustiaba. Entrando y saliendo oraba a Dios, y he aquí que una nube de lluvia vino sobre Petra y llenó todos los recipientes que tenía. Le preguntaron después al anciano: “Dinos ¿por qué entrabas y salías?”. Y el anciano respondió: Hacía un juicio con Dios, diciéndole: “Me trajiste hasta aquí, y no tengo agua para que beban tus servidores. Por eso entraba y salía, rogando a Dios hasta que la envió”.

Siete capítulos que mandó abba Moisés a abba Pastor

El que los guarde, escapará de todo castigo, y vivirá en la paz donde quiera que se halle, en el desierto o con los hermanos.

508. 1. El hombre debe morir respecto de su prójimo, para no juzgarlo en nada.

509. 2. El hombre debe morir a toda obra mala, antes de salir del cuerpo, para no hacer mal a nadie.

510. 3. Si el hombre no tiene en su corazón que es pecador, Dios no lo escuchará. Le preguntó el hermano: “¿Qué significa tener en su corazón que es pecador?”. Le dijo el anciano: “Si uno lleva sus pecados, no mira los del prójimo”.

511. 4. Si la obra no concuerda con la oración, se trabaja en vano. Le dijo el hermano: “¿Qué significa concordar la obra con la

oración?”. Le respondió el anciano: “Que no hagamos aquello por lo que rogamos. Pues cuando el hombre abandona su voluntad, Dios se reconcilia con él y recibe su oración”.

512 A. Preguntó el hermano: “¿En todo trabajo del hombre qué es lo que lo ayuda?”. Dijo el anciano: “Dios es el que ayuda. Pues está escrito: Dios es nuestro refugio y fortaleza en las tribulaciones que nos afligen grandemente”.

512 B. 5. Preguntó el hermano: “¿Para qué sirven los ayunos y vigiliass que hace el hombre?”. Le respondió el anciano: “Estos hacen que el alma se humille”. Pues está escrito: “Mira mi humildad y mi trabajo, y borra todos mis pecados. Si el alma da estos frutos, Dios se apiadará de ella”.

512 C. 6. Preguntó el hermano al anciano: “¿Qué hará el hombre en toda tentación que viene sobre él o en todo pensamiento malo?”. Le respondió el anciano: “Debe llorar en presencia de la bondad de Dios, para que lo ayude, y descansará en seguida si suplica con ciencia, pues está escrito: El Señor es mi auxilio y no temeré lo que me haga el hombre”.

512 D. 7. Dijo el hermano: “Un hombre golpea a su siervo por una falta que cometió, ¿qué dirá el siervo?”. Respondió el anciano: “Si el siervo es bueno dirá: “Perdóname, porque he pecado”. Preguntó el hermano: “¿Nada más dice?”. Dijo el anciano: “No. Desde el momento que toma el reproche sobre sí y dice: He pecado, en seguida se apiada de él el amo. El fin de todas las cosas es no juzgar al prójimo. Pues cuando la mano del Señor mató a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, no había casa en la cual no hubiera un muerto”. Preguntó el hermano: “¿Qué significa esta palabra?”. Le respondió el anciano: “Si nos permitieran ver nuestros pecados, no veríamos los del prójimo. Pues sería necesidad, si el hombre, teniendo un muerto de los suyos, dejase a éste y se fuese a llorar al de su prójimo. Morir a tu prójimo es llevar tus pecados y despreocuparte de todo hombre, que sea bueno o malo. No hagas mal a ningún hombre, ni pienses el mal contra nadie en el corazón, ni desprecies al que te hace mal. No te confíes con el que habla mal de su prójimo ni te alegres con el que le hace mal. No seas detractor de nadie, sino di: Dios conoce a cada uno. No te

confíes con el detractor ni te solaces en sus detracciones, ni odies al que habla mal de su prójimo. Esto es no juzgar. No tengas enemistad con ningún hombre, y no prendas enemistad en tu corazón. No odies al que es enemigo del prójimo. Esta es la paz. Consuélate en estas cosas. Durante un tiempo breve hay esfuerzo y descanso para la eternidad, por la gracia de Dios, el Verbo. Amén”.

ABBA MATOES

Matoes vivió cierto tiempo en Raithu, península del Sinaí. Fue ordenado sacerdote, pero por humildad jamás quiso ejercer funciones de tal, ya que “cuanto más se acerca el hombre a Dios, tanto más pecador se reconoce”. Doroteo de Gaza citará dos veces esta sentencia de abba Matoes.

513. Decía abba Matoes: “Prefiero un trabajo suave y permanente, que uno pesado en el comienzo, pero interrumpido en seguida”.

514. Dijo también: “Cuanto se acerca el hombre a Dios, tanto más se reconoce pecador. Isaías, el profeta, al ver a Dios, se decía a sí mismo miserable e impuro”.

515. Dijo también: “Cuando era joven, decía en mi interior: Tal vez haga algo bueno, pero ahora que he envejecido, veo que no tengo ni siquiera una sola obra buena en mí”.

516. Dijo también: “Satanás no sabe por qué vicio ha de sucumbir el alma. Siembra, pero no sabe si recogerá. Siembra pensamientos de fornicación, de detracción, y así las demás pasiones. Y a la pasión a la que ve inclinarse el alma, a esa alimenta”.

517. Fue un hermano adonde estaba abba Matoes y le dijo: “¿Cómo hacían los escetiotas más de lo que manda la Escritura, amando a sus enemigos más que a sí mismos?”. Le contestó abba Matoes: “Yo todavía no amo al que me ama, como a mí mismo”.

518. Un hermano preguntó a abba Matoes: “¿Qué haré si viene un hermano a mí y es día de ayuno o hacia el atardecer?”. Le respondió el anciano: “Si no te afliges y comes con el hermano, haces bien. Pero si no esperas a nadie, y sin embargo comes, es tu voluntad propia”.

519. Dijo abba Jacobo: “Fui adonde estaba abba Matoes, y cuando estaba por regresar le dije: “Quiero llegarme hasta Kellia”. Y me dijo: “Saluda de mi parte a abba Juan”. Cuando hube llegado adonde estaba abba Juan, le digo: “Te saluda abba Matoes”. Y me respondió el anciano: “Ves, abba Matoes es un verdadero israelita, en quien no hay engaño”. Cumplido el año, fui nuevamente a ver a abba Matoes y le dije el saludo de abba Juan. Y dijo el anciano: “No soy digno de la palabra del anciano, pero debes saber, cuando oigas a un anciano exaltar al prójimo sobre sí mismo, que ha llegado a una gran medida”. Porque esta es la perfección, exaltar sobre sí al prójimo.

520. Dijo abba Matoes: “Vino a mí un hermano y dijo que la detracción es peor que la fornicación”. Le dije: “Explicame esta palabra”. Me dijo: “¿Cómo entiendes esto?”. Yo dije: “La detracción es mala pero tiene curación, pues se arrepiente el detractor diciendo muchas veces: He hablado mal. Mas la fornicación es la muerte física”.

521. Fue una vez abba Matoes desde Raithu a la región de Magdolos. Estaba con él su hermano. El obispo se apoderó del anciano y lo ordenó presbítero. Cuando estaban comiendo juntos dijo el obispo: “Perdóname, abba, sabía que no deseabas esto, pero me animé a hacerlo para recibir tu bendición”. El anciano con humildad, le dijo: “Es verdad, mi alma no quería, pero lo que más siento es que debo separarme de mi hermano. No puedo llevar solo esto de hacer todas las oraciones”. El obispo le dijo: “Si sabes que es digno, yo lo ordeno”. Le contestó abba Matoes: “No sé si es digno; pero esto sólo sé; que es mejor que yo”. Lo ordenó a él también. Y murieron ambos, sin acercarse al santuario para hacer la oblación. Decía el anciano: “Confío en Dios, que no tendré un juicio grave por la ordenación, pues no hago la oblación. Pues la ordenación es para los que no tienen culpa”.

522. Dijo abba Matoes que tres ancianos acudieron a abba Pafnucio, llamado Céfalas, para pedirle una palabra. Les dijo el anciano: “¿Qué queréis que os diga, algo espiritual o algo corporal?”. Le contestaron: “Espiritual”. Díjoles el anciano: “Id, amad la aplicación más que el descanso, más el deshonor que la gloria y dar más que recibir”.

523. Un anciano interrogó a abba Matoes diciendo: “Dime una palabra”. El le dijo: “Ve, ruega a Dios que te dé llanto en tu corazón y ten humildad. Mira siempre tus pecados. No juzgues a otros, sino ponte por debajo de todos. No tengas amistad con un niño, ni confianza con mujer, ni amigo hereje. Cercena de ti la confianza (*parresía*), domina tu lengua y tu estómago y bebe poco vino. Si alguien habla de cualquier asunto, no discutas con él, pero si lo que dice está bien, dile: sí, sí. Si está mal dile: Tú sabes lo que dices. No disputes con él acerca de lo que habla. Esta es la humildad”.

524. Interrogó un hermano a abba Matoes: “Dime una palabra”. Y le respondió: “Recorta de ti la discusión acerca de cualquier asunto, y llora y arrepiéntete, porque se acerca el tiempo”.

525. Un hermano preguntó a abba Matoes: “¿Qué haré?, porque mi lengua me atormenta, y cuando voy en medio de los hombres no puedo contenerla, sino que los condeno en las obras buenas y los acuso. ¿Qué haré pues?”. Respondiendo le dijo el anciano: “Si no puedes contenerte, huye a vivir solo, pues es enfermedad. El que vive con los hermanos, no debe ser cuadrangular sino redondo, para volverse hacia todos”. Y dijo el anciano: “No vivo en la soledad por voluntad, sino por enfermedad. Son los fuertes los que van en medio de los hombres”.

ABBA MARCOS, DISCIPULO DE ABBA SILVANO

Marcos, discípulo de Silvano, llegó a ser clásico como ejemplo de obediencia perfecta.

526. Decían de abba Silvano, que tenía en Escete un discípulo llamado Marcos de gran obediencia y calígrafo. El anciano lo amaba por su obediencia. Pero tenía once discípulos más que se afligían porque amaba a éste más que a los demás. Lo oyeron los ancianos y se entristecieron. Los ancianos fueron un día donde él y lo acusaron. Tomándolos consigo, salió y llamó en cada celda diciendo: “Hermano, ven que te necesito”. Y ninguno de ellos salió en seguida. Cuando llegó a la celda de Marcos, llamó diciendo: “Marcos”. Apenas oyó la voz del anciano salió en seguida, y lo mandó a hacer un servicio. Y dijo a los ancianos: “Padres, ¿los demás hermanos, dónde están?”. Y entrando en su celda, tomó su cuaderno y encontró que había empezado a escribir la letra omega, pero al oír al anciano no dejó que la pluma la concluyese. Le dijeron los ancianos: “Al que tú amas, abba, nosotros también amamos y Dios lo ama también”.

527. Decían acerca de abba Silvano que una vez, caminando con los ancianos en Escete, queriendo mostrarles la obediencia de su discípulo Marcos, y que por eso lo amaba, viendo un pequeño jabalí le dijo: “¿Ves este pequeño búfalo, hijo?”. Dijo: “Sí, abba”. “¿Y sus cuernos qué elegantes son?”. Dijo: “Sí, abba”. Y se asombraron los ancianos de su respuesta, y se edificaron por su obediencia.

528. Fue una vez, con gran comitiva, la madre de abba Marcos para verlo. Salió a recibirlos el anciano, y ella le dijo: “Abba, manda que salga mi hijo para verlo”. Entró el anciano y le dijo: “Ve, para que te vea tu madre”. Llevaba un vestido remendado y tenía la suciedad de la cocina. Salió por obediencia, bajó los ojos y les dijo: “Salve, salve, salve”, y no miró a nadie. Su madre no lo reconoció. Mandó otra vez decir al anciano: “Abba, manda mi hijo, para verlo”. Dijo a Marcos: “¿No te dije: Sal, para que te vea tu madre?”. Marcos le respondió: “Salí como lo mandaste, abba. Pero te ruego que no me digas que salga de nuevo, para no desobedecerte”. Salió el anciano y le dijo (a la madre): “Es el que os saludó diciendo: Salve”. Y consolándolos, los despidió.

529. Sucedió otra vez que estaba por salir de Escete, para ir al monte Sinaí y permanecer allí. Y la madre de Marcos mandó a de-

cir, rogando con lágrimas, que saliese su hijo para verlo. El anciano lo hizo salir. Cuando se puso su melota para salir y vino para saludar al anciano, se puso a llorar, y no salió.

530. Decían acerca de abba Silvano, que quería ir al Sinaí y su discípulo Marcos le dijo: “Padre, no quiero salir de aquí, ni quiero que te vayas, abba. Permanece todavía tres días”. Y al tercer día murió.

ABBA MILESIO

No se sabe nada más de este abba, muerto con sus dos discípulos por los hijos del rey de Persia.

531. Pasaba abba Milesio por cierto lugar, cuando vio a un monje, a quien tenían detenido como si fuera un homicida. El anciano, aproximándose, interrogó al hermano, y cuando supo que era una acusación falsa, dijo a los que lo tenían agarrado: “¿Dónde está el muerto?”. Y se lo mostraron. Acercándose al muerto, dijo a todos que orasen. Cuando extendió las manos hacia Dios, se levantó el muerto. Y le dijo en presencia de todos: “Dime quién te mató”. Respondió éste: “Entré en la iglesia y di dinero al presbítero. Este, levantándose, me mató y llevándome, me echó en el monasterio del abba. Pero os lo pido, recuperad el dinero para dárselo a mis hijos”. Le dijo entonces el anciano: “Ve y duerme, hasta que venga el Señor y te despierte”.

532. Otra vez, cuando habitaba con dos discípulos en el límite de Persia, salieron dos hijos del rey, hermanos según la carne, para cazar según la costumbre. Extendieron las redes en un amplio espacio, unas cuarenta millas, para cazar y matar con las flechas lo que se hallase dentro de las redes. Pero encontraron al anciano con sus dos discípulos. Y se asombraron al verlo hirsuto y como salvaje, y le dijeron: “Dinos si eres hombre o espíritu”. El les respondió: “Soy un hombre pecador, que me aparté para llorar mis pecados, y adoro a Jesucristo, el Hijo de Dios vivo”. Ellos le dijeron: “No hay otro dios fuera del sol, el fuego y el agua (que adoraban ellos). Adelántate y ofréceles un sacrificio”. El les respondió: “Es-

tas son criaturas, estáis engañados. Os ruego, convertíos y conoced al Dios verdadero, creador de todas las cosas". Ellos le dijeron: "¿Dices que es Dios verdadero el que fue condenado y crucificado?". Dijo el anciano: "Yo llamo Dios verdadero al que crucificó al pecado y mató a la muerte". Mas ellos, atormentándolo, así como a los hermanos, querían obligarlo a sacrificar. Y después de muchos tormentos, decapitaron a los dos hermanos, pero al anciano lo atormentaron durante muchos días. Al fin, con su habilidad (de cazadores), lo pusieron en medio y dispararon flechas contra él, uno al frente y otro a sus espaldas. El les dijo: "Puesto que concordáis para derramar sangre inocente, mañana, en un momento, a esta hora, vuestra madre os perderá a vosotros, sus hijos, y será privada de vuestro afecto, y con vuestras flechas derramaréis, recíprocamente, vuestra sangre". Sin importarles su palabra, fueron a cazar al día siguiente y salió un ciervo junto a ellos. Montando los caballos, corrieron para alcanzarlo y echando las flechas se hirieron mutuamente los corazones, según la palabra que había dicho el anciano condenándolos. Y murieron juntos.

ABBA MOTIOS

Probablemente se trata de abba Matoes. Tanto éste como Motios vivieron en la región de Heraclea. Ni la traducción latina ni la siríaca de los apotegmas hace distinción entre ambos personajes.

533. Interrogó un hermano a abba Motios diciendo: "¿Si voy a habitar en un lugar, cómo quieres que viva?". Le dijo el anciano: "Si habitas en un lugar, no quieras hacerte un renombre, no yendo a la sinaxis, por ejemplo, o absteniéndote de comer en el ágape. Estas cosas dan un renombre falso: y al fin serás turbado, pues los hombres van adonde encuentran estas cosas". Le dijo el hermano: "¿Qué haré entonces?". El anciano respondió: "Dondequiera que habites, sigue la misma vida de los demás, haciendo lo que veas hacer a los hombres piadosos en quienes confías; entonces tendrás el descanso. Esto es humildad, ser como ellos. Y los hombres, al ver que no te extralimitas, te tendrán por igual que a los demás, y nadie te molestará".

534. Acerca de abba Motios, su discípulo, abba Isaac (y ambos fueron obispos) refería lo siguiente: “Primero el anciano edificó un monasterio en Heraclea, y cuando se alejó de allí y fue a otro lugar, también edificó. Mas por el poder del diablo se encontró un hermano que le era contrario y lo molestaba. Y levantándose el anciano, se retiró a su aldea construyéndose un monasterio y se recluyó en él. Después de un tiempo, los ancianos del lugar del que se habían marchado, trayendo al hermano que lo había entristecido, fueron a rogarle que lo recibiese en su monasterio. Cuando se acercaron al lugar donde vivía abba Sores, dejaron sus melotas con él, así como al hermano que lo había entristecido. Cuando llamaron, puso al anciano una pequeña escalera y miró, y los reconoció. Les dijo: “¿Dónde están vuestras melotas?”. Ellos respondieron: “En tal lugar, con el hermano fulano”. Cuando oyó el nombre del hermano que lo había entristecido, el anciano, por la alegría, tomó un hacha, destruyó la puerta y salió corriendo hacia donde estaba el hermano. Y él primero hizo la metanía, y lo abrazó. Lo llevó a su celda y durante tres días los agasajó, y él con ellos, que no acostumbraba a hacerlo. Se levantó después y partió con ellos. Después de esto, lo hicieron obispo y obraba signos maravillosos. Y también a su discípulo Isaac lo hizo obispo el bienaventurado Cirilo.

ABBA MEGETHIOS

Se trata de dos monjes del mismo nombre; el apotegma número 535 se refiere al “Mayor” o “Grande”; el número 536, al “otro” Megethios.

535. Decían de abba Megethios, que si salía de la celda y le venía un pensamiento de alejarse del lugar, no regresaba a su celda. Nada poseía de las cosas de este mundo, fuera de una aguja para coser las palmas. Cada día hacía tres canastos, para alimentarse.

536. Decían de abba Megethios que era muy humilde, educado por los egipcios en contacto con muchos ancianos, y con abba Si-

soes y con abba Pastor. Residía junto al río en el Sinaí y lo contaba él mismo: Uno de los santos lo visitó y le dijo: “¿Cómo vives hermano en este desierto?”. El respondió: “Ayuno día por medio y como un solo pan”. El me dijo: “Si quieres, escúchame: come medio pan cada día”. Y así lo hizo y encontró el descanso.

537. Algunos Padres interrogaron a abba Megethios diciendo: “Si sobran alimentos cocidos del día anterior, ¿quieres que los hermanos los coman?”. Les respondió el anciano: “Si se ha echado a perder, no es bueno que se obligue a los hermanos a comerlo, pues se enferman por ello, sino que se deben tirar. Pero si está bueno, y se tira por derroche, para poder hacerlo nuevo, está mal.

538. Dijo también: “Al principio, cuando nos reuníamos y hablábamos de cosas útiles, exhortándonos mutuamente, éramos como coros de ángeles y subíamos al cielo. Mas ahora, nos reunimos y caemos en la maledicencia, y descendemos al infierno”.

ABBA MIOS

No hay noticias biográficas de abba Mios.

539. Dijo abba Mios, el de Belos: “La obediencia responde a la obediencia. Si se obedece a Dios, Dios le obedece”.

540. Dijo también acerca de un anciano que vivía en Escete, que había sido esclavo y llegó a ser muy discreto (*diacrítico*). Cada año iba a Alejandría, para llevar su salario a sus señores. Ellos acudían a saludarlo con respeto, pero el anciano echaba agua en un aguamanil y lo traía para lavar a sus señores. Mas ellos le decían: “No, Padre, no nos aflijas”. El les decía: “Proclamo que son mis señores y doy gracias porque me liberasteis para servir a Dios, por eso os lavo y os entrego este mi salario”. Ellos pugnaban por no recibirlo, mas él decía: “Si no queréis recibirlo, me quedará aquí sirviéndolos”. Y como le veneraban, le dejaban hacer cuanto quería y lo despedían con gran honor y muchos dones para hacer limosna por ellos. Por esto fue conocido en Escete y muy querido.

541. Un soldado preguntó a abba Mios, si Dios acepta la penitencia. El después de adoctrinarlo con muchas palabras, le dijo: “Dime querido, si se rasga tu manto, ¿lo tiras?”. “No, respondió, sino que lo coso y lo uso”. Le dijo el anciano: “Si tú perdonas al manto, ¿Dios no perdonará a su criatura?”.

ABBA MARCOS, EL EGIPCIO

El capítulo 18 de la “Historia lausiaca” nos habla de un joven asceta llamado Marcos, que participaba en la eucaristía de Macario de Alejandría. Es posibles que sea el mismo recluso del que nos habla el apotegma número 542.

542. Decían acerca de abba Marcos, el egipcio, que durante treinta años permaneció sin salir de su celda. Acostumbraba a venir el presbítero para hacer por él la sagrada ofrenda. Mas el diablo, viendo la notable paciencia del varón, astutamente pensó en tentarlo para que juzgase al presbítero. Hizo que fuese un poseso adonde estaba el anciano, con pretexto de la oración. El poseso, antes de nada, gritaba al anciano: “Tu presbítero tiene olor de pecado, no le permitas llegar hasta aquí”. Mas el varón, inspirado por Dios, le respondió: “Hijo, todos expulsan de sí la impureza, pero tú me la traes. Pero está escrito: No juzguéis, para no ser juzgados. Aunque sea pecador, el Señor lo salvará. Pues está escrito: Orad los unos por los otros para ser curados”. Y después de esta palabra, hizo oración y el demonio se escapó del hombre dejándolo sano. Cuando, según la costumbre, vino el presbítero, el anciano lo recibió con alegría. El buen Dios, al ver la ausencia de malicia del anciano le mostró una señal. Pues, cuando el domingo, se disponía a estar frente a la santa mesa, dijo el anciano: “Vi un ángel del Señor bajando desde el cielo, que puso su mano sobre la cabeza del clérigo y el clérigo se puso como una columna de fuego. Yo estaba asombrado por la visión y oí una voz que me decía: Hombre, ¿por qué te asombras por esto? Si un rey terrenal no permite que sus grandes estén sucios en su presencia, sino con mucha gloria, cuánto más la virtud divina no habrá de purificar a los que celebren los santos misterios, y están en presencia de la gloria celestial?”. El noble atleta de Cristo, Marcos el egipcio, fue grande y fue considerado digno de esta gracia, porque no juzgó al clérigo.

ABBA MACARIO, EL CIUDADANO

Macario, llamado el Ciudadano, por ser originario de la ciudad de Alejandría o quizás también por su urbanidad, nació alrededor de 296 y fue vendedor de dulces. Se convirtió y fue bautizado hacia el 330 y se hizo monje en Nitria. Más tarde vivió también en Escete y en las Celdas (Kellia), donde fue ordenado sacerdote. Iba a visitar a Pacomio, por lo menos una vez en cada Cuaresma y uno de sus discípulos fue Pafnucio. Murió casi centenario en 393 ó 394. En los apotegmas se le confunde a menudo con Macario el Egipcio.

543. Fue una vez abba Macario, el de la ciudad, a cortar ramas, y los hermanos iban con él. El primer día ellos le dijeron: “Ven, come con nosotros, Padre”. El fue y comió. El segundo día le pidieron otra vez que comiese. Mas él no quiso, sino que les dijo: “Vosotros, hijos, tenéis necesidad de comer, todavía sois carne, pero yo no quiero comer ahora”.

544. Fue abba Macario donde estaba abba Pacomio, de los tabenesiotas. Pacomio lo interrogó diciendo: “Cuando los hermanos no cumplen la regla, ¿es bueno corregirlos?”. Le respondió abba Macario: “Corrígelos y juzga justamente lo que está ante ti, pero nada juzgues fuera de ello. Pues está escrito: ¿Acaso no juzgáis lo que es visible? Pero lo interno lo juzga Dios”.

545. Pasó una vez abba Macario cuatro meses visitando diariamente a un hermano y ni una sola vez lo encontró fuera de la oración, y admirado dijo: “He aquí un ángel terrestre”.

LETRA NI

ABBA NILO

Los apotegmas que figuran bajo el nombre de abba Nilo son extractados del tratado “De la oración” de Evagrio Póntico. Como el concilio de Constantinopla del año 553 condenó ciertas sentencias de Evagrio, se prefirió presentar su obra bajo otros nombres, menos sospechosos de herejía. Nilo era un abad de un monasterio de Ancyra de Galacia, discípulo de san Juan Crisóstomo.

546. Dijo abba Nilo: “Lo que hicieres para vengarte de un hermano que te ha perjudicado, todo ello brotará en tu corazón en el tiempo de la oración”.

547. Dijo también: “La oración es el germen de la mansedumbre y la ausencia de la ira”.

548. Dijo también: “La oración es el remedio de la tristeza y la angustia”.

549. Dijo también: “Ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres y tomando la cruz, renuncia a ti mismo para que puedas orar sin distracción”.

550. Dijo también: “Según demuestres ser filósofo por la paciencia, encontrarás el fruto en el tiempo de la oración”.

551. Dijo también: “Si quieres orar como es debido, no entristezcas el alma, pues orarías en vano”.

552. Dijo también: “No quieras administrar tus cosas como te parezca a ti sino como place a Dios, y estarás libre de preocupaciones y agradecido en tu oración”.

553. Dijo también: “Bienaventurado el monje que se cree el más indigno de todos”.

554. Dijo también: “Es invulnerable a las flechas del enemigo, el monje que ama la calma, pero el que se junta con las multitudes, recibe continuamente heridas”.

555. Dijo también: “El servidor que descuida la obra de su señor, está preparado para recibir el castigo”.

ABBA NESTEROS

Se trata de Nisteros o Nesteros el grande, amigo de san Antonio, al menos en los apotegmas números 556 y 557.

556. Abba Nesteros el grande, iba por el desierto con un hermano y al ver un dragón, huyeron. Le dijo el hermano: “¿También tú tienes miedo, Padre?”. Y le respondió el anciano: “No temo, hijo, pero es conveniente que huya, pues si no, no podría huir del espíritu de la vanagloria”.

557. Un hermano interrogó a un anciano diciendo: “¿Qué obra buena hay, para hacerla y vivir en ella?”. Le dijo el anciano: “Dios sabe lo que es bueno. Pero oí que uno de los Padres interrogó a abba Nesteros el grande, amigo de abba Antonio, y le dijo: ¿Qué obra buena puedo hacer?”. Y le respondió: “¿No son acaso iguales todas las obras? La Escritura dice: Abraham era hospitalario y Dios estaba con él. Eliseo amaba la quietud, y Dios estaba con él. David era humilde, y Dios estaba con él. Aquello hacia lo que ves que aspira tu alma, según Dios, eso pon por obra, y guarda tu corazón”.

558. Dijo abba José a abba Nesteros: “¿Qué le haré a mi lengua, que no puedo dominarla?”. Le dijo el anciano: “¿Cuando hablas tienes descanso?”. Le respondió: “No”. El anciano le dijo: “Si no tienes descanso, ¿para qué hablas? Mas bien cállate y si te encuentras en medio de una conversación escucha en vez de hablar.

559. Vio un hermano a abba Nesteros que llevaba dos túnicas, y lo interrogó diciendo: “Si viene un pobre y te pide un vestido, ¿cuál le darías?”. Le respondió el anciano diciendo: “El mejor”. Le dijo el hermano: “Si viene otro y te pide, ¿qué le darás?”. Le respondió el anciano: “La mitad del otro”. El hermano dijo: “Si viene otro más a pedirte, ¿qué le darás?”. El respondió: “Cortaré lo que resta y le daré la mitad y me cubriré con lo demás”. De nuevo le dijo: “Si también esto te piden, ¿qué harás?”. Dijo el anciano: “Le daré lo que me queda, e iré a sentarme a un lugar hasta que Dios se apiade y me cubra; y no pediré nada a nadie”.

560. Dijo abba Nesteros: “El monje debe decir, por la tarde y por la mañana, esta palabra: ¿Qué hemos hecho de lo que Dios quiere, y qué hemos hecho de lo que él no quiere? Y de esta manera examinar toda su vida. Esfuérzate cada día para estar sin pecado en la presencia de Dios. Ruega a Dios de esta manera, como uno que está en su presencia, pues en verdad está presente. No legisles para ti, no juzgues a nadie. Es cosa ajena al monje jurar, perjurar, mentir, airarse, ofender, reír. El que es estimado o exaltado por encima de su mérito, sufre un gran daño”.

560 A. (966) Se decía que abba Nesteros, el que vivió en Raithu, se tomaba cada año tres semanas para hacer canastos, y hacía seis cada semana.

ABBA NESTEROS, EL CENOBITA

No sabemos cuál era el monasterio en el cual vivía este abba Nesteros, conocido de abba Pastor.

561. Decía abba Pastor de abba Nesteros, que el anciano era como la serpiente de bronce que hizo Moisés para curar al pueblo, pues poseía la virtud toda, y en silencio, sanaba a todos.

562. Cuando abba Pastor, que vivía en el cenobio, oyó acerca de abba Nesteros, deseó verlo, y se lo dijo a su abba para que lo enviase. Mas éste no queriendo enviarlo solo, no lo mandó. Después de

unos días, el ecónomo del cenobio, que sufría una tentación, rogó a su abba que le permitiese ir a ver a abba Pastor para manifestarle su pensamiento. El se lo permitió diciéndole: “Toma contigo al hermano, porque el anciano me habló de él y temiendo enviarlo solo, no lo mandé”. Cuando llegó el ecónomo adonde estaba el anciano, le habló de sus pensamientos y lo curó. Después preguntó el anciano diciendo: “Abba Nesteros, ¿cómo has adquirido esta virtud, que cuando hay un motivo de turbación en el cenobio, no hablas ni intervienes?”. Y el hermano, después de mucha insistencia del anciano dijo: “Perdóname, abba; cuando al principio ingresé en el cenobio, dije a mi pensamiento: Tú y el asno sois una misma cosa. Como el asno es golpeado y no habla; es injuriado y no responde, haz tú lo mismo. Como dice el salmista: Soy como un asno junto a ti, y por ello estaré siempre contigo”.

ABBA NICON

Ignoramos la vida de este abba, pero lo que le sucedió se parece mucho a lo que se atribuye a Macario, en el apotegma número 454.

563. Un hermano interrogó a un Padre diciendo: “¿Cómo trae el diablo las tentaciones sobre los santos?”. Y el anciano le respondió: “Había uno de los Padres, llamado Nicón, que vivía en el monte Sinaí. Y sucedió que uno, que iba a la tienda de cierto faranita, encontró sola a su hija y pecó con ella. Y le dijo: “Di: el anacoreta, abba Nicón, me hizo esto”. Cuando volvió su padre y lo supo, tomó la espada y fue adonde estaba el anciano. A su llamado, salió el anciano. Cuando extendió su mano para matarlo, se secó su mano. Se alejó el faranita y lo dijo a los presbíteros, que lo mandaron llamar. Descendió el anciano, y lo golpearon, y querían expulsarlo. Y él les rogó diciendo: Por Dios os pido, dejadme aquí para que haga penitencia. Y lo apartaron por tres años y dieron orden de que nadie lo visitase. Hizo así durante los tres años y venía cada domingo a hacer penitencia y a suplicar a todos diciendo: Orad por mí. Más tarde, el que cometió el pecado, e hiciera caer la prueba sobre el anacoreta, fue poseído por el demonio y confesó en

la iglesia diciendo: Yo cometí el pecado, e hice denunciar calumniosamente al siervo de Dios. Vino entonces todo el pueblo a inclinarse delante del anciano diciendo: Perdónanos, abba. Y les respondió: Por lo que respecta al perdón, os perdono. Pero en cuanto a permanecer aquí, no permaneceré con vosotros en este lugar, porque no hallé ni uno solo que tuviera discreción y se compadeciera de mí. Y de este modo se alejó de allí. Y dijo el anciano: “Ves como el diablo trae las tentaciones sobre los santos”.

ABBA NETRAS

Del apotegma número 526 podemos deducir que Netras era, como Marcos, uno de los doce discípulos de abba Silvano. Llegó a ser obispo de Farán, en la península sinaítica.

564. Contaban acerca de abba Netras, discípulo de abba Silvano, que cuando vivía en su celda del monte Sinaí, obraba moderadamente en lo que se refería a la necesidad del cuerpo. Cuando lo hicieron obispo de Farán, se obligó a sí mismo a una gran dureza. Y su discípulo le dijo: “Abba, cuando estábamos en el desierto, no vivías tan ascéticamente”. Y el anciano le respondió: “Es que era el desierto, y había tranquilidad y pobreza, y quería atender al cuerpo de manera que no enfermase y no buscase lo que no tenía. Pero ahora es el mundo, y hay ocasiones; y si aquí enfermase, hay quien me asista sin perder al monje”.

ABBA NICETAS

Este monje es desconocido.

565. Decía abba Nicetas acerca de dos hermanos, que se juntaron para vivir juntos. Uno de ellos pensó en su interior diciendo: “Lo que quiera mi hermano, eso haré”. Lo mismo pensó el otro diciendo: “Haré la voluntad de mi hermano”. Vivieron

muchos años con gran caridad. Al verlo el enemigo, descendió, queriendo separarlos, y se paró en el atrio. Y a uno se le apareció como una paloma y al otro como un cuervo. Uno dijo: “¿Ves la paloma?”. El otro dijo: “Es un cuervo”. Empezaron a discutir y contradecirse hasta que se levantaron, y lucharon hasta sacarse sangre, con gran alegría del enemigo. Al fin se separaron. Después de tres días volvieron en sí y pidiéndose mutuamente perdón, dijo cada uno lo que había visto, y reconociendo la guerra del enemigo, permanecieron hasta el fin sin separarse.

LETRA XI

ABBA XOIOS

Parece que hay que identificar a este Xoios con Sisoos (cfr. apotegmas n. 805, 811 y 141).

566. Interrogó un hermano a abba Xoios diciendo: “Si me encuentro en un lugar y como tres panes, ¿eso es mucho?”. Le respondió el anciano: “¿Vas acaso a la era, hermano?”. Le dijo otra vez: “Si bebo tres vasos de vino, ¿eso es mucho?”. Le respondió: “Si no hay demonio, no es mucho, pero si lo hay, es mucho. Pues el vino es ajeno a los monjes que viven según Dios”.

567. Uno de los Padres, recordaba que abba Xoios, el tebeo, se internó una vez en el monte Sinaí. Cuando salió, lo encontró un hermano que le dijo gimiendo: “Estamos afligidos, abba, por la falta de lluvias. Le dijo el anciano: “¿Por qué no rezáis y suplicáis a Dios?”. El hermano le respondió: “Oramos y suplicamos, pero no llueve”. Le dijo el anciano: “Por cierto que no oráis intensamente. ¿Queréis saber cómo es esto?”. Extendió las manos hacia el cielo, en oración y en el acto comenzó a llover. Al verlo, el hermano tuvo miedo y cayó sobre el rostro para venerarlo. El anciano, entonces, huyó. El hermano anunció a todos lo sucedido y los que lo oyeron, glorificaron a Dios.

ABBA XANTHIAS

No sabemos de Xanthias sino que era monje en Escete.

568. Dijo abba Xanthias: “El ladrón estaba en la cruz, y por una palabra sola fue justificado. Judas se contaba con los apóstoles y en una noche perdió todo el esfuerzo, y bajó del cielo al infierno. Por ello, no se gloríe el que obra bien; todos los que confiaron en sí mismos cayeron”.

569. Subió una vez abba Xanthias desde Escete a Terenutis, y donde quedó para descansar, le ofrecieron, por el trabajo de la ascesis, un poco de vino. Supieron que él estaba, y le trajeron un endemoniado. Y el demonio comenzó a injuriar al anciano: “¿A este bebedor me habéis traído?”. El anciano empero, no quiso expulsarlo, sino que dijo a causa de la injuria: “Confío en Cristo, en que antes de que concluya este vaso, saldrás”. Y cuando comenzó el anciano a beber, gritó el demonio diciendo: “Tú me quemas, tú me quemas”. Y antes de que lo terminase, salió por la gracia de Cristo.

570. Dijo el anciano: “El perro es mejor que yo, pues tiene amor a su amo y no va al juicio”.

LETRA OMICRON

ABBA OLIMPIO

Abba Olimpio de Escete había sido esclavo, era muy humilde y estaba dotado de gran discernimiento (cfr. apotegma n. 540).

571. Dijo abba Olimpio: “Bajaba un día un sacerdote pagano hacia Escete y vino a mi celda y durmió allí. Al ver la conducta de los monjes me dijo: Conduciéndoos de este modo, ¿nada veis de vuestro Dios? Le digo: Nada. Me dijo el sacerdote: Por cierto que a nosotros, que ofrecemos sacrificios a nuestro dios, no nos oculta nada, sino que nos revela sus misterios. Pero vosotros, haciendo estos esfuerzos, vigiliando, soledades y ascesis, decís: “Nada vemos”. En verdad, si no veis nada, es que tenéis en vuestros corazones pensamientos malos, que os alejan de vuestro Dios, y por eso no os revela sus misterios. Fui y dije a los ancianos las palabras del sacerdote. Y se admiraron, y dijeron que así es. Los pensamientos impuros separan a Dios de los hombres.

572. Abba Olimpio de Kellia fue atacado por la fornicación. El pensamiento le dijo: “Ve, toma mujer”. Se levantó y, haciendo barro, se fabricó una mujer y se dijo: “Aquí tienes a tu mujer. Es necesario que trabajes mucho para que puedas alimentarla”. Y trabajaba esforzándose mucho. Al día siguiente, hizo nuevamente barro y fabricóse una hija y dijo a su pensamiento: “Tu mujer dio a luz. Es necesario que trabajes aún más, para poder alimentar y vestir a tu hijo”. Y lo hacía hasta extenuarse. Dijo entonces al pensamiento: “No puedo ya soportar el trabajo”. Y agregó: “Si no puedes soportar el trabajo, tampoco busques mujer”. Y viendo Dios su sufrimiento, le quitó la lucha y descansó.

ABBA ORSISIO

Se trata del discípulo y segundo sucesor de san Pacomio. Los apotegmas números 573 y 574 son extractados de sus catequesis

(*"Libro de Orsisio"*). También el apotegma número 933 es un texto pacomiano.

573. Dijo abba Orsisio: "Un ladrillo crudo puesto como fundamento junto a un río, no resiste ni un día, pero el cocido resiste como piedra. Asimismo el hombre que tiene un sentir carnal y no arde como José en el temor de Dios, se disuelve cuando llega a un puesto principal. Son muchas las tentaciones de estos, que están en medio de los hombres. Es bueno que el que conoce su propia medida, rehuya el peso del mando. Los que están firmes en la fe, son inmovibles. Si alguien quisiera hablar del santísimo José, debe decir que no era terrenal. ¡Cuántas tentaciones tuvo, y en qué región, donde no había señal de piedad hacia Dios! Pero el Dios de sus padres estaba con él y lo libró de todas las tribulaciones y ahora está con sus padres en el reino de los cielos. Nosotros también, conociendo nuestra medida, luchemos; apenas si podremos escapar del juicio de Dios.

574. Dijo también: "Considero que si el hombre no guarda bien su corazón, olvidará y descuidará todo lo que oye y de este modo, el enemigo, encontrando lugar en él, lo hará caer. Es como la lámpara preparada y ardiente, si se descuida de ponerle aceite, poco después se apagará y después podrán más las tinieblas que ella. Y no sólo esto, sino que si una rata se acerca a la lámpara, buscando roer la mecha, no puede hacerlo antes de que se apague la lámpara y enfríe el aceite. Pero cuando ve que la lámpara, no sólo está sin luz, sino también sin calor, al tirar de la mecha, hace caer también la lámpara. Si ésta es de barro, se rompe, si es de bronce, el dueño de casa la llenará de nuevo. De manera semejante, en el alma negligente, el Espíritu Santo se va alejando poco a poco, hasta que al fin, pierde su calor y viene entonces el enemigo y come el fervor del alma y la maldad apaga también el cuerpo. Pero si el hombre es bueno en su unión con Dios, y en su simplicidad ha sido arrastrado a la negligencia, Dios, en su misericordia, le envía su temor y el recuerdo de los castigos futuros, y lo dispone para que sea vigilante y se guarde, en el futuro, con mucha prudencia hasta su venida.

LETRA PI

ABBA PASTOR

Abba Pastor o Poimén (en griego) es la figura más importante de los Padres del desierto, y más de trescientos apotegmas se relacionan con la figura de este "pastor" por excelencia. Los apotegmas de Pastor constituyen la séptima parte de toda la colección. Es muy probable que la colección de los apotegmas tenga en los de abba Pastor y sus discípulos el núcleo central y productivo de toda la obra.

Poimén o Pastor se hizo monje en Escete con sus siete hermanos y después de la devastación dejó este lugar por Terenuthis (407). A la muerte de Arsenio (449) todavía estaba vivo.

575. Abba Pastor, cuando era joven, fue una vez a visitar a un anciano para interrogarlo acerca de tres pensamientos. Cuando llegó adonde estaba el anciano, olvidó uno de los tres y regresó a su celda, pero cuando estiró la mano para abrir el cerrojo, recordó la palabra que había olvidado. Dejando la llave, regresó adonde estaba el anciano. Este le dijo: "Te apresuraste a venir, hermano". El le contó: "Cuando estiré la mano para tomar la llave, recordé la palabra que buscaba y no abrí; por eso he regresado". Era muy grande la distancia de camino. Le dijo el anciano: "Pastor de rebaños, tu nombre será pronunciado en todo Egipto".

576. Paesio, hermano de abba Pastor, tenía familiaridad con un tal fuera de su celda. Abba Pastor no lo quería, y levantándose huyó adonde estaba abba Amonas y le dijo: "Paesio, mi hermano, tiene familiaridad con uno, y yo no tengo tranquilidad". Le respondió abba Amonas: "Pastor, ¿todavía vives?, ve, siéntate en tu celda y pon en tu corazón que llevas un año en el sepulcro".

577. Vinieron una vez los presbíteros de la región a los monasterios donde estaba abba Pastor. Entró abba Anub y le dijo: "Invitemos hoy a los presbíteros". Aunque estuvo mucho tiempo

de pie, no le dio respuesta. Y salió triste. Le dijeron los que estaban cerca suyo: “Abba, ¿por qué no respondiste?”. Les dijo abba Pastor: “No tengo nada que ver con esto: estoy muerto, y el muerto no habla”.

578. Antes de que llegasen los que estaban con abba Pastor, había en Egipto un anciano muy conocido y estimado. Cuando subieron desde Escete los que estaban con abba Pastor, los hombres abandonaron al anciano y acudían a abba Pastor. Este se afligió y dijo a sus hermanos: “¿Qué haremos a este gran anciano, pues los hombres nos han puesto en apuros, abandonando al anciano y acudiendo a nosotros, que no somos nada? ¿Cómo podremos aliviar al anciano?”. Y les dijo: “Haced un poco de comida y tomad un odre de vino, y vamos adonde él está y comeremos juntos; de este modo, tal vez, podamos aliviarlo”. Tomaron el alimento y partieron. Cuando golpearon a la puerta, preguntó su discípulo: “¿Quiénes sois?”. Ellos respondieron: “Di al abba que está Pastor, que quiere ser bendecido por ti”. Cuando se lo anunció el discípulo, contestó: “Vete, no puedo”. Ellos, sin embargo, permanecieron bajo el sol diciendo: “No nos alejaremos si no logramos ver al anciano”. El anciano, al ver su humildad y su paciencia, se conmovió y les abrió, y entrando, comieron con él. Mientras comían dijo: “En verdad, no sólo es verdad lo que oí de vosotros, sino que en vuestra obra lo he visto cien veces más”. Y fue su amigo desde aquel día.

579. El jefe de la región quiso en cierta ocasión ver a abba Pastor, y el anciano no lo permitía. Pretextando que se trataba de un malhechor, tomó al hijo de su hermana y lo mandó a la cárcel diciendo: “Si viene el anciano y me pide por él, yo lo libraré”. Y llegó su hermana, llorando, ante la puerta, mas él no le dio respuesta. Ella le respondió diciendo: “Entrañas de piedra, ten piedad de mí, pues es mi unigénito”. El mandó decirle: “Pastor no tuvo hijos”. Y ella se retiró. Al oír esto el jefe mandó decirle: “Al menos manda con una palabra y lo libraré”. El anciano respondió diciendo: “Procede de acuerdo a las leyes: si es digno de muerte, que muera; si no es, haz lo que te parezca”.

580. Pecó una vez un hermano en un cenobio. Vivía en esos lugares un anacoreta, que hacía mucho tiempo que no salía. Vino el abad del cenobio adonde estaba el anciano, y le comunicó lo del

hermano que había pecado. El respondió: “Expulsadlo”. Salió el hermano del cenobio, entró en una cueva, y estaba llorando allí. Sucedió que unos hermanos que iban a ver a abba Pastor, lo oyeron llorar y lo encontraron en grande aflicción. Le rogaron que acudiese al anciano, pero él no quiso diciendo: “Aquí he de morir”. Fueron entonces adonde estaba abba Pastor y le contaron lo sucedido. El los exhortó y los despidió diciéndoles: “Decidle: Abba Pastor te llama”. El hermano vino y cuando el anciano lo vio tan afligido, se levantó para saludarlo y agasajándolo lo invitó a comer. Mandó después abba Pastor un hermano para decirle al anacoreta: “Desde hace muchos años deseaba verte, pues he oído de ti, mas por la pereza de ambos no nos hemos encontrado. Ahora, si Dios quiere y aprovechando la ocasión, haz el esfuerzo de venir para que nos veamos”. El no salía de su celda. Al oírlo, dijo: “Si Dios no hubiera inspirado al anciano, no me hubiera mandado a llamar”. Y levantándose fue hacia él. Después de saludarse con alegría, se sentaron. Abba Pastor le dijo: “Dos hombres vivían en cierto lugar y ambos tenían un muerto consigo; uno de ellos dejó a su muerto y se fue a llorar el muerto del otro”. Al oírlo el anciano se entristeció por lo dicho, y recordó lo que había hecho y dijo: “Pastor está muy alto en el cielo, y yo muy abajo en la tierra”.

581. Varios hermanos fueron una vez adonde estaba abba Pastor. Un pariente de abba Pastor tenía un niño, cuyo rostro un mal espíritu había vuelto hacia atrás. Viendo su padre la multitud de Padres, tomó al niño, y fuera del monasterio, se sentó llorando. Uno de los ancianos salió y al verlo le dijo: “¿Por qué lloras, oh hombre?”. El respondió: “Soy pariente de abba Pastor y ha caído sobre el niño esta tentación. Quisimos mostrárselo al anciano, pero hemos tenido miedo. Pues no quiere vernos. Y si ahora supiese que estoy aquí, me haría expulsar. Mas yo, al ver que veníais me animé a venir. Si lo quieréis, abba, apiádate de mí y lleva al niño al interior, y orad por él”. El anciano, tomando al niño entró y fue prudente, no se lo mostró en seguida a abba Pastor, sino que, comenzando por los hermanos menores decía: “Signad al niño”. Cuando hubo hecho que todos lo signaran por su orden, finalmente lo llevó a abba Pastor. Mas éste no quería signarlo. Ellos le rogaban: “Como lo hicieron todos, debes hacer tú también, padre”. Y gimiendo, se levantó para orar diciendo: “¡Oh, Dios, sana a esta criatura tuya, para que no lo domine el enemigo”. Y signándolo, se curó en seguida, y se lo devolvió curado a su padre.

582. Un hermano de los que estaban cerca de abba Pastor, fue al extranjero y encontró cierto anacoreta, que era caritativo y muchos acudían a él. El hermano le habló de abba Pastor. Y al oír su virtud, quiso ir a verlo. Cuando el hermano hubo regresado a Egipto, después de un tiempo se levantó el anacoreta, y fue a lo del hermano de Egipto que él había recibido, pues le había indicado dónde vivía. Al verlo se asombró y se alegró mucho. El anacoreta dijo: "Hazme la caridad, llévame adonde se encuentra abba Pastor". Lo llevó hasta donde estaba el anciano y se lo presentó en estos términos: "Es un gran hombre, que tiene mucha caridad y es muy honrado en su región. Le hablé de ti y ha venido con el deseo de verte". Lo recibió con alegría y después de saludarse se sentaron. Comenzó el extranjero a hablar de la Escritura, acerca de cosas espirituales y celestiales. Abba Pastor volvió su rostro y no le respondió. Viendo que no hablaba con él, se retiró entristecido y dijo al hermano que lo había llevado: "Inútilmente he hecho este viaje, fui donde el anciano y no ha querido hablar conmigo". Entró el hermano en lo de abba Pastor y le dijo: "Abba, por ti ha venido este gran hombre, que tiene tanta gloria en su región, ¿por qué no le has hablado?". Y le respondió el anciano: "El es de las alturas y habla de cosas celestiales. Yo soy de aquí abajo y hablo de cosas terrenales. Si me habla de cosas espirituales, yo nada sé de ellas; pero si me habla de las pasiones del alma, le responderé". Saliendo de allí el hermano le dijo: "El anciano no habla fácilmente de la Escritura, pero si alguien le habla de las pasiones del alma, le responde". El, arrepentido, fue adonde estaba el anciano y le dijo: "¿Qué haré, abba, pues me domina la pasión del alma?". Y el anciano le respondió con alegría, diciendo: "Ahora vienes bien, abre tu boca para estas cosas y la llenaré de bienes". El, muy edificado, dijo: "Este es el verdadero camino". Y dando gracias a Dios por haber merecido encontrar un santo semejante, se volvió a su región.

583. El gobernador de la provincia apresó a un hombre de la aldea de abba Pastor. Y vinieron todos a rogar al anciano que fuese y lo librase. El respondió: "Dadme tres días, e iré". Oró abba Pastor a Dios diciendo: "Señor, no me concedas esta gracia, ya que de otro modo, no me dejarán vivir en este lugar". Vino el anciano para rogarle al gobernador y este le dijo: "¿Pides por un ladrón, abba?". Se alegró el anciano, porque no recibió la gracia.

584. Contaron que estaban trabajando abba Pastor y sus hermanos, haciendo cuerdas, mas no progresaban porque no tenían para comprar el hilo. Uno de sus amigos contó la cosa a un comerciante fiel. Abba Pastor no quería recibir nada de nadie, por la molestia. El mercader, queriendo hacer algo por el anciano, simuló tener necesidad de las cuerdas, y tomando un camello, las llevó. Vino un hermano adonde estaba abba Pastor, y como supo lo que había hecho el mercader, queriendo alabarlo, dijo: “En verdad, abba, las llevó sin tener necesidad, para hacer algo por nosotros”. Al oír abba Pastor que las había llevado sin necesidad, dijo al hermano: “Levántate, alquila un camello y tráelas. Si no las traes, Pastor no vivirá más con vosotros. No quiero hacer injuria a nadie, ni que padezca un daño adquiriendo lo que no precisa, para provecho mío”. Fuese su hermano, y las trajo con mucho esfuerzo. Si no lo hubiese hecho, se hubiera marchado el anciano. Cuando lo vio, se alegró, como si hubiera hallado un gran tesoro.

585. Un presbítero de Pelusio oyó decir que algunos hermanos iban a la ciudad con frecuencia, frecuentaban los baños y no ejercían la guardia sobre sí mismos. Por lo que les quitó el hábito cuando fue a la sinaxis. Mas después, sintiéndose afligido en el corazón por esa causa, se arrepintió y fue a ver a abba Pastor, como embriagado por sus pensamientos. Llevó consigo los levitones de los hermanos e informó al anciano sobre lo sucedido. El anciano le dijo: “¿Por ventura, no queda en ti nada del hombre viejo? ¿Lo has apartado de ti?”. El presbítero le respondió: “Aún participo del hombre viejo”. Entonces le dijo el anciano: “Ves, tú también eres como los hermanos. Pues si todavía participas algo de lo antiguo, te hallas de modo semejante sujeto al pecado”. Fue entonces el presbítero y llamó a los hermanos y, pidiéndoles perdón, los vistió con el hábito monástico y los dejó marchar.

586. Interrogó un hermano a abba Pastor, diciendo: “He cometido un gran pecado y quiero hacer penitencia durante tres años”. El anciano le respondió: “Es demasiado”. El hermano le dijo: “¿Y durante un año?”. El anciano volvió a decirle: “Es demasiado”. Los que se hallaban presentes dijeron: “¿Y durante cuarenta días?”. Volvió a decirles: “Es demasiado”. Y agregó: “Por mi parte digo que si un hombre se arrepiente de todo corazón y no vuelve a pecar, Dios lo recibe en tres días”.

587. Dijo también: “La señal del monje se manifiesta en las tentaciones”.

588. Dijo también: “Así como la guardia del emperador lo asiste siempre dispuesta, así le conviene al alma estar preparada contra el demonio de la fornicación”.

589. Abba Anub interrogó a abba Pastor acerca de los pensamientos impuros que engendra el corazón del hombre y acerca de los vanos deseos. Abba Pastor le dijo: “¿Se gloriará acaso el hacha sin aquél que corta con ella? También tú: no les extiendas la mano y estarán ociosos”.

590. Dijo también abba Pastor: “Si Nebuzardán, el jefe de la cocina, no hubiera vencido, el templo del Señor no hubiera sido incendiado. Esto significa que si la dejadez de la gula no viniese al alma, el espíritu no caería en el combate con el enemigo”.

591. Decían acerca de abba Pastor que si era invitado a comer iba, aunque llorando y contra su voluntad, por no negarse a obedecer a su hermano y causarle pena.

592. Dijo también abba Pastor: “No vivas en un lugar donde veas que alguien tiene envidia de ti, pues si no lo haces así, no progresarás”.

593. Ciertos hermanos contaron a abba Pastor acerca de cierto monje que no bebía vino. Y él dijo: “El vino no es en absoluto propio de monjes”.

594. Abba Isaías interrogó a abba Pastor acerca de los pensamientos impuros. Abba Pastor le dijo: “Así como se corrompen con el tiempo los vestidos que se dejan olvidados en un arca, también los pensamientos, si no los ponemos corporalmente en práctica, se corrompen, es decir, desaparecen”.

595. Abba José preguntó acerca del mismo pensamiento y abba Pastor le respondió: “Si alguien arroja una serpiente y un escor-

pión dentro de una vasija y la cierra, con el tiempo ellos desaparecerán por completo. Lo mismo sucede con los malos pensamientos: suferidos por los demonios, desaparecen por la paciencia”.

596. Un hermano vino a ver a abba Pastor y le dijo: “Siembro mi campo y hago caridad con ello”. El anciano le dijo: “Haces bien”, y aquél partió con fervor e intensificó la caridad. Abba Anub, al escuchar esto, le dijo: “¿No temes a Dios, que le has hablado así al hermano?”. El anciano guardó silencio. Dos días más tarde, abba Pastor vio llegar al hermano y le dijo, en presencia de abba Anub: “¿Qué me dijiste el otro día? Pues tenía la mente en otra parte”. El hermano respondió: “Te dije que siembro mi campo y hago caridad con ello”. Abba Pastor le dijo: “Pensé que te referías a tu hermano que vive en el mundo. Mas si eres tú quien obra así, ello no es propio de un monje”. Al escuchar esto, aquél se entristeció y dijo: “No sé hacer ningún otro trabajo fuera de éste, y no puedo dejar de sembrar mi campo”. Cuando se hubo marchado, abba Anub hizo una metanía y dijo: “Perdóname”. Abba Pastor le dijo: “Yo sabía también, desde el comienzo, que ese no era trabajo propio de un monje, pero le hablé conforme a sus ideas y le di aliento para que aumentara su caridad. Mas ahora se ha marchado triste y oírará nuevamente como antes”.

597. Abba Pastor dijo: “Si un hombre ha pecado y lo niega, diciendo: ‘No pequé’, no lo reprendas, pues tal vez de ese modo lo desanimas. Pero si le dices: ‘No te desanimes, hermano, mas cuídate de ahora en adelante’, excitas su alma a la penitencia”.

598. Dijo también: “La experiencia es una cosa buena, pues ella enseña al hombre paciente”.

599. Dijo también: “Un hombre que enseña y no pone en práctica las cosas que enseña, es semejante a una fuente que abreva y lava a todo el mundo, pero que no puede purificarse a sí misma”.

600. Cierta vez, pasando abba Pastor por Egipto, vio una mujer sentada junto a un sepulcro, llorando amargamente. Y dijo: “Aunque vinieran todos los deleites de este mundo, no podrían apartar

su alma de la compunción. De modo semejante, el monje debe tener siempre en sí mismo la compunción”.

601. Dijo también: “Hay un hombre que parece callar, pero que condena a otros en su corazón; ese tal habla constantemente. En cambio, hay otro que habla de la mañana a la noche, y sin embargo guarda silencio; es decir, no dice nada que no sea de provecho”.

602. Un hermano se llegó adonde estaba abba Pastor y le dijo: “Abba, tengo innumerables pensamientos y ellos me ponen en peligro”. El anciano lo llevó fuera y le dijo: “Llena tu pecho y retiene el aire”. Pero aquél le dijo: “No puedo”. El anciano le dijo: “Si no puedes hacer esto, tampoco puedes impedir que lleguen a ti los pensamientos, mas el resistirlos depende de ti”.

603. Dijo abba Pastor: “Si se encuentran tres hermanos, de los cuales uno guarda la paz interior con perfección, el otro da gracias a Dios en las enfermedades y el tercero sirve a otros con un corazón puro, los tres están obrando lo mismo”.

604. Dijo también: “Está escrito: Como el ciervo desea la fuente de las aguas, así mi alma te desea a ti, Dios mío. En efecto, los ciervos en el desierto engullen muchos reptiles, y como el veneno los quema, desean ir a beber a las fuentes para refrescar el ardor del veneno de las serpientes. Del mismo modo, los monjes que permanecen en el desierto son abrasados por los demonios malvados, y suspiran por el sábado y el domingo, para ir a las fuentes de las aguas, es decir, el cuerpo y la sangre del Señor, para purificarse de la amargura del maligno”.

605. Abba José preguntó a abba Pastor: “¿Cómo conviene ayunar?”. Abba Pastor le respondió: “Por mi parte, prefiero a aquel que come un poco cada día para no saciarse”. Abba José le dijo: “Cuando eras más joven, ¿acaso no ayunabas durante dos días seguidos, abba?”. Respondió el anciano: “Sí, y aun durante tres, cuatro y toda una semana. Los Padres, hombres resistentes, probaron todas estas cosas y hallaron preferible comer todos los días una cantidad pequeña; y nos legaron un camino real, que es comfortable”.

606. Decían acerca de abba Pastor que cuando se disponía para ir a la sinaxis, se sentaba en la soledad y examinaba sus pensamientos durante una hora, y después salía.

607. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “Me han dejado una herencia, ¿qué he de hacer con ella?”. El anciano le dijo: “Vete, y vuelve dentro de tres días, que te lo diré”. Cuando volvió conforme a lo que se le había mandado, el anciano le habló así: “¿Qué puedo decirte, hermano? Si te digo: Dalo a la Iglesia, harán banquetes con ella; si te digo: Dalo a tus parientes, no te será de provecho alguno; si te digo: Dalo a los pobres, no lo harás. Haz, pues, lo que quieras, que no es asunto mío”.

608. Otro hermano lo interrogó, diciendo: “¿Qué significa: No devolverás mal por mal?”. El anciano le dijo: “Esta pasión tiene cuatro etapas: la primera es la del corazón, la segunda la del ojo, la tercera la de la lengua y la cuarta es no devolver el mal por el mal. Si purificas tu corazón, la pasión no viene a los ojos; mas si viene a los ojos, cuida de no hablar; pero si hablas, deja inmediatamente de hacerlo, para no devolver mal por mal”.

609. Abba Pastor dijo: “Estas tres virtudes: la vigilancia, el conocimiento de sí mismo y el discernimiento, son las guías del alma”.

610. Dijo también: “Los instrumentos del alma son: postrarse en presencia de Dios, no medirse a sí mismo y abandonar la voluntad propia”.

611. Dijo también: “La victoria sobre toda dificultad que te sobreviene es guardar silencio”.

612. Dijo también: “Todo descanso corporal es una abominación para el Señor”.

613. Dijo también: “La compunción tiene dos lados: trabaja y protege”.

614. Dijo también: “Si te viniere un pensamiento acerca de las cosas que son necesarias al cuerpo, ponlo en orden por primera vez; si viene nuevamente, ponlo en orden por segunda vez; pero si viene por tercera vez, ya no le prestes atención pues ello es inútil”.

615. Dijo también: “Un hermano interrogó a abba Alonios diciendo: ‘¿Qué significa llegar a ser como la nada?’. El anciano le respondió: Es permanecer debajo de los seres irracionales y saber que están libres de condena”.

616. Dijo también: “Si el hombre recordara aquella sentencia que dice: Por tus palabras serás justificado y por tus palabras serás condenado, optaría más bien por callar”.

617. Dijo también: “La distracción es el principio de los males”.

618. Dijo también que abba Isidoro, presbítero de Escete, habló cierta vez al pueblo diciendo: “Hermanos, ¿acaso no hemos venido a este lugar para trabajar? Pero ahora ya no hay trabajo, así que, preparada mi melota, me marchó adonde haya trabajo, y allí encontraré reposo”.

619. Un hermano le dijo a abba Pastor: “Si veo alguna cosa, ¿quieres que te lo diga?”. El anciano le respondió: “Está escrito: Aquel que responde antes de escuchar acarrea necedad y deshonor sobre sí. Si has sido interrogado, habla; pero si no, guarda silencio”.

620. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “¿Puede el hombre confiar en una sola acción?”. El anciano le respondió: “Abba Juan Colobos dijo: Por mi parte, desearía tener un poco de todas las virtudes”.

621. El anciano dijo también: “Un hermano preguntó a abba Pambo: ¿Es bueno alabar al prójimo? El anciano le respondió: Mejor es callar”.

622. Abba Pastor dijo también: “Si un hombre hiciera un cielo nuevo y una tierra nueva, no por eso estaría libre de cuidado”.

623. Dijo también: “El hombre necesita de la humildad y del temor de Dios como del aliento que sale de sus narices”.

624. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “¿Qué haré?”. El anciano le dijo: “Cuando Abraham entró en la tierra prometida compró un sepulcro para él, y por la tumba recibió en herencia la tierra”. El hermano le dijo: “¿Qué es la tumba?”. El anciano le dijo: “El lugar del llanto y de la compunción”.

625. Un hermano le dijo a abba Pastor: “Si doy a mi hermano un poco de pan o de cualquier otra cosa, los demonios lo ensucian como si lo hiciera para agradar a los hombres”. El anciano le dijo: “Aunque se haga para agradar a los hombres, demos igualmente lo necesario al hermano”. Y le refirió la siguiente parábola: “Dos agricultores vivían en la misma ciudad, uno de ellos sembraba y recogía pocos y malos frutos. El otro, que no se tomaba el trabajo de sembrar, no recogía nada. Si llegara un hambre, ¿cuál de los dos hallaría de qué vivir?”. El hermano respondió: “El que recogía pocos y malos frutos”. El anciano le dijo: “Obremos también nosotros así: sembremos un poco, aunque sea malo, para no morir de hambre”.

626. Dijo también abba Pastor que abba Amonas había dicho: “Un hombre puede pasar todo el tiempo de su vida llevando el hacha, y no encontrar el modo de voltear el árbol. En cambio, un talador experimentado derriba el árbol con pocos golpes”. El decía que el hacha era la discreción.

627. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “¿Cómo debe conducirse el hombre?”. El anciano le dijo: “Fijémonos en Daniel, contra quien no pudieron hallar acusación alguna, a no ser el culto sagrado al Señor su Dios”.

628. Abba Pastor dijo: “La voluntad del hombre es un muro de bronce entre él y Dios, una piedra interpuesta. Por eso, al abandonarla, el hombre se dice para sí: En mi Dios atravieso el muro. Si la justicia concuerda con la voluntad, el hombre se esfuerza”.

629. Dijo también: “Estando los ancianos sentados cierta vez para comer, abba Alonios se levantó para servir, y ellos, al verlo, lo

alabaron. Mas él no respondió absolutamente nada. Entonces alguien le dijo en privado: ¿Por qué no respondiste a los ancianos que te alabaron? Abba Alonios le dijo: Si les hubiera respondido, estaría aceptando sus alabanzas”.

630. Dijo también: “Los hombres hablan a la perfección, pero son muy poco consecuentes al obrar”.

631. Abba Pastor dijo: “Así como el humo expulsa a las abejas y quita la dulzura de sus trabajos, del mismo modo el descanso corporal arroja del alma el temor de Dios y diluye todas sus actividades”.

632. Un hermano fue a ver a abba Pastor en la segunda semana de cuaresma y le expuso sus pensamientos. Cuando hubo encontrado la paz, le dijo: “Hoy estuve a punto de no venir”. El anciano le preguntó: “¿Por qué?”. Le respondió el hermano: “Me dije: Quizá no me abra a causa de la cuaresma”. Abba Pastor le dijo: “Nosotros no hemos aprendido a cerrar la puerta de madera, sino la puerta de la lengua”.

633. Abba Pastor dijo también: “Conviene huir de las cosas carnales. Pues cuando el hombre se encuentra junto al combate carnal, se asemeja a un hombre que permanece inmóvil cerca de un lago profundo y a quien el enemigo lo precipita con facilidad hacia abajo, a la hora que juzgare conveniente. Pero si se encuentra lejos de las cosas carnales, se asemeja al varón que permanece lejos del lago, de modo que si lo tomara el enemigo para arrojarlo hacia abajo, Dios le envía su auxilio en el mismo instante en que es tomado y violentado”.

634. Dijo también: “La pobreza, la aflicción, la austeridad, y el ayuno son los instrumentos de la vida solitaria. Pues está escrito: Si estos tres hombres, Noé, Job y Daniel, estuvieran juntos, vivo yo, dice el Señor. En efecto, Noé es figura de la pobreza, Job del sufrimiento y Daniel de la discreción. Si estas tres prácticas estuvieran en el hombre, el Señor habitará en él”.

635. Abba José decía: “Estando sentados con abba Pastor, llamó éste a Agatón con el nombre de abba. Nosotros le dijimos:

¿Por qué lo llamas abba, siendo todavía tan joven? Abba Pastor respondió: Porque su boca lo hizo digno de ser llamado abba”.

636. Un hermano acudió cierta vez adonde estaba abba Pastor y le dijo: “¿Qué haré, abba, pues me oprime la fornicación, y he ido a ver a abba Ibistión, que me dijo: No le permitas permanecer en ti?”. Abba Pastor le dijo: “Abba Ibistión tiene sus obras con los ángeles en el cielo y no sabe que tú y yo permanecemos aún en la fornicación. Si el monje contiene el vientre y la lengua, no muere”.

637. Dijo abba Pastor: “Enseña a tu boca hablar las cosas que hay en tu corazón”.

638. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “Si veo que mi hermano comete una falta, ¿hago bien en ocultarla?”. El anciano le dijo: “En el mismo momento que ocultamos la falta de nuestro hermano, Dios oculta la nuestra; y en el momento que la manifestamos, Dios hace manifiesta la nuestra”.

639. Abba Pastor dijo también que alguien interrogó una vez a abba Paesio diciendo: “¿Qué haré de mi alma, pues está dormida y no teme a Dios?”. Le respondió: “Ve, únete con un hombre que tema a Dios y permanece junto a él, y te enseñará a temer a Dios”.

640. Dijo también: “Si el monje vence en dos cosas podrá librarse del mundo”. Le preguntó el hermano: “¿Cuáles son?”. El le dijo: “El deseo carnal y la vanagloria”.

641. Abraham, el discípulo de abba Agatón, interrogó a abba Pastor diciendo: “¿Por qué me combaten los demonios?”. Le dijo abba Pastor: “¿Te combaten los demonios? No combaten contra nosotros mientras hacemos nuestra propia voluntad. Nuestras voluntades propias son las que se convierten en demonios, y son ellas quienes nos afligen para que las cumplamos. Pero si quieres ver contra quiénes luchan los demonios, es contra Moisés y los que son como él”.

642. Abba Pastor dijo: “Dios ha dado esta forma de vida a Israel: Abstenerse de todas aquellas cosas que son contra la natu-

raleza, es decir, de la ira, la cólera, la envidia, el odio y la murmuración contra el hermano; de todas las cosas, en fin, que caracterizan al hombre viejo”.

643. Un hermano suplicó a abba Pastor diciendo: “Dime una palabra”. El anciano le dijo: “Los ancianos pusieron la compunción como principio de toda acción”. El hermano le dijo: “Dime otra palabra”. El anciano le respondió: “Trabaja cuanto puedas con tus manos, para hacer misericordia con ello, pues está escrito: La limosna y la fe purifican los pecados”. El hermano le preguntó: “¿Qué es la fe?”. El anciano respondió: “Vivir en la humildad y hacer misericordia”.

644. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “Si veo a un hermano de quien he oído decir que pecó, no quiero introducirlo en mi celda, pero si veo a uno que es bueno, me alegro con su presencia”. El anciano le dijo: “Si haces un pequeño bien al hermano justo, haz con el otro el doble, pues está enfermo. En efecto, había en un cenobio un anacoreta llamado Timoteo; el hegúmeno supo que un hermano estaba tentado y preguntó a Timoteo sobre ello. Este le aconsejó echar fuera al hermano. Así, pues, cuando aquél fue expulsado, la tentación del hermano cayó sobre Timoteo, hasta el punto de pecar. Entonces, Timoteo lloró en presencia de Dios diciendo: He pecado, perdóname. Y vino una voz que le dijo: Timoteo, no pienses que te ha venido esto por otra razón que la de haber despreciado a tu hermano en el tiempo de la tentación”.

645. Abba Pastor dijo: “Esta es la razón por la que yacemos en semejantes tentaciones: que no guardamos nuestro nombre y nuestra condición, como dice la Escritura. ¿No vemos acaso que el Señor le dio el descanso a la mujer cananea que admitió su nombre?, y también, porque Abigail dijo a David: El pecado está en mí, la escuchó y la amó. Abigail es figura del alma, David de la divinidad. Si el alma se acusa en presencia del Señor, él la ama”.

646. Abba Pastor iba cierta vez con abba Anub hacia la región de Diolcos. Al llegar cerca de los sepulcros vieron una mujer afligida y que lloraba amargamente, y se detuvieron para contemplarla. Avanzaron un poco más y se encontraron con alguien a

quien abba Pastor interrogó diciendo: “¿Qué le sucede a esta mujer que llora amargamente?”. Le contestó: “Han muerto su marido, su hijo y su hermano”. Entonces abba Pastor le dijo a abba Anub: “Te aseguro que si el hombre no mata todas las voluntades de la carne y no posee una compunción como esta, no puede llegar a ser monje. Pues toda la vida y toda el alma de esta mujer están puestas en la compunción”.

647. Dijo abba Pastor: “No te midas a ti mismo, sino únete al que se conduce rectamente”.

648. Dijo también: “Cuando un hermano iba a ver a abba Juan Colobos, él le ofrecía la caridad de la que habla el Apóstol: La caridad es paciente, es benévola”.

649. También dijo de abba Pambo, que abba Antonio había dicho de él: “Por el temor de Dios hizo que habitase en él el Espíritu de Dios”.

650. Uno de los Padres contó acerca de abba Pastor y sus hermanos, que vivían en Egipto y su madre quería verlos, y no podía. Observó ella el momento en que iban a la iglesia, y les salió al encuentro. Ellos, al verla, se volvieron y le cerraron la puerta en la cara. Mas ella clamaba a la puerta, llorando mucho y diciendo: “Que pueda veros, amados hijos míos”. Al oírla abba Anub se dirigió a abba Pastor diciendo: “¿Qué le haremos a la anciana que está llorando delante de la puerta?”. Y desde el interior, donde se encontraba de pie, la oyó llorar con muchos gemidos. Le dijo: “¿Por qué lloras así, mujer?”. Mas ella, al oír su voz, lloraba mucho más, clamando y diciendo: “¡Quiero veros, hijos míos!” ¿Qué hay si os miro? ¿No soy acaso vuestra madre? ¿Por ventura no os amamanté? Ya estoy llena de canas. Al oír tu voz me turbé”. Le dijo el anciano: “¿Quieres vernos aquí o en el otro mundo?”. Le respondió: “Si no os veo aquí, ¿os veré en el otro mundo?”. Le dijo: “Si te haces violencia aquí para no vernos, nos verás allá”. Y se marchó alegremente, diciendo: “Finalmente, si os he de ver allí no quiero veros aquí”.

651. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “¿Cuáles son las cosas superiores?”. Respondió el anciano: “La justicia”.

652. Una vez algunos herejes vinieron a visitar a abba Pastor y comenzaron a murmurar del obispo de Alejandría, como si hubiera recibido la ordenación de manos de los presbíteros. El anciano, guardando silencio, llamó a su discípulo y le dijo: “Dispón la mesa, encárgate de que coman y despídelos en paz”.

653. Abba Pastor dijo que un hermano que vivía con otros hermanos preguntó a abba Besarión: “¿Qué haré?”. El anciano le dijo: “Guarda silencio y no te midas a ti mismo”.

654. Dijo también: “No entregues tu corazón a lo que no lo llena”.

655. Dijo también: “Si te desprecias a ti mismo, hallarás descanso en cualquier lugar en que te encuentres”.

656. Dijo también que abba Sisoes decía: “Hay una vergüenza que peca por ausencia de temor”.

657. Dijo también: “La voluntad y el descanso, y la costumbre de estas cosas trastornan al hombre”.

658. Dijo también: “Si tú eres silencioso, hallarás descanso dondequiera te encuentres”.

659. Dijo también acerca de abba Pior que cada día comenzaba de nuevo.

660. Un hermano interrogó a abba Pastor, diciendo: “Si un hombre está envuelto en algún pecado, y se convierte, ¿es perdonado por Dios?”. El anciano le dijo: “¿Acaso Dios, que manda obrar así a los hombres, no lo hará aún más? El ordenó a Pedro diciendo: Hasta setenta veces siete”.

661. Un hermano interrogó a abba Pastor, diciendo: “¿Es cosa buena orar?”. El anciano le respondió: “Dijo abba Antonio: Esta palabra procede de la boca del Señor que dice: Consolad, consolad a mi pueblo, dice el Señor”.

662. Un hermano interrogó a abba Pastor, diciendo: “¿Puede el hombre contener todos sus pensamientos y no abandonar ninguno al enemigo?”. El anciano le dijo: “Hay quien recibe diez y da uno”.

663. El mismo hermano interrogó sobre la misma cuestión a abba Sisoës. Le respondió: “Existe ciertamente quien no le da nada al enemigo”.

664. En el monte Atlibeo vivía un gran hesicasta. Llegaron los ladrones donde él, y el anciano comenzó a gritar. Al oírlo, los vecinos apresaron a los ladrones y los entregaron al oficial, que los arrojó en la cárcel. Los hermanos se entristecieron y decían: “Por causa nuestra fueron entregados”. Se levantaron, fueron a ver a abba Pastor y le contaron lo sucedido. Este le escribió al anciano, diciéndole: “Piensa en la primera entrega y de dónde viene, y luego examina la segunda. Si no te hubieras entregado interiormente antes, no habrías hecho la segunda entrega”. Al escuchar la carta de abba Pastor (que era célebre en toda la región, pues no salía de su celda), se levantó, fue a la ciudad, sacó a los ladrones de la cárcel y públicamente les dio la libertad.

665. Abba Pastor dijo: “El monje no se queja, el monje no se desquita, el monje no se aíra”.

666. Algunos ancianos fueron a ver a abba Pastor, y le dijeron: “Si vemos a los hermanos dormitando durante la sinaxis, ¿quieres que los reprendamos, para que estén despiertos en la vigilia?”. Mas él les respondió: “Cuando veo un hermano que duerme, pongo su cabeza sobre mis rodillas y lo dejo descansar”.

667. Contaban acerca de un hermano, que sufría la tentación de la blasfemia, y le daba vergüenza decirlo. Donde oía que había grandes ancianos, iba a verlos, para exponerla a ellos, pero cuando llegaba, tenía vergüenza de confesarlo. Muchas veces fue a ver a abba Pastor. Y el anciano veía que tenía tentaciones, y se afligía porque el hermano no lo manifestaba. Un día le dijo: “Desde hace tanto tiempo vienes hasta aquí para decirme tus pensamientos, y cuando llegas no los quieres decir, sino que te vuelves afligido, co-

mo has venido. Dime, hijo, lo que tienes”. El respondió: “El demonio me empuja a la blasfemia contra Dios, y me avergüenza decirlo”. Cuando lo hubo dicho, sintió un alivio. Y el anciano le dijo: “No te aflijas, hijo; cada vez que llega a ti la tentación, di: No tengo culpa en esto; tu blasfemia sea sobre ti, satanás. Mi alma no lo quiere. Lo que el alma no quiere, dura poco”. Y el hermano se marchó curado.

668. Un hermano interrogó a abba Pastor, diciendo: “Observo que dondequiera yo vaya, encuentro ayuda”. El anciano le dijo: “Los que tienen una espada en sus manos, tienen a Dios que los ayuda en el tiempo presente. Si somos valientes, su misericordia obrará con nosotros”.

669. Abba Pastor dijo: “Si un hombre se reprende a sí mismo, está protegido por todas partes”.

670. Dijo también que abba Amonas decía: “Un hombre puede estar cien años en la celda sin aprender cómo vivir en la celda”.

671. Abba Pastor dijo: “Si el hombre logra lo que dice el Apóstol: Para los puros, todas las cosas son puras, se verá a sí mismo inferior a todas las criaturas”. El hermano le dijo: “¿Cómo podré considerarme inferior a un criminal?”. El anciano le dijo: “Cuando un hombre obtiene lo que hemos dicho, si ve a un hombre cometiendo un crimen, dice: Este cometió este único pecado, pero yo mato todos los días”.

672. Un hermano hizo la misma pregunta a abba Anub, refiriéndole lo que había dicho abba Pastor. Abba Anub le contestó: “Si un hombre pone en práctica esa palabra al ver las culpas de su hermano, hace que su justicia se imponga sobre sus faltas”. El hermano le dijo: “¿Qué es su justicia?”. El anciano le respondió: “Que se reprenda siempre”.

673. Un hermano dijo a abba Pastor: “Si caigo en un pecado miserable, mi conciencia me devora y me acusa, diciendo: ¿Por qué has caído?”. El anciano le dijo: “Cuando el hombre cede al error, si dice: ‘Pequé’, al punto cesa el pecado”.

674. Un hermano interrogó a abba Pastor, diciendo: “¿Por qué los demonios persuaden a mi alma para que permanezca con el que me es superior, y me hacen despreciar el que me es inferior?”. El anciano le respondió: “Por eso dice el Apóstol: En una casa grande no hay solamente vasos de oro y de plata, sino también de madera y de arcilla. Si alguien se purifica de todo eso, será un vaso útil para el honor del Señor, que se halla preparado para toda obra buena”.

675. Un hermano interrogó a abba Pastor, diciendo: “¿Por qué no puedo ser libre con los ancianos en mis pensamientos?”. El anciano le refirió lo que había dicho abba Juan Colobos: “Nada regocija tanto al enemigo, como esos que no manifiestan sus pensamientos”.

676. Dijo un hermano a abba Pastor: “Mi corazón languidece cuando me sobreviene una pequeña aflicción”. El anciano le dijo: “¿No admiramos a José, joven de diecisiete años, que sostuvo la tentación hasta el fin? Y Dios lo glorificó. ¿No vemos también a Job, cómo resistió hasta el fin, guardando la paciencia? No pudieron las tentaciones arrancarlo de la esperanza en Dios”.

677. Dijo abba Pastor: “El cenobio exige tres prácticas: la humildad es una, otra la obediencia, y la tercera que es ponerse en movimiento, teniendo como aguijón el trabajo del cenobio”.

678. Un hermano interrogó a abba Pastor, diciendo: “En el tiempo de mi aflicción pedí a uno de los santos que me diera algo que me era útil, y me lo dio como una caridad. Ahora bien, ¿si Dios me favorece, lo he de dar como caridad a otros o al que me lo dio a mí?”. Le respondió el anciano: “Lo justo según Dios es que se lo des a él, pues es suyo”. El hermano le dijo: “Si se lo llevo y no lo quiere aceptar, sino que me dice: Ve, dalo al que quieras, como caridad, ¿qué haré?”. Le dijo el anciano: “Es suya la cosa. Si alguien te da algo por su iniciativa, sin que se lo pidas tú, es tuyo. Pero si tú lo pides a un monje o a un seglar, y no lo quiere recibir de vuelta, lo razonable es que, sabiéndolo él, lo des a otro en su nombre, como caridad”.

679. Decían de abba Pastor que nunca quería dar su palabra después de otro anciano, sino que, más bien, lo alababa en todo.

680. Abba Pastor dijo: “Muchos de nuestros Padres fueron fuertes en la ascesis, pero en la delicadeza, uno u otro”.

681. Estando sentado cierta vez abba Isaías junto a abba Pastor, se oyó el canto de un gallo. Dijo aquél: “¿Es posible oír estas cosas aquí, abba?”. Respondió diciendo: “Isaac, ¿por qué me obligas a hablar? Tú y los que son semejantes a ti oyen estas cosas, pero el que vigila no hace caso de ellas”.

682. Contaban que si venían a ver a abba Pastor, éste los enviaba primero a abba Anub, pues era mayor que él. Pero abba Anub les decía: “Id donde mi hermano Pastor, pues él tiene el carisma de la palabra”. Y si abba Anub se sentaba junto a abba Pastor, no hablaba abba Pastor en su presencia.

683. Había un seglar que llevaba vida muy piadosa. Fue a visitar a abba Pastor, y fueron otros hermanos, que pedían que les dijese una palabra. El anciano dijo al fiel seglar: “Diles una palabra a los hermanos”. Mas él suplicaba, diciendo: “Perdóname, abba, yo vine para aprender”. Pero obligado por el anciano, dijo: “Soy un seglar que vendo verduras y, en mi negocio, desato los haces y los hago más pequeños, compro barato y vendo caro. Por lo demás no sé hablar de la Escritura; pero diré una parábola: Cierta hombré dijo a un amigo suyo: Tengo deseos de ver al emperador, ven conmigo. El amigo le respondió: Iré contigo hasta la mitad del camino. Luego dijo a otro amigo: Ven y acompáñame hasta el emperador. Mas éste le dijo: Te llevaré hasta el palacio del emperador. Dijo a un tercero: Ven conmigo hasta el emperador. Y le contestó: Iré y te conduciré hasta el palacio, y me quedaré, y hablaré y te introduciré hasta el emperador”. Le preguntaron cuál era el sentido de la parábola. El les respondió: “El primer amigo es la ascesis, que lleva hasta el camino; el segundo es la castidad, que lleva al cielo; el tercero es la limosna, que introduce con confianza hasta Dios nuestro emperador”. Los hermanos se retiraron edificados.

684. Un hermano que vivía fuera de su aldea, y hacía muchos años que no volvía a entrar en ella, decía a los hermanos: “Ved cuántos años llevo sin ir a mi aldea, en cambio vosotros vais con frecuencia”. Interrogado abba Pastor sobre esto, dijo el anciano: “Durante la noche subo a la aldea y camino alrededor de ella, para que mi alma no se glorie por no haber estado en ella”.

685. Interrogó un hermano a abba Pastor, diciendo: “Dime una palabra”. El anciano le dijo: “Cuando la olla está caliente, ni la mosca ni el reptil pueden tocarla. Pero cuando está fría, se instalan en ella. Así le ocurre al monje: mientras permanece en las prácticas espirituales, el enemigo no encuentra el modo de abatirlo”.

686. Abba José decía que abba Pastor había dicho: “Lo que está escrito en el Evangelio: El que tiene una túnica, que la venda, y compre una espada, quiere decir que el que goza de reposo, lo abandone, y tome el camino estrecho”.

687. Algunos Padres preguntaron a abba Pastor: “Si vemos pecar a un hermano, ¿quieres que lo reprendamos?”. El anciano les dijo: “Por lo que a mí respecta, si tengo que pasar por allí y veo a alguien que está pecando, sigo mi camino y no lo reprendo”.

688. Abba Pastor dijo: “Está escrito: Da testimonio de lo que han visto tus ojos. Pero yo os digo: Aunque lo toquen con vuestras manos, no deis testimonio. Pues cierto hermano fue engañado de este modo: Vio a un hermano suyo que pecaba con una mujer; fuertemente combatido por la tentación, se acercó y les tocó los pies, creyendo que se encontraba allí, y les dijo: ¡Terminad de una vez! ¿Hasta cuándo? Y advirtió entonces que eran unos haces de trigo. Por esta razón os dije: Aunque lo toquéis con vuestras manos, no reprendáis”.

689. Un hermano interrogó a abba Pastor, diciendo: “¿Qué haré, pues soy combatido por la fornicación y por la ira?”. El anciano le dijo: “A raíz de esto dijo David: Golpeaba al león y mataba al oso; es decir: amputaba la ira y oprimía la fornicación con las fatigas”.

690. Dijo también: “No hay caridad más grande que la de dar la vida por el prójimo. Pues si uno oye una palabra mala, es decir, que causa tristeza, y pudiendo decirla él también lucha para no decirla, o si es engañado, y lo soporta y no retribuye al que así obró con él, este hombre da su vida por su prójimo”.

691. Un hermano interrogó a abba Pastor, diciendo: “¿Qué es un hipócrita?”. El anciano le respondió: “Hipócrita es aquel que enseña a su prójimo aquellas cosas que él no hace. Está escrito: “¿Por qué miras la paja en el ojo de tu hermano, y hay una viga en tu ojo?”.

692. Un hermano interrogó a abba Pastor, diciendo: “¿Qué es airarse vanamente contra un hermano?”. Le respondió: “Si te aíras contra tu hermano por cualquier ofensa con que te injuria, te enojas sin causa. Aunque te arranque el ojo derecho y te corte la mano derecha, si te enojas, te enojas vanamente. Pero si se aparta de Dios, entonces sí, aírate”.

693. Un hermano interrogó a abba Pastor, diciendo: “¿Qué he de hacer con mis pecados?”. El anciano le dijo: “El que desea limpiarse de sus pecados, los lava con el llanto, y el que desea adquirir las virtudes las adquiere con el llanto. En efecto, llorar es el camino que nos dieron la Escritura y nuestros Padres, diciendo: Llorad. Ciertamente, no hay otro camino fuera de éste”.

694. Un hermano preguntó a abba Pastor: “¿Qué es el arrepentimiento del pecado?”. El anciano le respondió: “No cometerlo ya en adelante. Por esta razón, los justos fueron llamados inmaculados, porque abandonaron el pecado y se volvieron justos”.

695. Dijo también: “La malicia de los hombres está escondida dentro de ellos”.

696. Un hermano preguntó a abba Pastor: “¿Qué haré con estas preocupaciones que me afligen?”. El anciano le dijo: “Lloremos

en la presencia de Dios en todas nuestras aflicciones, hasta que haga misericordia con nosotros”.

697. El mismo hermano lo interrogó nuevamente: “¿Qué haré con las amistades vanas que tengo?”. El le dijo: “Hay hombres que se esfuerzan hasta la muerte, atendiendo a las amistades de este mundo. No te acerques a ellas, no las toques, y se transformarán ellas mismas”.

698. Un hermano interrogó a abba Pastor, diciendo: “¿Puede estar muerto un hombre?”. Le respondió: “Si se inclina hacia el pecado, se vuelve moribundo; pero si se inclina al bien, vive y actúa”.

699. Dijo abba Pastor que el bienaventurado Antonio había dicho que el gran poder del hombre consiste en que arroje sus faltas sobre sí, en la presencia de Dios, y espere la tentación hasta el último suspiro.

700. Preguntaron a abba Pastor a quién se refería la palabra: “No penséis acerca del mañana”. El anciano respondió: “Se dijo para el hombre tentado y débil, para que no se aflija, diciendo: ¿Cuánto tiempo permaneceré en esta tentación?; sino que, más bien, piense y diga cada día: Hoy”.

701. Dijo también: “Enseñar al prójimo corresponde al hombre sano y sin pasiones, pues, ¿de qué sirve edificar la casa de otro y destruir la propia?”

702. Dijo también: “¿De qué sirve darse a un oficio y no aprenderlo?”.

703. Dijo también: “Todas las cosas desmesuradas provienen de los demonios”.

704. Dijo también: “Cuando un hombre se apresta a construir una casa, recoge las cosas necesarias para edificarla y reúne las distintas clases de materiales. Así también adquirimos un poco de todas las virtudes”.

705. Algunos de los Padres interrogaron a abba Pastor diciendo: “¿Cómo puede abba Nesteros soportar tanto a su discípulo?”. Abba Pastor les dijo: “En su lugar, yo hubiera puesto también una almohada debajo de su cabeza”. Abba Anub le dijo: “¿Y qué le dirías a Dios?”. Abba Pastor le respondió: “Le diría así: ‘Tú dices: Quitla la viga de tu ojo, y entonces verás de quitar la paja del ojo de tu hermano’”.

706. Dijo abba Pastor: “El hambre y el sueño no nos dejan ver estas cosas simples”.

707. Dijo también: “Muchos llegaron a ser poderosos, pero muy pocos fueron eminentes”.

708. Dijo también, gimiendo: “Todas las virtudes, salvo una, vinieron a esta casa, y el hombre sin ella se sostiene con esfuerzo”. Le preguntaron cuál era, y él respondió: “Que el hombre se reproche a sí mismo”.

709. Abba Pastor decía con frecuencia: “No tenemos necesidad de otra cosa, fuera de una inteligencia vigilante”.

710. Uno de los padres interrogó a abba Pastor diciendo: “¿Quién es el que dice: Tengo parte con todos los que te temen?”. El anciano respondió: “Es el Espíritu Santo el que lo dice”.

711. Abba Pastor dijo que un hermano interrogó a abba Simón, diciendo: “Si al salir de mi celda encuentro a mi hermano distraído, me distraigo con él; y si lo encuentro riendo, me río con él. Por eso cuando vuelvo a mi celda, ya no puedo tener descanso”. El anciano le dijo: “¿Pretendes tú al volver a tu celda encontrarte como estabas al salir de ella, si cuando encuentras a los que ríen, ríes con ellos, y cuando encuentras a los que hablan, hablas con ellos?”. El hermano le dijo: “¿Entonces, qué?”. El anciano le dijo: “Guarda la vigilancia en el interior y guarda la vigilancia en el exterior”.

712. Abba Daniel decía: “Vinimos un día adonde estaba abba Pastor y comimos juntos. Después de haber comido nos dijo: Id,

hermanos, descansad un poco. Los hermanos se retiraron a descansar. Pero yo me quedé para hablar con él a solas. Me levanté y fui a su celda. Al verme ir hacia él, hizo como si durmiera. Esa era siempre la actividad del anciano, hacer todas las cosas en secreto”.

713. Abba Pastor dijo: “Si tienes visiones y oyes rumores, no se los cuentes a tu prójimo, pues ello es un artificio de guerra”.

714. También dijo: ‘La primera vez, huye; la segunda, huye, y la tercera vez, conviértete en espada”.

715. Abba Pastor dijo a abba Isaac: “Alivia una parte de tu justicia y tendrás descanso en tus cortos días”.

716. Un hermano vino una vez a abba Pastor y, mientras estaba sentado con otros, alabó a un hermano que aborrecía el mal. Abba Pastor le dijo al que había hablado: “¿Qué es aborrecer el mal?”. El hermano se sorprendió y no supo responder. Levantándose, hizo la metanía ante el anciano diciendo: “Dime tú, ¿qué es aborrecer el mal?”. El anciano le dijo: “Aborrecer el mal es esto: Odiar uno mismo sus pecados y justificar a su prójimo”.

717. Un hermano fue a ver a abba Pastor y le dijo: “¿Qué haré?”. El anciano le dijo: “Ve, vive con el que diga: ¿Qué es lo que quiero?, y hallarás descanso”.

718. Abba José refirió que abba Isaac dijo: “Estaba sentado cierta vez con abba Pastor y lo vi transportado en éxtasis. Vuelto ya, como tenía con él una gran confianza, me postré haciendo la metanía, y le dije: Dime, ¿dónde estabas? Coaccionado, me respondió: Mi mente estaba allí donde estaba María, la madre de Dios, que lloraba junto a la cruz del salvador. Yo quisiera llorar así por siempre”.

719. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “¿Qué haré con el peso que me oprime?”. El anciano le dijo: “Los barcos pequeños y grandes tienen cables como cinturones para que, si el viento no les es favorable, los aten a los pechos de los marineros para guiar con lentitud la nave, hasta que Dios envíe el viento. Mas

si notan que está cayendo la oscuridad, entonces echan las anclas para que la nave no vaya a la deriva”.

720. Un hermano interrogó a abba Pastor acerca de las afrentas de los pensamientos. El anciano le dijo: “Esto se asemeja al hombre que tiene fuego a su izquierda y una taza de agua a su derecha. Si el fuego crece, toma agua de la taza y lo extingue. El fuego es la semilla del enemigo, y el agua significa postrarse en la presencia de Dios”.

721. Un hermano interrogó a abba Pastor diciéndole: “¿Qué es mejor, hablar o callar?”. El anciano le dijo: “El que habla a causa de Dios, obra bien; y el que calla a causa de Dios, también”.

722. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “¿Cómo puede el hombre evitar hablar mal del prójimo?”. El anciano le dijo: “Nosotros y nuestros hermanos somos como dos imágenes; cuando un hombre se observa y se vitupera a sí mismo, halla a su hermano honorable ante sus ojos; mas cuando aparece bueno ante sí, encuentra al hermano malo en su presencia”.

723. Un hermano interrogó a abba Pastor acerca de la acedia. El anciano le dijo: “La acedia se encuentra al principio de todas las cosas, y no hay pasión peor que ella; pero si el hombre la conoce por lo que ella es, encuentra el reposo”.

724. Abba Pastor dijo: “Nosotros vemos tres actividades corporales en abba Pombo: la carencia de alimento hasta el atardecer, cada día; el silencio y mucho trabajo manual”.

725. Dijo también que abba Teonas decía: “Aunque uno adquiera la virtud, Dios no le concede la gracia para él solo. El sabía que no era fiel en su propio trabajo, pero que si iba hacia su compañero Dios estaría con él”.

726. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “Quiero ingresar en el cenobio y vivir en él”. El anciano le dijo: “Si quieres ingresar en el cenobio, pero no dejas de hablar y de preocuparte

por las cosas, no podrás hacer el trabajo del monasterio; pues no tendrás poder ni siquiera sobre una vasija”.

727. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “¿Qué haré?”. El le dijo: “Está escrito: Proclamaré mi iniquidad y me afligiré por mi pecado”.

728. Abba Pastor dijo: “Al hombre no le conviene nunca hablar de la fornicación y de la maledicencia, ni concebir estos pensamientos en el corazón; pues no le aprovecha para nada el querer discernirlos en su corazón. Pero si se aíra contra ellos, tendrá descanso”.

729. Los hermanos de abba Pastor le decían: “Vayámonos de este lugar, pues los monasterios que hay aquí nos perturban y perdemos nuestras almas, y los niños que lloran no nos dejan vivir en la paz”. Abba Pastor les dijo: “A causa de las voces de los ángeles queréis apartaros de aquí”.

730. Abba Bitimio interrogó a abba Pastor diciendo: “Si alguien está resentido conmigo y al pedirle perdón no logro persuadirle, ¿qué haré?”. El anciano le dijo: “Lleva contigo dos hermanos y pídele perdón. Si no se persuadiere, toma otros cinco. Pero si aún no se persuade, toma contigo al presbítero. Y si aún entonces no se convence, ora a Dios con serenidad, para que él mismo lo satisfaga y no te preocupe más”.

731. Abba Pastor dijo: “Enseñar al prójimo es lo mismo que reprenderlo”.

732. Dijo también: “No harás tu voluntad; mas es necesario que te humilles ante tu hermano”.

733. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “Encontré un lugar donde el reposo no es turbado por los hermanos. ¿Quieres que viva allí?”. El anciano le dijo: “Permanece allí donde no molestes a tu hermano”.

734. Abba Pastor dijo: “Estas tres cosas son útiles: Temer al Señor, orar y hacer el bien al prójimo”.

735. Un hermano dijo a abba Pastor: “A mi cuerpo le están faltando las fuerzas y mis pasiones no se debilitan”. Le dijo el anciano: “Las pasiones son como espinas de zumaque”.

736. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “¿Qué haré?”. El anciano le dijo: “¿De qué tendremos que preocuparnos cuando Dios nos visite?”. El hermano respondió: “De nuestros pecados”. El anciano le dijo: “Entremos a nuestra celda y sentados hagamos memoria de nuestros pecados, y el Señor vendrá en nuestra ayuda en todas las cosas”.

737. Un hermano que iba al mercado le preguntó a abba Pastor: “¿Qué quieres que haga?”. El anciano le dijo: “Hazte amigo del que te hiciere violencia, y vende tus cosas en paz”.

738. Abba Pastor dijo: “Enseña a tu boca a hablar las cosas que encierra tu corazón”.

739. Interrogaron a abba Pastor sobre la impureza, y él respondió: “Si somos activos y velamos con solicitud, no hallaremos impureza en nosotros”.

740. Abba Pastor dijo: “Desde la tercera generación de Escete y a partir de abba Moisés, los hermanos no han hecho progresos”.

741. Dijo también: “Si un hombre guarda su orden, no será turbado”.

742. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “¿De qué modo me conviene permanecer en la celda?”. Le dijo: “Aparentemente, permanecer en la celda consiste en el trabajo manual, comer una sola vez al día, el silencio y la meditación; mas progresar realmente en la celda es experimentar el desprecio de sí en cualquier lugar que vayas, no descuidar las horas de la sinaxis y de la oración secreta. Y si llegas a tener un espacio de tiempo libre de trabajo manual, ve a la sinaxis y celébrala serenamente. Pero la perfección de todas estas cosas, es tener buenas compañías y abstenerse de las malas”.

743. Un hermano interrogó a abba Pastor: “Si un hermano tiene un poco de dinero que me pertenece, ¿quieres que se lo pida?”. El anciano le dijo: “Pídeselo una vez”. El hermano le dijo: “¿Y luego qué haré?, pues no puedo controlar mi pensamiento”. El anciano le dijo: “Deja tu pensamiento en paz y no perturbes a tu hermano”.

744. Sucedió cierta vez que algunos de los Padres entre los que se hallaba abba Pastor, fueron a la casa de un hombre piadoso. Durante la comida se sirvió carne y todos comieron, excepto abba Pastor. Los ancianos, que conocían su discreción, se admiraron de que él no comiera. Cuando se levantaron le dijeron: “Tú eres Pastor, ¿y has obrado de ese modo?”. El anciano les respondió: “Perdonadme, Padres; vosotros comisteis y nadie se escandalizó; pero si yo hubiera comido, como son muchos los hermanos que vienen a mí, se hubieran sentido heridos, y habrían dicho: Pastor come carne, ¿y nosotros no comemos?”. Y ellos admiraron su discreción.

745. Abba Pastor dijo: “Yo digo: Seré arrojado en el lugar adonde ha sido lanzado satanás”.

746. El mismo dijo a abba Anub: “Aparta tus ojos para que no vean la vanidad. Pues la libertad hace perecer a las almas”.

747. Cierta vez, en presencia de abba Pastor, Paesio se peleó con su hermano, hasta el punto que la sangre corría de sus cabezas. El anciano no les dijo absolutamente nada. Cuando abba Anub entró y los vio así, le dijo a abba Pastor: “¿Por qué permites que los hermanos se peleen y no les dices nada?”. Abba Pastor le dijo: “Son hermanos y harán nuevamente las paces”. Abba Anub le dijo: “¿Qué es lo que quieres decir?, los ves obrar de ese modo y dices: Harán nuevamente las paces”. Abba Pastor le dijo: “Tú piensa en tu corazón que yo no estoy aquí”.

748. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “Unos hermanos viven conmigo, ¿deseas que los presida?”. El anciano le dijo: “No. Trabaja tú en primer lugar, y si ellos desean vivir así, lo verán por sí mismos”. El hermano le dijo: “Pero si ellos mismos quieren que los presida”. El anciano le dijo: “No; sé para ellos un modelo, no un legislador”.

749. Abba Pastor dijo: “Si un hermano te viene a visitar y tú ves que su visita no te aprovecha, busca en tu espíritu qué pensamiento tenías antes de su llegada, y sabrás entonces cuál es la causa de esta inutilidad. Si haces esto con humildad y atención serás irreproachable con tu prójimo, soportando tus propios defectos. Pues dondequiera el hombre ponga su asiento, si lo hace con reverencia, no falta, pues Dios está en su presencia. Veo que por esto el hombre adquiere el temor de Dios”.

750. Dijo también: “El hombre que tiene un niño que vive con él, y que es inducido por éste a una pasión cualquiera del hombre viejo, y a pesar de eso lo retiene con él, es semejante a un hombre que tiene un campo comido por los gusanos”.

751. Dijo también: “La malicia de ningún modo extingue la malicia; pero si alguien te hace daño, hazle el bien. Porque por el bien hecho destruyes la malicia”.

752. Dijo también: “Cuando David combatía con el león lo asió por la garganta y lo mató al instante. Si nosotros tomamos también nuestra garganta y nuestro vientre venceremos, con la ayuda de Dios, al león invisible”.

753. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “¿Qué puedo hacer pues la pasión viene hacia mí y me turba?”. El anciano le dijo: “La violencia hace que los pequeños y los grandes sean turbados”.

754. Decían acerca de abba Pastor que vivía en Escete con sus dos hermanos, y que el más joven los mortificaba. Así que le dijo al otro hermano: “Este joven nos paraliza, levantémonos y vayámonos de aquí”. Partieron, abandonándolo. Al ver que tardaban, comprendió que se habían marchado lejos y comenzó a correr tras ellos gritando. Abba Pastor dijo: “Esperemos al hermano, que está fatigado”. Cuando hubo llegado a ellos, hizo la metanía diciendo: “¿Adónde ibais, dejándome solo?”. El anciano le dijo: “Porque nos afliges, por eso nos marchamos”. El les dijo: “Sí, sí, vayamos

juntos adonde queráis vosotros”. Viendo el anciano su sencillez, le dijo a su hermano: “Volvamos, hermano, pues no obra así voluntariamente, sino que el diablo es el que lo impulsa”. Y regresaron a su lugar.

755. El higúmeno de un cenobio interrogó a abba Pastor diciendo: “¿De qué modo puedo alcanzar el temor de Dios?”. Abba Pastor le dijo: “¿Cómo podemos alcanzar el temor de Dios cuando tenemos los vientres llenos de queso y de conservas?”.

756. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “Abba, había dos hombres, uno era monje y el otro seglar. Una tarde, el monje decidió que dejaría el hábito al llegar la mañana, y el seglar que se haría monje. Ambos murieron esa misma noche. ¿Cómo serán considerados ellos?”. El anciano le respondió: “El monje murió monje, el seglar murió seglar. Partieron en el estado en que se encontraban”.

757. Abba Juan dijo: “Fuimos un día desde Siria a ver a abba Pastor para interrogarlo sobre la dureza del corazón. El anciano no sabía griego y no se encontró intérprete. Así, pues, viéndonos afligidos, comenzó a hablar en lengua griega, diciendo: La naturaleza del agua es suave, mas la de la piedra es dura. Pero si se suspende un recipiente que deja caer agua sobre la piedra, poco a poco la perfora. Del mismo modo, la palabra de Dios es suave y nuestro corazón, duro; sin embargo, cuando el hombre oye con frecuencia la palabra de Dios, se abre su corazón al temor de Dios”.

758. Abba Isaac vino a ver a abba Pastor y lo encontró lavándose los pies. Como le hablaba con libertad, le dijo: “¿Cómo es que otros practican la austeridad y tratan duramente a su cuerpo?”. Abba Pastor le dijo: “Nosotros no hemos aprendido a matar nuestro cuerpo, sino las pasiones”.

759. Dijo también: “Hay tres cosas de las que no puedo privarme: comida, vestido y sueño; pero puedo restringirlas en parte”.

760. Un hermano interrogó a abba Pastor con estas palabras: “Como muchas legumbres”. El anciano le dijo: “Eso no te aprovecha; come tu pan con unas pocas legumbres; y no vayas a tu casa paterna a causa de la necesidad”.

761. Se decía de abba Pastor que si algunos ancianos estaban sentados junto a él hablando de los ancianos, y se nombraba a abba Sisoës, él decía: “Guarda silencio sobre abba Sisoës, pues todo lo suyo va más allá de lo que puede ser dicho”.

761 A. (967) Dijo también: “Enseña a tu corazón a guardar lo que tu lengua enseña”.

761 B. (968) Preguntó un hermano a abba Pastor, diciendo: “Pierdo mi alma junto a mi abba, ¿permaneceré todavía con él?”. Vio el anciano que sufría daño, y se asombró de que le preguntase si debía permanecer. Le respondió el anciano: “Si quieres puedes quedarte”. Se fue de allí y quedó con su abba. Otra vez vino, diciendo: “Pierdo mi alma”. Y el anciano dijo: “Vete”. Por tercera vez vino, diciendo: “Ya no quedo más con él”. Abba Pastor le dijo: “Pues ahora sí que te salvarás. No vivas más con él”. Dijo el anciano: “Cuando uno ve que pierde el alma, ¿qué necesidad tiene de preguntar? Se pregunta acerca de los pensamientos ocultos, y los ancianos tienen que probarlos, pero sobre los pecados manifestados no hay necesidad de preguntar, sino que se los debe cortar en seguida”.

761 C. (969) Dijo abba Pastor que abba Pafnucio era grande, y se refugiaba en las pequeñas liturgias.

761 D. (970) Preguntó un hermano a abba Pastor: “¿Cómo debo comportarme en el lugar en que habito?”. Le respondió el anciano: “En el lugar en que habitas piensa que eres extranjero, de esa manera no pretenderás hacer gala de tu palabra y tendrás la paz”.

761 E. Dijo también: “Esta voz grita al hombre hasta su último aliento: ¡Convertíos hoy!”.

761 F (971) Dijo el mismo: “David escribió a Joab: Continúa la lucha. Te apoderarás de la ciudad y la saquearás. La ciudad es el enemigo”.

761 G. (972) Dijo también: “Joab habló así al pueblo: Sed valientes e hijos de la fuerza y combatiremos por el pueblo de nuestro Dios. Estos hombres somos nosotros”.

761 H. (973) Dijo también: “Si Moisés no hubiera llevado sus ovejas a Mandra, no hubiera visto al que estaba sobre el arbusto”.

761 I. (974) Preguntó un hermano a abba Pastor, diciendo: “¿Cómo estás ahora en este lugar?”. Le respondió: “Quise que si yo me perfeccionaba en Escete, también mis hermanos lo hicieran, y aquí estamos”.

761 J. (975) Dijo también: “Lo que el hombre ve y no practica, ¿cómo podrá enseñarlo a su prójimo?”.

761 K. (976) Dijo también: “El hombre que vive con su compañero, debe ser como una columna de piedra. No se enoja si es insultado y no se exalta si es alabado”.

761 L. (977) Dijo también: “No puede el hombre conocer las potencias exteriores, pero si entran en él, las combate y expulsa”.

761 M. (978) Dijo también: “No prever lo que sucede, nos impide progresar hacia lo que es mejor”.

761 N. (654) Dijo también: “No abras tu conciencia al hombre en quien no confía tu corazón”.

761 O. (979) Dijo abba Pastor: “Digo que en el lugar en que hay batalla, hay que militar”.

761 P. (980) Oyó hablar abba Pastor acerca de uno que ayunaba la semana entera, pero se encolerizaba. Dijo el anciano: “Aprendió a no comer durante la semana y no aprendió a expulsar la ira”.

761 Q. (981) Dijo abba Pastor: “Esta es la razón por la que estamos en grandes dificultades: que no nos preocupamos de nuestro hermano, como la Escritura nos enseña a hacerlo. Y también, porque no tenemos presente a la mujer cananea, que seguía al salvador gritando y suplicándole que sanase a su hija, y el salvador aceptó y la tranquilizó”.

761 R. (982) Dijo abba Pastor: “Si el alma se aleja de quien ama discutir sobre palabras, y del desorden y confusión humanas, llegará a ella el Espíritu de Dios y entonces podrá engendrar, aunque sea estéril”.

761 S. (983) Preguntó un hermano a abba Pastor, diciendo: “¿Cómo tienen que vivir los cenobitas?”, y el anciano le respondió: “El que permanece en el cenobio debe ver a todos los hermanos como si fueran uno solo, y custodiar su boca y sus ojos; y descansar sin preocupaciones”.

761 T. (984) Dijo abba Pastor acerca de los hijos de Semeí: “La materia es la justificación de sí mismo; esto destruye al que la adquiere”.

761 U. (693a) Preguntó un hermano a abba Pastor, diciendo: “¿Qué haré con mis pecados?”. Le dijo el anciano: “Llora en tu interior, pues la liberación de los pecados y el nacimiento de las virtudes se hacen, ambos, por la compunción”.

761 V. (693b) Dijo también: “Llorar es el camino que nos ha transmitido la Escritura y nuestros padres”.

761 W. (717) Un hermano fue adonde estaba abba Pastor y le dijo: “¿Qué haré?”. Le dijo el anciano: “Ve y acércate a aquel que dice: ¿Qué es lo que busco?, y tendrás el descanso”.

ABBA PAMBO

San Jerónimo estima que Pambo, junto con Macario e Isidoro, era uno de los principales maestros del desierto. Había nacido en 303 en Egipto y fue uno de los primeros compañeros de Amún en Nitria. San Atanasio lo invitó a verlo a Alejandría, tuvo contactos con Antonio y Macario. Abba Pastor lo menciona varias veces y finalmente murió en presencia de Melania la Mayor, en 373. Varios de los apotegmas de Pambo provienen de la "Historia lausíaca", que narra también su muerte en el capítulo 10.

762. Había un anciano llamado Pambo, de quien se decía que pasó tres años pidiendo a Dios y diciendo: "No me glorifiques sobre la tierra". Y tanto lo glorificó Dios, que nadie podía mirarlo cara a cara, a causa de la gloria que tenía su rostro.

763. Unos hermanos vinieron un día adonde abba Pambo, y uno de ellos lo interrogó diciendo: "Abba, yo ayuno dos días, y después como dos panes, ¿estoy salvando mi alma, o me engaño?". El otro dijo: "Abba, yo obtengo por el trabajo de mis manos dos keration cada día, me guardo un poco para el alimento y el resto lo doy para limosna. ¿Me salvaré o me perderé?". Estuvieron rogándole durante mucho tiempo y no tuvieron respuesta. Después de cuatro días, cuando ya estaban por retirarse, los clérigos los exhortaban diciendo: "No os entristezcáis, hermanos, Dios os da el salario, esta es la costumbre del anciano: no hablar rápidamente, si Dios no lo inspira". Entraron pues adonde estaba el anciano y le dijeron: "Abba, ruega por nosotros". Les dijo: "¿Queréis marcharos?". Le contestaron: "Sí". Y atribuyéndose a sí mismo sus obras y escribiendo sobre la tierra, dijo: "Pambo ayuna dos días, y después come dos panes, ¿se hace monje por esto? No. También Pambo trabaja por dos keration y da limosna, ¿acaso se hace monje por esto? Tampoco". Les dijo: "Son buenas las obras, pero si guardas la conciencia para con tu prójimo, entonces te salvarás". Y ellos, satisfechos, partieron con alegría.

764. Cuatro escetiotas, vestidos con pieles, vinieron a ver al gran Pambo, y cada uno le dijo la virtud de su vecino, uno ayunaba mu-

cho, el segundo era pobre, el tercero había adquirido mucha caridad. Del cuarto decían que vivía desde hacía veintidós años en la obediencia de un anciano. Abba Pambo les respondió: “Os digo, la virtud de éste es la mayor. Pues cada uno de vosotros, en la virtud que deseaba adquirir, lo ha hecho según su voluntad, mas éste, renunciando a su voluntad, hace la voluntad de otro. Estos hombres son mártires si perseveran hasta el fin”.

765. El arzobispo Atanasio de Alejandría, de santa memoria, rogó a abba Pambo que bajase desde el desierto a Alejandría. Cuando descendió, vio una actriz, y lloró. Como los que estaban allí le preguntaron por qué lloraba, dijo: “Dos cosas me han movido a ello; una, la perdición de esta mujer; otra, que no tengo tanta solicitud para agradecer a Dios, como ésta a los hombres malos”.

766. Dijo abba Pambo: “Por gracia de Dios, desde que renuncié al mundo, no me he arrepentido por ninguna palabra que haya dicho”.

767. Dijo también: “El monje debe llevar tales vestidos, que si los tirase fuera de su celda durante tres días, nadie los tomara”.

768. Sucedió que abba Pambo viajaba con algunos hermanos por la región de Egipto y, viendo a unos seglares sentados, les dijo: “Levantaos, saludad a los monjes, para que os bendigan, pues ellos hablan constantemente de Dios, y sus bocas son santas”.

769. Contaban acerca de abba Pambo que estaba moribundo y, en la misma hora de su muerte, dijo a los santos hombres que estaban de pie junto a él: “Desde que vine a este lugar en el desierto, y me edificué la celda y habité en ella, no recuerdo haber comido pan sino con el trabajo de mis manos, ni me arrepiento de alguna palabra dicha hasta ahora. Y sin embargo voy a Dios como quien no ha comenzado todavía a servir a Dios”.

770. “Tenía sobre muchos que si era interrogado sobre una palabra de la Escritura o una palabra espiritual, no respondía en seguida sino que decía desconocer esa palabra. Y si le preguntaban todavía más, no respondía”.

771. Dijo abba Pambo: “Si tienes corazón, puedes salvarte”.

772. El presbítero de Nitria le preguntó cómo deben vivir los hermanos. El respondió: “En una gran ascesis, y guardando su conciencia sobre su prójimo”.

773. Decían acerca de abba Pambo: “Así como Moisés tomó la imagen de la gloria de Adán cuando su rostro fue glorificado, del mismo modo el rostro de abba Pambo brilló como un astro, y era como un rey sentado en su trono”. Así fue también para abba Silvano y abba Sisoés”.

774. Decían de abba Pambo que su rostro nunca sonreía. Cierta día, queriendo los demonios hacerlo reír, pegaron a un madero plumas de un ala, y se lo llevaban, haciendo ruido y diciendo: “hala, hala”. Los vio abba Pambo y rió. Los demonios comenzaron a saltar diciendo: “Ja, ja, se rió abba Pambo”. Mas él les respondió diciendo: “No reí, sino que me burlé de vuestra impotencia, pues sois tantos para llevar un ala”.

775. Abba Teodoro de Fermo rogó a abba Pambo: “Dime una palabra”. Y con mucha dificultad, le dijo: “Teodoro, ve, ten misericordia con todos, pues la misericordia encuentra confianza en la presencia de Dios”.

ABBA PISTO

El apotegma 776 está tomado de las obras del abad Isaías (30, 6A) y en ella la palabra “pistos” no se comprende como nombre propio sino como calificativo de la veracidad y confiabilidad del protagonista. Por ello es probable que nunca haya existido un “abba Pisto”.

776. Contó abba Pisto: “Fuimos siete anacoretas a ver a abba Sisoés, que vivía en Clysma, y le rogamos que dijese una palabra. Y dijo: Perdonadme, pues soy un hombre inculto. Pero una vez fui a ver a abba Or y abba Atre; estuvo enfermo abba Or durante die-

ciocho años. Yo hice la metanía y les rogué que me dijeran una palabra. Y dijo abba Or: ¿Qué tengo para decirte? Ve, y haz lo que veas. Dios es de aquel que se acusa y se hace violencia en todo. Abba Or y abba Atre no eran de la misma región, pero entre ellos reinaba gran paz, hasta su muerte. Era grande la obediencia de abba Atre, y mucha la humildad de abba Or. Pasé unos pocos días con ellos, observándolos. Y vi un gran milagro que hizo abba Atre. Les llevó alguien un pequeño pescado, y quiso abba Atre prepararlo para el anciano. Tenía el cuchillo y estaba cortando el pescado, cuando lo llamó abba Or, y dejó el cuchillo en medio del pescado y no cortó el resto. Admirado por su gran obediencia —pues no dijo: Espera hasta que corte el pescado—, pregunté a abba Atre: ¿Dónde encontraste tanta obediencia? Y me dijo: No es mía, sino del anciano, y me llevó consigo diciendo: Ven, mira su obediencia. Y tomando el pescado voluntariamente lo preparó mal, y lo presentó al anciano. Este lo comió, sin decir nada. Y le dijo: ¿Está bien, anciano? Y le respondió: Está muy bueno. Después le llevó un poco de alimento bien preparado, y le dijo: Se echó a perder, anciano. Y respondió diciendo: Sí, lo has arruinado un poco. Y me dijo abba Atre: ¿Ves que la obediencia es del anciano? Y me alejé de ellos, y traté de practicar de acuerdo a mi posibilidad lo que había visto. Esto dijo a los hermanos abba Sisoos. Uno de nosotros le rogó diciendo: Haznos la caridad, dinos también tú una palabra. Y dijo: El que obtiene mucha sabiduría cumple toda la Escritura. Otro de los nuestros le preguntó entonces: ¿Qué es la peregrinación, padre?, y respondió: Callar, y decir en todo lugar al que llegues, nada tengo aquí. Esta es la peregrinación”.

ABBA PIOR

Según la tradición latina Pior habría vivido en su juventud con san Antonio, estableciéndose después, por consejo de éste, como anacoreta entre Nitria y Escete.

777. Mientras el bienaventurado Pior trabajaba para alguien en la cosecha, se le avisó que tomara su salario, pero él, demorándolo, regresó al monasterio. Al volver el tiempo, fue a cosechar donde el mismo, y trabajaba con ardor; como no le dio nada, retornó a su monasterio. Se cumplió el tercer año, y concluyó el anciano el tra-

bajo acostumbrado, y se retiró sin decir nada. Y el Señor hacía prosperar la casa del hombre, por lo que, tomando el salario, fue por los monasterios buscando al bienaventurado. Apenas lo encontró, se echó a sus pies y le dio el salario, diciendo: “A mí el Señor me lo ha dado”. Mas él mandó que se lo entregaran al presbítero de la Iglesia.

778. Abba Pior comía mientras caminaba. Uno le interrogó diciendo: “¿Por qué comes de esta manera?”. Respondió: “No quiero comer como si se tratara de un trabajo, sino como si fuera algo accesorio”. A otro, que le preguntaba acerca de lo mismo, respondió: “Para que no sienta mi alma, mientras como, el placer corporal”.

779. Hízose una vez en Escete una reunión acerca de un hermano que había pecado. Y los padres hablaban, pero abba Pior callaba. Después, saliendo, llenó de arena un saco, lo cargó sobre sus espaldas y poniendo un poco de arena en una bolsa pequeña, la llevaba delante suyo. Le preguntaron los padres qué significaba esto, y respondió: “Este saco que tiene mucha arena son mis pecados, que son muchos y he echado a mis espaldas para no afligirme ni llorar por ellos. Y este pequeño es el de mi hermano, que tengo delante y me detengo a juzgarlo. No hay que hacer así, sino llevar delante mío los míos, y ocuparme de ellos, y rogar a Dios para que me los perdone”. Los padres se levantaron y dijeron: “Verdaderamente, éste es el camino de la salvación”.

ABBA PITIRION

Según el capítulo 15 de la “Historia de los monjes de Egipto”, Pitirión habría sido discípulo de san Antonio y sucesor de Ammonas a la cabeza de los monjes de Pispir.

780. Dijo abba Pitirión, discípulo de abba Antonio: “El que quiere expulsar a los demonios, primero debe someter las pasiones. Pues el que quiere dominar un vicio, expulsa al demonio de éste. Junto a la ira, dijo, está el demonio: si expulsas la ira, es expulsado su demonio. Del mismo modo ocurre en cada una de las pasiones”.

ABBA PISTAMON

No poseemos datos sobre este abba.

781. Interrogó un hermano a abba Pistamón diciendo: “¿Qué he de hacer, pues me aflijo a causa de la venta de mis trabajos?”. Le respondió el anciano: “También abba Sisoos y los demás vendían el trabajo de sus manos; esto no es peligroso. Mas cuando vendas, di una sola vez el precio de cada objeto, si quieres rebajar algo el precio es cosa tuya. De esta manera encontrarás el descanso”. Dijo después el hermano: “Si de otro modo obtengo lo necesario para mí, ¿quieres que me preocupe todavía por el trabajo manual?”. Y el anciano le respondió: “Aunque tengas lo suficiente no abandones el trabajo manual. Trabaja cuanto puedas, pero que sea sin turbación”.

ABBA PEDRO PIONITA

Vivió en el desierto de las Celdas (Kellia) y quizás fue discípulo de abba Lot en Escete.

782. Decían acerca de abba Pedro Pionita, de las Celdas, que jamás bebía vino. Cuando era anciano, los hermanos le prepararon un poco de vino mezclado con agua, y le rogaban que lo bebiese. El les dijo: “Creedme, esto es para mí como un vino aromatizado”. Y se juzgaba a sí mismo por la bebida.

783. Dijo un hermano a abba Pedro, el discípulo de abba Lot: “Cuando estoy en mi celda, mi alma está en paz; mas si llega un hermano y me habla de las cosas exteriores, mi alma se turba”. Le dijo abba Pedro que abba Lot decía: “Tu llave abre mi puerta”. Preguntó el hermano al anciano: “¿Qué significa esa palabra?”. El anciano respondió: “¿Cuando alguien viene a ti le dices: ¿Cómo estás? ¿De dónde vienes? ¿Cómo están los hermanos? ¿Te han recibido o no?, y después le abres la puerta al hermano, y oyes lo que no quieres?”. El hermano respondió: “Así es. ¿Qué debe hacer el hombre si viene a verlo un hermano?”. El anciano le respondió:

“La compunción es la enseñanza absoluta. Donde no hay compunción no puede uno guardarse”. Dijo el hermano: “Mientras estoy en la celda, está conmigo la compunción; pero si alguien viene a mí o si salgo de la celda, ya no la encuentro”. Le dijo el anciano: “Es porque no se te dio en propiedad, sino en uso. Está escrito en la Ley: Cuando compres un esclavo hebreo te servirá durante seis años, mas el séptimo lo dejarás libre. Si le das mujer para que se case, y tuviere hijos en tu casa, y no quiere alejarse por causa de su mujer e hijos, llévalo a la puerta de la casa, y le perforarás una oreja, y será esclavo para siempre” (Ex. 21, 2. 4-6). El hermano preguntó: “¿Qué significa esa palabra?”. Le respondió el anciano: “Si el hombre se esfuerza en algo, según sus posibilidades, cada vez que lo necesite lo hallará”. Dijo el hermano: “Hazme la caridad de explicarme esta palabra”. El anciano le contestó: “Ni el hijo desnaturalizado permanece en el servicio, ni el hijo legítimo abandona a su padre”.

784. Decían acerca de abba Pedro y abba Epímaco, que eran compañeros en Raithu, que una vez, mientras comían en la iglesia, los quisieron llevar a la mesa de los ancianos. Con mucha dificultad fue abba Pedro, solo. Cuando se levantaron, abba Epímaco le dijo: “¿Cómo has osado ir a la mesa de los ancianos?”. El respondió: “Si me hubiese sentado con vosotros, los hermanos me hubieran rogado que bendijese primero, como más anciano, y estaría como el mayor de entre vosotros. Mas al ir con los Padres era el menor de todos, y el más humilde en el pensamiento”.

785. Dijo abba Pedro: “No hay que enorgullecerse si el Señor hace algo por nuestro medio, sino más bien dar gracias por haber sido encontrado dignos de su llamado”. Decía que conviene pensar de este modo en toda virtud.

ABBA PAFNUCIO

El nombre de Pafnucio es muy común en la literatura monástica antigua. La “Historia lausíaca” conoce dos Pafnucios diferentes; Casiano habla cuatro veces de un Pafnucio monje y sacerdote en Escete; la “Historia de los monjes” menciona un Pafnucio anacoreta en Heraclea. No sabemos a cuál de ellos se refieren los apotegmas que siguen.

786. Dijo abba Pafnucio: “Iba yo una vez de camino, y me perdí a causa de la niebla, y fui a dar cerca de una aldea. Vi allí a unos que vivían de modo inconveniente, y entonces me detuve y oré por mis pecados. Se presentó un ángel, armado con una espada, y me dijo: Pafnucio, todos los que juzgan a sus hermanos mueren con esta espada. Tú, empero, no has juzgado, sino que te humillaste delante de Dios, como si hubieras pecado; por eso tu nombre está escrito en el libro de la vida”.

787. Decían acerca de abba Pafnucio que no bebía vino fácilmente. Yendo una vez de camino se encontró con una banda de ladrones, y éstos estaban bebiendo vino. El jefe de los ladrones lo conocía, y sabía que no bebía vino. Al verlo muy fatigado, tomó una copa de vino y, espada en mano, dijo al anciano: “Si no bebes, te mato”. Conoció el anciano que era voluntad de Dios que lo hiciese, y queriendo ganarse al hombre, tomó la copa y bebió. El jefe de los ladrones se inclinó ante él diciendo: “Perdóname, abba, porque te he apenado”. Y el anciano le respondió: “Confío en Dios que por esta bebida te harán misericordia en esta vida y en la futura”. El brigante dijo: “Confío en Dios que, a partir de este momento, no volveré a obrar mal”. Y el anciano se ganó a toda la banda, renunciando por Dios a su voluntad propia.

788. Dijo abba Pastor que abba Pafnucio había dicho: “Mientras vivieron los ancianos fui a verlos dos veces por mes, aunque yo residía a una distancia de doce millas, y les decía todos los pensamientos, y ellos no me respondían más que esto: A cualquier lugar que vayas, no te midas, y tendrás el descanso”.

789. Con abba Pafnucio vivía en Escete un hermano, el cual era tentado de fornicación, y decía: “Aunque tomase diez mujeres, no saciaría mi deseo”. El anciano lo exhortaba con estas palabras: “No, hijo, es un ataque de los demonios”. Pero no quiso escucharlo, y se marchó a Egipto y se casó. Después de un tiempo, el anciano tuvo que subir a Egipto y se cruzó con él, que llevaba cestos de conchas. El anciano no lo reconoció, pero el otro le dijo: “Yo soy aquel discípulo tuyo”. Cuando el anciano lo vio en ese estado de iniquidad, lloró y dijo: “¿Cómo abandonaste aquel honor y viniste al deshonor presente? ¿Has tomado verdaderamente diez mujeres?”. El respondió gimiendo: “He tomado solo una, y padezco

mucho para darle su pan”. El anciano le dijo: “Vuelve con nosotros”. El contestó: “¿Hay penitencia, abba?”. El anciano dijo: “Sí”. Y dejando todo lo siguió y volvió a Escete, y por esta tentación se convirtió en un monje probado.

790. A un hermano que vivía en el desierto de la Tebaida le vino un pensamiento que le decía: “¿Por qué estás sentado sin dar fruto? Levántate, ve al cenobio y allí darás fruto”. Se levantó y fue adonde estaba abba Pafnucio, y le relató el pensamiento. El anciano le dijo: “Ve, siéntate en tu celda, y haz una oración por la mañana, otra por la tarde y otra por la noche. Cuando tengas hambre, come; cuando tengas sed, bebe; cuando tengas sueño, duerme; y permanece en el desierto y no obedezcas a este pensamiento”. Fue después a ver a abba Juan, y le contó las palabras que le había dicho abba Pafnucio. Respondió abba Juan: “No hagas ninguna oración con tal que permanezcas en tu celda”. Levantándose, se dirigió al hermano adonde estaba abba Arsenio, a quien refirió todo. El anciano le dijo: “Haz lo que te dijeron los Padres. Yo nada tengo que decirte fuera de ello”. Y se marchó satisfecho.

790 A. (985) Amma Sara mandó decir a abba Pafnucio: “¿Acaso haces la obra de Dios permitiendo que tu hermano sea despreciado?”. Y le respondió abba Pafnucio: “Pafnucio está aquí para hacer la obra de Dios, y nada tiene que ver con persona alguna”.

ABBA PABLO

Hay en los apotegmas muchos monjes de este nombre. El presente, originario del Bajo Egipto y residente en la Tebaida, no debe ser confundido con el Pablo de Tebas, cuya “Vida” escribió san Jerónimo.

791. Un Padre contó acerca de cierto abba Pablo, que era del Bajo Egipto pero vivía en la Tebaida, que tomaba en sus manos los escorpiones y las serpientes, y los partía por el medio. Los hermanos, postrándose ante él, le rogaron: “Dinos con qué haces esto,

para obtener nosotros igual gracia”. El respondió: “Perdonadme, Padres, pero si uno alcanza la pureza, todo le será sometido como lo fue a Adán cuando estaba en el paraíso, antes que transgrediera la ley”.

ABBA PABLO, EL COSMETA

Pablo y Timoteo eran probablemente peluqueros y como los monjes egipcios generalmente llevaban los cabellos cortos, los dos hermanos tenían mucho trabajo.

792. Abba Pablo el cosmeta y Timoteo su hermano vivían en Escete, y muchas veces nacían disputas entre ellos. Dijo abba Pablo: “¿Hasta cuándo hemos de seguir así?”. Le respondió abba Timoteo: “Ten caridad, sopórtame cuando te molesto, y cuando tú me molestes, yo te soportaré”. Y obrando de este modo tuvieron tranquilidad por el resto de sus días.

793. El mismo abba Pablo y Timoteo eran cosmetas (peluqueros, tal vez; N. del T.) en Escete, y los hermanos los molestaban. Dijo Timoteo a su hermano: “¿Por qué seguimos en este oficio? No nos dejan en paz en todo el día”. Y respondió abba Pablo diciéndole: “Nos basta la calma (*hesiquía*) de la noche, si vela el alma”.

ABBA PABLO EL GRANDE

A pesar de este apodo de “el Grande”, nada se sabe de este abba.

794. Dijo abba Pablo el grande, de Galacia: “El monje que tiene en su celda los pequeños objetos que necesita, y sale para ocuparse, es burlado por los demonios; yo mismo, en efecto, lo he sufrido”.

795. Dijo abba Pablo: “Estoy hundido en el fango hasta el cuello, y lloro en la presencia de Dios diciendo: Ten piedad de mí”.

796. Decían acerca de abba Pablo que pasó la Cuaresma con una porción de lentejas y una vasija de agua, y con una sola estera que tejía y destejía, y así estuvo recluido hasta la fiesta (de Pascua).

796 A. (986) Dijo abba Pablo: “Sigue a Jesús”.

ABBA PABLO EL SIMPLE

Tanto la “Historia lausiaca” (cap. 22) como la “Historia de los monjes de Egipto” (cap. 24) nos han transmitido el relato de la conversión de Pablo el Simple, discípulo de san Antonio.

797. El bienaventurado abba Pablo el simple, discípulo de san Antonio, contaba a los Padres este suceso: fue una vez a un monasterio para visitar y edificar a los hermanos, y después del acostumbrado coloquio, entraron en la santa iglesia de Dios para la sinaxis habitual. El bienaventurado Pablo observaba a los que entraban a la iglesia para ver con qué espíritu se acercaban a la sinaxis —pues había recibido del Señor la gracia de ver cómo estaba cada cual en su alma, así como nosotros nos vemos los rostros. Entraron todos con los ojos luminosos y el rostro brillante, y el ángel de cada uno estaba alegre por él. Y dijo: “Mas vi a un negro, con el cuerpo totalmente oscurecido y con demonios a su lado, que lo agarraban y lo atraían hacia ellos y le ponían una argolla en la nariz; su santo ángel lo seguía de lejos, triste y abatido”. Entonces Pablo se puso a llorar, golpeándose el pecho con la mano, y se sentó delante de la iglesia, llorando amargamente por el que había visto de esa manera. Los hermanos, advirtiendo el extraño comportamiento del anciano, el súbito cambio a las lágrimas y la compunción, le pidieron insistentemente que les dijera por qué lloraba, pues pensaban que lo hacía por una falta común. Le pedían también que entrara con ellos a la sinaxis. Pero rechazándolos, Pablo permaneció sentado fuera, lamentándose por el que había visto en ese estado. Poco

tiempo después, concluida la sinaxis, mientras salían todos, miraba otra vez Pablo a cada uno para saber cómo salían. Y vio al hermano aquel, el mismo que tenía antes el cuerpo totalmente ennegrecido y tenebroso, que salía de la iglesia con el rostro luminoso, el cuerpo resplandeciente, y seguido de lejos por los demonios, mientras su santo ángel estaba cerca suyo y se alegraba mucho por él. Pablo entonces exultó de gozo, y se puso a gritar bendiciendo a Dios: “¡Inefable filantropía y bondad de Dios!”. Corrió, y subiéndose a un lugar elevado dijo con voz fuerte: “¡Venid y ved las obras de Dios, cuán temibles y admirables! (Sal. 45, 9). ¡Venid y ved a aquel que quiere salvar a todos los hombres y que lleguen al conocimiento de la verdad! (1 Tim. 2, 4). ¡Venid, adoremos y postrémonos ante él! (Sal. 94, 6), y digamos: Sólo tú puedes quitar los pecados”. Acudieron todos rápidamente para oír lo que decía y cuando estuvieron reunidos, relató Pablo lo que había visto antes de que entraran a la iglesia y lo que vio después, y pidió al hermano aquel que dijera la razón del cambio tan grande que Dios había obrado súbitamente en él. El hombre señalado por Pablo dijo, en presencia de todos, acerca de sí: “Yo soy un hombre pecador, que hasta ahora y desde hace mucho tiempo me he revolcado en la fornicación. Pero hoy, al entrar en la santa iglesia de Dios, escuché la lectura del santo profeta Isaías, o mejor de Dios que habla por él: Lavaos, purificaos, alejad las maldades de vuestro corazón delante de mis ojos, aprended a obrar bien; y aunque vuestros pecados sean como la grana, los blanquearé como la nieve, y si queréis y me escucháis, comeréis lo bueno de la tierra (Is. 1, 16-19). Y yo —continuó el fornicador— conmovido en mi alma por las palabras del profeta, gimiendo en mi interior dije a Dios: Tú eres Dios, y has venido al mundo para salvar a los pecadores; cumple en mí, pecador indigno, esto que has prometido por medio de tu profeta. Desde ahora te prometo, yo me obligo y de corazón te lo juro, que no volveré a cometer ninguna de esas malas acciones, sino que renuncio a toda maldad y desde ahora te he de servir como una conciencia pura. Hoy, oh Señor, y desde esta hora, recíbeme arrepentido y postrado ante ti, y en lo sucesivo me abstendré de pecar. Habiendo hecho estas promesas —dijo— salí de la iglesia, pensando en mi interior nunca más obrar mal ante Dios”. Al oírlo, los demás clamaron a Dios con una sola voz: “¡Qué grandes son tus obras, Señor! ¡Todo lo hiciste con sabiduría!” (Sal. 103, 24). Oh cristianos, conozcamos entonces por las divinas Escrituras y las santas revelaciones cuanta es la bondad de Dios para con los que acuden a él

sinceramente y corrigen en la penitencia sus faltas pasadas. Conozcamos como da otra vez los bienes prometidos, sin exigir satisfacción por los pecados anteriores, y no desesperemos de nuestra salvación. Como lo ha prometido por el profeta Isaías, lava a los que están envueltos en el lodo del pecado, los blanquea como lana y nieve, y los hace dignos de los bienes de la Jerusalén celestial; también, por el santo profeta Ezequiel nos aseguró con juramento que no nos perderá: “Vivo yo, dice el Señor, no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva” (Ez. 18, 32; 33, 11).

ABBA PEDRO DE DIOS

Dios es Dióspolis. Había dos ciudades de este nombre; en este caso se trata seguramente de Dióspolis la pequeña o Hu, mencionada en los escritos pacomianos. Pedro era sacerdote de los monjes de este lugar.

798. Cuando Pedro, presbítero de Dios, oraba junto a otros, si lo obligaban a ponerse al frente a causa del sacerdocio, se retiraba por humildad hacia atrás, diciendo: “Como está escrito en la vida de abba Antonio”. Y haciéndolo así, no entristecía a nadie.

ABBA PALADIO

Paladio es el autor de la “Historia lausíaca”, en la cual se revela como buen conocedor del mundo de los Padres del desierto.

799. Dijo abba Paladio: “El alma que se esfuerza según Dios, debe aprender fielmente lo que no sabe o enseñar con seguridad lo que sabe. Pero si pudiendo, no quiere hacerlo, está loca. Pues el principio de la apostasía es el desgano por la doctrina y el disgusto por la palabra, de la cual siempre tiene hambre el alma amante de Dios”.

LETRA RHO

UN ABBA DE ROMA

Este abba romano o de Roma era ciertamente Arsenio, como se desprende de la comparación entre el apotegma número 800 y el número 74.

800. Un monje llegado de Roma se instaló en Escete junto a la iglesia. Tenía con él un servidor que lo atendía. Al ver el presbítero su debilidad, y conociendo cuál había sido su vida, le enviaba lo que precisaba de aquello que venía para la iglesia. Vivió veinticinco años en Escete, y fue vidente y muy conocido. Uno de los grandes monjes de Egipto, que había oído hablar de él, fue a verlo pensando que encontraría una vida extraordinaria en apariencia corpórea. Entró y lo saludó, y después de orar, se sentaron. Vio el egipcio que el anciano llevaba vestidos delicados, y tenía una cama con una piel y una pequeña almohada. Sus pies estaban limpios, y calzaba sandalias. Al ver esto se escandalizó, ya que en ese lugar no es costumbre vivir de esa manera, sino más bien se practica la aspereza. Supo el anciano, pues era vidente, que se había escandalizado, y le dijo a su servidor: “Prepáranos hoy una fiesta, por este abba”. Tenía allí unas pocas legumbres y las coció, y cuando fue la hora se levantaron y comieron. Tenía también un poco de vino a causa de la debilidad del anciano, y bebieron. Cuando atardeció rezaron doce salmos, y se acostaron, y durante la noche hicieron lo mismo. Por la mañana se levantó el egipcio y le dijo: “Ruega por mí”, y se marchó sin haber sacado provecho alguno. Poco tiempo después de su partida, queriendo el anciano serle útil lo mandó llamar, y cuando llegó lo recibió nuevamente con alegría y lo interrogó, diciéndole: “¿De qué región eres?”. El respondió: “Soy egipcio”. “¿De qué ciudad?”. Y dijo: “Verdaderamente, no soy de la ciudad”. Le preguntó: “¿Cuál era tu trabajo en la aldea?”. Contestó: “Era guardián”. Le preguntó: “¿Cómo dormías?”. El dijo: “En el campo”. “¿Tenías —interrogó— un lecho para tu cuerpo?”. Contestó: “No, ¿acaso voy a poner una cama en el campo?”. “¿Cómo dormías, entonces?”. El dijo: “En tierra”. Otra vez le preguntó: “¿De qué te alimentabas en el campo y qué bebías?”.

Respondió: “¿Hay acaso alimento y bebida en el campo?”. “¿Cómo vivías entonces?”. Contestó: “Comía pan duro y la poca sal que encontraba, y bebía agua”. Respondiendo, el anciano le dijo: “Es gran trabajo. ¿Había en la aldea baño para lavarse?”. Contestó: “No, cuando quería hacerlo tenía para eso el río”. Cuando el anciano supo todo esto y conoció la aflicción de su vida anterior, queriendo serle útil, le relató su propio modo de vida en el mundo, diciendo: “Yo, el pobre que aquí ves, soy originario de la gran urbe de Roma, y fui grande en el palacio del Emperador”. Al oír el egipcio el comienzo de sus palabras, cayó en la compunción y escuchó atentamente lo que contaba el anciano. Este siguió diciendo: “Dejé la ciudad, y vine a este desierto. Yo, a quien ves aquí, tuve grandes mansiones y muchas riquezas, y despreciando todo aquello me vine a esta pequeña celda. Tuve, yo, a quien ves, lechos de oro con valiosas mantas, y en lugar de ellos me dio Dios esta cama y la piel; mis vestidos eran muy ricos, y en su lugar uso estas pobres ropas. También en mis comidas había un gasto enorme, y en lugar de él me dio Dios este plato de legumbres y este pequeño vaso de vino. Tenía muchos servidores que me atendían, y en su lugar Dios inspiró a este anciano para que me asistiera. En vez de baño, echo un poco de agua sobre mis pies, y uso sandalias a causa de mi enfermedad. Igualmente en lugar de las músicas y cítaras, digo los doce salmos. Por las noches, por los pecados que cometía, hago con calma mi pequeña liturgia. Te ruego, entonces, abba, que no te escandalices por mi debilidad”. El egipcio, al oír todo esto, volviendo en sí dijo: “¡Pobre de mí, que he venido de las grandes aflicciones del mundo al descanso, donde lo que no tenía entonces, lo tengo ahora! Mas tú has venido del descanso a la aflicción, y de la gloria y la riqueza a la humildad y pobreza”. Se retiró con mucho provecho y se hizo amigo suyo, y muchas veces lo visitaba para edificarse. Era, en efecto, un varón discretísimo y lleno del buen olor del Espíritu Santo.

800 A. Dijo el mismo que un anciano tenía un buen discípulo. En un acceso de mal humor lo expulsó con su melota, pero el hermano permaneció sentado afuera de la celda. Cuando el anciano abrió, lo encontró sentado, y haciéndole una metanía le dijo: “Padre, la humildad de tu paciencia ha vencido mi estrechez de espíritu. Entra, y desde este momento tú serás el anciano y padre, y yo el joven y discípulo”.

ABBA RUFO

Los dos apotegmas que siguen no nos proporcionan mayores datos sobre Rufo, pero son muy importantes desde el punto de vista de la doctrina sobre la vida solitaria y la obediencia.

801. Interrogó un hermano a abba Rufo: “¿Qué es la hesiquía, y para qué sirve?”. El anciano le respondió: “Es hesiquía permanecer en la celda con temor y conocimiento de Dios, absteniéndose del recuerdo de las ofensas y de la elevación del alma. La hesiquía es la madre de todas las virtudes, guarda al monje de las flechas ardientes del enemigo y no permite que sea herido por ellas. Así pues, hermano, poséela, recordando tu muerte, pues no sabes a qué hora vendrá el ladrón. En fin, vive atento sobre tu alma”.

802. Dijo abba Rufo: “El que permanece en la obediencia al padre espiritual tiene mayor premio que el que se retira al desierto por propia voluntad”. Refirió también lo que había contado uno de los Padres: “Vi cuatro órdenes en el cielo: el primer orden, el hombre enfermo que da gracias a Dios; el segundo el que practica la hospitalidad y en ella permanece sirviendo; el tercer orden: el que vive en el desierto y no ve hombre alguno; el cuarto orden: el que permanece en la obediencia al padre y se somete a él por el Señor. Y el obediente llevaba un collar de oro y un escudo, y tenía más gloria que los demás. Dije al que me guiaba —contaba él—: ¿Por qué este, que es el menor, tiene más gloria que los demás? El me respondió diciendo: Porque el que practica la hospitalidad, hace su voluntad, y el que se va al desierto, lo hace por su voluntad, mientras que éste tiene la obediencia. Habiendo abandonado todas sus voluntades, depende de Dios y de su padre. Recibe por eso mayor gloria que los demás. Es por eso, hijo, que es buena la obediencia que se asume por el Señor. Vosotros habéis recibido, hijos, los primeros elementos de esa virtud. ¡Oh obediencia, que salvas a todos los fieles! ¡Oh obediencia, que engendras todas las virtudes! ¡Oh obediencia, que descubres el reino! ¡Oh obediencia, que abres los cielos y elevas a los hombres sobre la tierra! ¡Oh obediencia, alimento de los santos todos, amamantados por ella y por ella misma hechos perfectos! ¡Oh obediencia, compañera de los ángeles!”.

ABBA ROMAN

No sabemos nada más de Román o Romano.

803. Estaba abba Román próximo a la muerte y se reunieron en torno suyo los discípulos, que le preguntaron: “¿Cómo tenemos que dirigirnos?”. El anciano respondió: “No recuerdo haber ordenado jamás a uno de vosotros que hiciera algo, sin establecer primero en mi interior que no me enojaría si no hacía lo mandado. De este modo vivimos en paz durante el tiempo que estuvimos juntos”.

LETRA SIGMA

ABBA SISOES

Sisoés de Escete, de Clysma o el Tebano, dejó ciertamente un recuerdo imborrable en los ambientes monásticos de Egipto, como lo muestra la cincuentena de apotegmas atribuidos a él, a los que hay que agregar los siete de Titoés (deformación del nombre de Sisoés). Recibió su formación de abba Or y después de la muerte de san Antonio se estableció en la ermita de éste, junto con su discípulo Abraham, viviendo muchos años en el lugar santificado por el Padre de los monjes. Desde su ermita estaba siempre en contacto con los centros monásticos de Pispir, Raithu (Sinaí) y Clysma.

804. Un hermano, que había sido ofendido por otro hermano, fue a ver a abba Sisoés y le dijo: “He sido ofendido por un hermano, y quiero vengarme”. El anciano lo exhortaba diciendo: “No, hijo, deja más bien la venganza a Dios”. El insistía: “No descansaré hasta que no me haya vengado”. Le dijo el anciano: “Oremos, hermano”. Y levantándose el anciano dijo: “Oh Dios, ya no necesitamos que te ocupes de nosotros, pues nosotros mismos hacemos justicia”. Al oír esto, el hermano se echó a los pies del anciano diciendo: “Ya no buscaré vengarme de mi hermano; perdóname, abba”.

805. Interrogó un hermano a abba Sisoés diciendo: “¿Qué debo hacer? Voy a la iglesia, donde celebran a menudo el ágape, y me retienen”. El anciano le contestó: “Es cosa difícil”. Entonces, su discípulo Abraham le preguntó: “Si la reunión se celebra un sábado o domingo, y el hermano bebe tres copas, ¿no es mucho?”. Le respondió el anciano: “No sería mucho si satanás no existiera”.

806. El discípulo de abba Sisoés le dijo: “Padre, ya estás viejo, vámonos cerca de tierras pobladas”. Le respondió el anciano: “Vayamos adonde no haya mujeres”. Le dijo su discípulo: “¿En qué lugar no hay mujeres, fuera del desierto?”. Contestó el anciano: “Entonces, llévame al desierto”.

807. Muchas veces decía el discípulo de abba Sisoés: “Abba, levántate y come”. El le respondía: “¿No hemos comido, hijo?”. El contestaba: “No, padre”. Decía entonces el anciano: “Si no hemos comido, trae pues, y comamos”.

808. Abba Sisoés habló una vez con libertad, y dijo: “Ten confianza; desde hace treinta años ya no pido a Dios por el pecado, sino que ruego así: Señor Jesús, protégeme de mi lengua. Y hasta ahora caigo cada día por ella, y peco”.

809. Un hermano preguntó a abba Sisoés: “¿Por qué las pasiones no se retiran de mí?”. Le contestó el anciano: “Tienen su capital depositado en tu interior; devuélveles sus arras, y se retirarán”.

810. Cuando abba Sisoés vivía en la montaña de abba Antonio, se demoró en ir hasta él su servidor, y no vio hombre alguno durante diez meses. Caminando por la montaña encontró un hombre de Farán que estaba cazando animales salvajes, y el anciano le dijo: “¿De dónde vienes? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?”. El respondió: “En realidad, abba, ya llevo once meses en este monte, y no he visto hombre alguno fuera de ti”. Oyólo el anciano, y mientras entraba en su celda se golpeaba el pecho diciendo: “¡Ah Sisoés! Creías haber hecho algo, y no has llegado todavía a lo que llegó este seglar”.

811. Se celebraba la ofrenda en la montaña de abba Antonio, y había allí un pequeño odre de vino. Tomando uno de los ancianos un jarro y una copa, se lo ofreció a abba Sisoés, quien lo bebió. Lo mismo hizo por segunda vez, y lo aceptó. Se lo ofreció por tercera vez, mas no lo tomó, diciendo: “Deténte, hermano, ¿no sabes acaso que es satanás?”.

812. Un hermano visitó a abba Sisoés en la montaña de abba Antonio, y conversando con él le dijo: “¿No has llegado aún, padre, a la medida de abba Antonio?”. Le respondió el anciano: “Si tuviese uno solo de los pensamientos de abba Antonio, me volvería todo como de fuego; pero conozco un hombre que, con esfuerzo, puede sobrellevar su pensamiento”.

813. Se presentó cierta vez un tebeo a abba Sisoës, pues quería hacerse monje. El anciano le preguntó si tenía en el mundo algo propio. El respondió: “Tengo un hijo”. El anciano le dijo: “Ve, tíralo al río, y entonces serás monje”. Cuando iba ya a tirarlo, el anciano mandó un hermano para impedirselo. El hermano le dijo: “Detén-te, ¿qué haces?”. El contestó: “El abba me dijo que lo tirase”. Le replicó el hermano: “Pero ahora dice que no lo tires”. Y abandonándolo, fue adonde estaba el anciano, y llegó a ser un monje probado por su obediencia.

814. Un hermano preguntó a abba Sisoës diciendo: “¿De qué modo persiguió satanás a los ancianos?”. Le contestó el anciano: “Ahora es peor, porque se acerca su tiempo y está turbado”.

815. Una vez fue tentado por el demonio el discípulo de abba Sisoës, Abraham; supo el anciano que había caído, y levantándose alzó las manos hacia el cielo, diciendo: “Oh Dios, lo quieras o no, no te dejaré hasta que lo cures”. Y en seguida fue curado.

816. Interrogó un hermano a abba Sisoës diciendo: “Veo que la memoria de Dios permanece en mí”. Le respondió el anciano: “No es gran cosa que tu pensamiento permanezca con Dios. Pero es cosa grande que te veas a ti mismo por debajo de toda criatura. Esto, unido al trabajo corporal, conduce a la humildad”.

817. Se contaba acerca de abba Sisoës que cuando estaba cercano su fin se encontraban los Padres junto a él, y se puso su rostro resplandeciente como el sol. El les dijo: “Aquí viene abba Antonio”. Y poco después dijo: “Aquí viene el coro de los profetas”. Brilló todavía más su rostro, y dijo: “Ahora viene el coro de los apóstoles”. Duplicóse el resplandor de su rostro, y se le vio como hablando con alguien. Los ancianos le rogaron diciendo: “¿Con quién hablas, Padre?”. El dijo: “Los ángeles vienen a buscarme, y les pido que me dejen hacer un poco de penitencia”. Los ancianos le respondieron: “No necesitas hacer penitencia, Padre”. El anciano les dijo: “En verdad, no sé si he empezado a hacerla”. Y todos supieron que era perfecto. Su rostro se puso repentinamente brillante como el sol, y temieron todos. Y él les dijo: “Ved, ya viene el Señor, y dice: Traedme la copa del desierto”. En segui-

da entregó su espíritu, y hubo como un relámpago y la habitación se llenó de buen olor.

818. Fue abba Adelfio, obispo de Nilópolis, a visitar a abba Sisoës en la montaña de abba Antonio. Cuando estaban por salir, antes de ponerse en camino, les hizo comer al amanecer. Era día de ayuno. Mientras preparaban la mesa, llaman unos hermanos. Dice él a su discípulo: “Dales algo de comer, pues están cansados”. Abba Adelfio le dijo: “Déjalo, para que no digan que abba Sisoës come desde el amanecer”. El anciano lo miró, y dijo al hermano: “Ve, dales”. Cuando los hermanos vieron el alimento dijeron: “¿Tienes huéspedes? ¿Acaso el anciano come con vosotros?”. El hermano replicó: “Sí”. Comenzaron ellos a afligirse, y decían: “Que Dios os perdone, porque habéis dejado comer ahora al anciano. ¿No sabíais acaso que durante muchos días se va a mortificar por esto?”. Lo oyó el obispo, y haciendo una metanía al anciano, dijo: “Perdóname, abba, porque pensé humanamente. Tú hiciste lo que es de Dios”. Abba Sisoës le dijo: “Si Dios no glorifica al hombre, es nada la gloria del hombre”.

819. Fueron unos hermanos a visitar a abba Sisoës para escuchar una palabra suya, y el anciano no les habló. Todo el tiempo decía: “Perdón”. Al ver los canastos, le preguntaron a su discípulo Abraham: “¿Qué hacéis con estos canastos?”. El contestó: “Los vendemos por aquí y por allá”. Lo oyó el anciano, y dijo: “También Sisoës come por aquí y por allá”. Lo oyeron y sacaron mucho provecho, y se marcharon con alegría, edificados por su humildad.

820. Abba Amón de Raithu, preguntó a abba Sisoës: “Cuando leo la Escritura, mi pensamiento quiere atender a la palabra para tener respuesta cuando me interrogan”. Le contestó el anciano: “No es necesario; procúrate más bien, por la pureza de espíritu, estar sin preocupación, y habla”.

821. Un seglar iba con su hijo a ver a abba Sisoës en la montaña de abba Antonio. En el camino murió su hijo, y no se turbó, sino que lo llevó hasta donde estaba el anciano. Con fe, se postró con su hijo como quien hace una metanía, para recibir la bendición del anciano. Al levantarse, el padre dejó al niño a los pies del anciano

y se retiró. El anciano, pensando que estaba haciendo la metanía ante él, le dijo: “Levántate, sal fuera”, pues no sabía que había muerto. Y él se levantó en seguida, y salió. Su padre se maravilló al verlo y, entrando, se postró ante el anciano y le anunció lo sucedido. El anciano, al oírlo, se entristeció, pues no quería que esto ocurriese. Su discípulo previno al padre del niño que no lo dijera a nadie hasta la muerte del anciano.

822. Tres ancianos fueron adonde estaba abba Sisoës, porque habían oído hablar de él. El primero le dijo: “Padre, ¿cómo podré salvarme del río de fuego?”. Pero no le respondió. Le dijo el segundo: “Padre, ¿cómo podré salvarme del rechinar de dientes y del gusano que no perece?”. El tercero le dijo: “Padre, ¿qué haré pues el recuerdo de las tinieblas exteriores me mata?”. El anciano le contestó diciendo: “Yo no me acuerdo de nada de eso. Dios es misericordioso y espero que tenga misericordia de mí”. Al oír esta palabra, los ancianos se retiraron tristes. Pero el anciano no quiso dejarlos partir afligidos, y llamándolos de vuelta les dijo: “¡Bienaventurados sois hermanos! Os tengo envidia. El primero de vosotros habló del río de fuego, el segundo habló del tártaro y el tercero de las tinieblas. Si vuestro espíritu tiene este recuerdo en su poder, es imposible que pequéis. ¿Qué haré yo, duro de corazón, a quien no se le concedió siquiera saber si hay un castigo para los hombres, y por eso peco a toda hora?”. Ellos, haciendo la metanía, dijeron: “Es tal como lo habíamos oído”.

823. Preguntaron a abba Sisoës: “Si un hermano peca, ¿necesita hacer penitencia durante un año?”. El respondió: “Es dura esta palabra”. Le preguntaron: “¿Por seis meses?”. Respondió él: “Es mucho”. Ellos dijeron: “¿Hasta cuarenta días?”. Contestó otra vez: “Es mucho”. Ellos preguntaron: “Entonces, si un hermano peca y en seguida se celebra un ágape, ¿también él debe asistir al ágape?”. Dijo entonces el anciano: “¡No! Es preciso hacer penitencia por unos pocos días. Pues confío en Dios que si uno hace penitencia con toda el alma, a los tres días ya lo recibe Dios”.

824. Cuando abba Sisoës estaba en Clysma acudieron unos seglares para verlo. Ellos le hablaban, pero él no les respondía ni una palabra. Al fin, uno de ellos dijo: “¿Para qué molestáis al anciano? No come, por eso no puede hablar”. El anciano replicó: “Yo como cuando tengo necesidad”.

825. Abba José interrogó a abba Sisoés: “¿Durante cuánto tiempo debe el hombre cortar con las pasiones?”. Le contestó el anciano: “¿Quieres saber cuánto tiempo?”. Abba José dijo: “Sí”. El anciano replicó: “Cada vez que llega la pasión debes cortarla en seguida”.

826. Un hermano preguntó a abba Sisoés, el de Petra, acerca de la vida monástica. Le respondió el anciano: “Dijo Daniel: No he comido el pan de los deseos” (Dn. 10, 3).

827. Se contaba de abba Sisoés que cuando permanecía en su celda, cerraba siempre la puerta.

828. Unos arrianos fueron a ver a abba Sisoés en la montaña de abba Antonio, y comenzaron a hablar contra los ortodoxos. El anciano no les respondió, pero llamando a su discípulo le dijo: “Abraham, trae el libro del bienaventurado Atanasio, y léelo”. Y ellos se callaron, y fue conocida su herejía. El los despidió en paz.

829. Abba Amún de Raithu fue a Clysma a visitar a abba Sisoés. Al verlo afligido porque había abandonado el desierto, le dijo: “¿Por qué te afliges, abba? ¿Qué podías ya hacer en el desierto?”. Mirándolo fijamente, el anciano le contestó: “¿Qué me estás diciendo, Amún? ¿No me bastaba acaso en el desierto con la libertad del espíritu?”.

830. Estaba sentado abba Sisoés en su celda, y su discípulo llamó. El anciano gritó, diciendo: “¡Huye, Abraham, no entres! Ya no tengo tiempo para las cosas de aquí”.

831. Un hermano interrogó a abba Sisoés: “¿Por qué dejaste Escete, donde vivías junto a abba Or, y viniste a habitar aquí?”. El anciano le contestó: “Cuando Escete comenzó a poblarse, oí yo que había muerto abba Antonio, me levanté y vine a la montaña, y encontré que el lugar era calmo, entonces he permanecido en él por un poco de tiempo”. El hermano le preguntó: “¿Cuánto tiempo llevas aquí?”. El anciano le contestó: “Setenta y dos años”.

832. Dijo abba Sisoés: “Si hay un hombre que te atiende, no le des órdenes”.

833. Preguntó un hermano a abba Sisoés: “Si vamos de viaje, y nuestro guía se pierde, ¿debemos decírselo?” El anciano le contestó: “No”. El hermano dijo: “Pero, ¿tenemos que permitirle que nos haga extraviar?”. El anciano le contestó: “¿Qué harías, pues? ¿Tomarás un bastón para golpearlo? Sé de unos hermanos que estaban de viaje, y su guía se perdió durante la noche. Eran doce, y todos se daban cuenta que estaba perdido, y combatió cada cual consigo mismo para no decirlo. Cuando se hizo de día supo el guía que se había perdido, y les dijo: Perdonadme, porque me he perdido. Y todos le respondieron: También nosotros lo sabíamos, pero callamos. Al oírlo, se admiró y dijo: Hasta la muerte se abstienen de hablar los hermanos. Y dio gloria a Dios. La distancia que se habían apartado del camino era de doce millas”.

834. Vinieron un día los sarracenos y despojaron al anciano y a su hermano. Fueron ellos al desierto buscando algo para comer, y el anciano encontró estiércol de camello, y abriéndolo halló granos de cebada. Comió un grano y puso el otro en su mano. Llegó su hermano, y lo encontró comiendo, y le dijo: “¿Es esta caridad, que encuentras alimento y comes solo, y no me llamas?”. Le respondió abba Sisoés: “No te hago injusticia, hermano: mira tu parte que guardaba en mi mano”.

835. Se cuenta de abba Sisoés el tebeo que cuando vivía en Calamón de Arsinoe, un anciano se encontraba enfermo en otra laura. Cuando él lo supo, se entristeció. Ayunaba día por medio, y ese era el día que no comía. Lo consideró, y dijo a su pensamiento: “¿Qué haré? Si voy, ¿no me obligarán los hermanos a comer? Y si espero hasta mañana, ¿no moriré? Haré de este modo: Iré, pero no comeré”. Y así fue, en ayunas, y cumplió el mandato de Dios sin faltar a su propósito de vida según Dios.

836. Contaba uno de los Padres acerca de abba Sisoés de Calamón, que para vencer el sueño se suspendió en el precipicio de Petra. Y un ángel vino y lo desató, y le amonestó que no lo hiciera, para no dejar a otros una enseñanza semejante.

837. Un padre interrogó a abba Sisoés diciendo: “Si mientras estoy en el desierto viene un bárbaro, queriendo matarme, y consigo dominarlo, ¿debo matarlo?”. Le respondió el anciano: “No.

Mas bien entrégalo a Dios. En cualquier prueba que llega al hombre, di: Esto sucede por mis pecados. Si se trata de algo bueno, di: Es por la providencia de Dios”.

838. Un hermano pidió a abba Sisoos el tebeo: “Dime una palabra”. Le respondió: “¿Qué diré? Leo el Nuevo Testamento, y me vuelvo al Antiguo”.

839. El mismo hermano preguntó a abba Sisoos de Petra acerca de la palabra que había dicho Sisoos el tebeo. Y el anciano respondió: “Yo me duermo en el pecado, y me despierto en el pecado”.

840. Contaban de abba Sisoos el tebeo que, cuando despedían a la asamblea, huía a su celda. Y decían: “Tiene un demonio”. Pero él hacía la obra de Dios.

841. Preguntó un hermano a abba Sisoos, diciendo: “¿Qué haré, abba, pues he caído?”. Le contestó el anciano: “Levántate de nuevo”. Dijo el hermano: “Me levanté, pero caí otra vez”. Le replicó el anciano: “Levántate una y otra vez”. Le dijo entonces el hermano: “¿Hasta cuándo?”. El anciano contestó: “Hasta que seas tomado, ya sea en el bien, ya sea en el crimen; pues el hombre se presentará al juicio en aquello en que sea encontrado”.

842. Un hermano interrogó a un anciano, diciendo: “¿Qué haré? Me entristezco a causa del trabajo manual: me gusta trenzar, pero no puedo trabajar en ello”. Le respondió el anciano: “Abba Sisoos dijo que no hay que hacer un trabajo que nos agrade”.

843. Dijo abba Sisoos: “Busca a Dios, pero no busques dónde habita”.

844. Dijo también: “La vergüenza y la falta de reverencia traen muchas veces el pecado”.

845. Preguntó un hermano a abba Sisoos, diciendo: “¿Qué debo hacer?”. Le contestó: “La obra que buscas es un gran silencio y la humildad. Pues está escrito: Bienaventurados los que permanecen en él (Is. 30, 18). Y así podrás permanecer en ello”.

846. Dijo abba Sisoës: “Sé despreciado, echa atrás tuyo la voluntad propia, y alcanzarás la despreocupación y tendrás el descanso”.

847. Un hermano preguntó a abba Sisoës: “¿Qué debo hacer a causa de las pasiones?”. Le contestó el anciano: “Cada uno es tentado por su concupiscencia” (Sant. 1, 16).

848. Pidió un hermano a abba Sisoës: “Dime una palabra”. El respondió: “¿Por qué me haces hablar inútilmente? Haz lo que veas”.

849. Abba Abraham, el discípulo de abba Sisoës, se fue para realizar un servicio, y durante muchos días no quiso el anciano ser atendido por otro, diciendo: “¿Permitiré acaso que otro hombre adquiera familiaridad conmigo, fuera de mi hermano?”. Y no lo consintió, sino que soportó el trabajo hasta que regresó su discípulo.

850. Cuentan de abba Sisoës que estaba sentado, y gritó con voz fuerte: “¡Oh, desgracia!”. Le preguntó su discípulo: “¿Qué tienes, padre?”. El anciano respondió: “Busco un hombre con quien hablar, y no lo encuentro”.

851. Fue una vez abba Sisoës desde la montaña de abba Antonio a la montaña exterior de la Tebaida, y vivía allí. Había melecianos en ese lugar, que habitaban en Calamón de Arsinoe. Oyeron algunos hermanos que había ido a la montaña exterior, y deseaban verlo, pero decían: “¿Qué haremos?, pues hay melecianos en la montaña. Sabemos que el anciano no sufre daño alguno por ello, pero nosotros tememos que, por visitar al anciano, caigamos en la tentación de la herejía”. Y para no acercarse a los herejes, no fueron a ver al anciano.

852. Contaban que abba Sisoës cayó enfermo. Los ancianos estaban sentados junto a él, y él estaba como hablando con alguien. Le preguntaron: “¿Qué ves, abba?”. El les respondió: “Veo a unos que vienen por mí, y les pido que me dejen hacer un poco de penitencia”. Uno de los ancianos le dijo: “Si te dejara, ¿puedes to-

davía hacer penitencia útilmente?”. El anciano le contestó: “Aunque no pueda, gimo un poco sobre mi alma, y eso me basta”.

853. Cuentan acerca de abba Sisoës que cuando fue a Clysmá, se enfermó y permanecía con él su discípulo en la celda. Se oyó entonces un golpe en la puerta. El anciano comprendió, y dijo a su discípulo: “Di al que llama. Yo, Sisoës, en la montaña; yo, Sisoës, en la estera”. Y el otro, al oírlo, desapareció.

854. Abba Sisoës el tebeo dijo a su discípulo: “Dime lo que ves en mí, y yo te diré lo que veo en ti”. El discípulo le dijo: “Tú eres bueno en tu espíritu, pero un poco duro”. Le replicó el anciano: “Tú eres bueno, pero algo flojo de espíritu”.

855. Decían que abba Sisoës el tebeo no comía pan, y en la fiesta de Pascua los hermanos le hicieron una metanía, rogándole que comiera con ellos. Les respondió diciendo: “Haré una de estas dos cosas: o como pan o las cosas que habéis preparado”. Ellos le rogaron: “Come solamente pan”. Y así lo hizo.

855 A. (987) Si alguien interrogaba a abba Sisoës acerca de abba Pambo, decía: “Pambo era muy grande en sus obras”.

855 B. (988) Dijo abba Sisoës a un hermano: “¿Cómo estás?”. Le respondió: “Pierdo el día, padre”. Y el anciano le dijo: “Cuando yo pierdo el día, doy gracias”.

ABBA SILVANO

Silvano era palestino de origen. En Escete estaba al frente de un grupo de doce discípulos, entre los que descollaba Marcos el Caligrafo (cfr. apotegmas nn. 526-530). Hacia el 380 se cambió al Sinaí y después se estableció cerca de Gaza, formando con sus discípulos una laura. Silvano murió alrededor del año 414 y fue sucedido por su discípulo Zacarías.

856. Fueron una vez abba Silvano y su discípulo Zacarías a un monasterio, y en él les hicieron comer algo antes de marcharse.

Cuando ya habian salido, el discípulo encontró agua en el camino, y quiso beber. El anciano le dijo: “Zacarías, hoy es día de ayuno”. El respondió: “¿No hemos comido acaso, Padre?”. Le replicó el anciano: “Aquella comida fue por caridad, mas nosotros, hijo, guardemos nuestro ayuno”.

857. Estando el mismo una vez con los hermanos, entró en éxtasis y cayó sobre su rostro, y sólo después de mucho tiempo se levantó, llorando. Le rogaban los hermanos, diciendo: “¿Padre, qué tienes?”. Mas él, llorando, no respondía. Cuando pudieron hacerle hablar, dijo: “Fui arrebatado al juicio, y vi a muchos de los nuestros que iban al castigo, y muchos seglares que iban al reino”. Lloraba el anciano, y no quería salir de su celda. Si lo obligaban a salir, cubría su rostro con el capuchón diciendo: “¿Para qué quiero ver esta luz temporal, que no sirve para nada?”.

858. Otra vez entró su discípulo Zacarías y lo encontró en éxtasis, con sus manos extendidas hacia el cielo. Entonces salió y cerró la puerta. Volvió a la ora sexta y a la hora novena, y lo encontró de la misma manera. Alrededor de la décima hora llamó y, entrando, lo encontró en la hesiquía, y le dijo: “¿Qué tienes hoy, Padre?”. El respondió: “Hoy estuve enfermo, hijo”. Mas él, tomando sus pies, le dijo: “No te dejaré hasta que no me digas lo que has visto”. El anciano le dijo: “Hoy fui arrebatado hasta el cielo, y vi la gloria de Dios, y allí estuve hasta este momento, y ahora he sido despedido”.

859. Cuando abba Silvano vivía en el monte Sinaí, su discípulo Zacarías tuvo que salir para un servicio, y dijo al anciano: “Suelta el agua y riega el huerto”. El anciano salió y se cubrió los ojos con el capuchón, y solamente veía sus pies. Llegó en ese momento un hermano, y mirándolo de lejos consideraba lo que hacía. Entró el hermano adonde él estaba y le dijo: “Dime, abba, ¿por qué te tapabas la cara con el capuchón cuando regabas el jardín?”. Le contestó el anciano: “Hijo, para que mis ojos no vieran los árboles, y se apartara mi mente de su trabajo a causa de ellos”.

860. Un hermano fue a visitar a abba Silvano en el monte Sinaí. Vio a los hermanos que trabajaban, y dijo al anciano: “No trabajéis por el alimento que perece (Jn. 6, 27); María eligió la mejor

parte" (Lc. 10, 42). El anciano ordenó a su discípulo: "Zacarías, dale un libro a este hermano, y acompáñalo a una celda donde no hay nada". Cuando llegó la hora novena, miraba por la puerta por si lo llamaban para comer. Como nadie lo llamó, se levantó y fue hasta el anciano y le dijo: "¿No comen hoy los hermanos, abba?". El anciano le contestó: "Sí". El dijo: "¿Por qué no me llamas-teis?". Le respondió el anciano: "Porque eres hombre espiritual y no necesitas este alimento. Nosotros, que somos carnales, queremos comer, y para eso trabajamos. Tú, en cambio, has elegido la mejor parte, leyendo todo el día, y no quieres comer el alimento carnal". Al oír esto hizo una metanía, diciendo: "Perdóname, abba". Le contestó el anciano: "Realmente, María necesita a Marta, pues fue por Marta que se elogió a María".

861. Preguntaron a abba Silvano: "¿En qué práctica te has ejercitado, Padre, para adquirir semejante prudencia?". Y respondió: "Nunca permití que viniera a mi corazón un pensamiento que irritara a Dios".

862. Se cuenta de abba Silvano que permanecía sentado en su celda, en lo oculto, y tenía unas habas pequeñas y con ellas trabajaba, e hizo cien cribas. Y llegó un hombre desde Egipto, con un asno cargado de panes, y llamando a su celda, se los dejó. Entonces, el anciano tomó las cribas, cargó el asno y lo despidió.

863. De abba Silvano se cuenta que, una vez, su discípulo Zacarías salió sin él, y tomando a los hermanos derribó el cerco del huerto y lo agrandó. Cuando el anciano lo supo, tomó su melota y salió, y dijo a los hermanos: "Rogad por mí". Ellos, al verlo, se echaron a sus pies diciendo: "Dinos qué tienes, Padre". Les respondió: "No entraré ni me quitaré la melota si no volvéis el cerco al lugar en que estaba". Ellos destruyeron en seguida el cerco, y lo rehicieron donde estaba antes. Y así el anciano regresó a su celda.

864. Dijo abba Silvano: "Yo soy un esclavo, y mi señor me dice: Haz mi trabajo y yo te alimentaré, y no busques saber de dónde: si tengo, si robo, si pido prestado; tú no te preocupes, trabaja tan sólo, y yo te alimentaré. Yo, pues, si trabajo, como de mi salario; pero si no trabajo, como de la caridad".

865. Dijo también: “¡Ay del hombre cuyo renombre es mayor que su esfuerzo!”.

866. Preguntó abba Moisés a abba Silvano: “¿Puede el hombre comenzar cada día?”. Le respondió el anciano: “Si es laborioso, puede comenzar a cada hora”.

867. Dijo un Padre que encontró alguien a abba Silvano, y vio su rostro y su cuerpo brillantes como los de un ángel, y cayó con la frente en la tierra. Dijo también que otros obtuvieron igual gracia.

867 A. (989) Decían de él que se marchó a Palestina y construyó una celda junto a un río, y allí permaneció el resto de su vida, como en Escete.

ABBA SIMON

A juzgar por los dos apotegmas que se le atribuyen, y el número 711, de Pastor, que también se refiere a Simón, este abba tenía un gran aprecio por la vida oculta en la celda.

868. Un funcionario fue a visitar a abba Simón. Lo oyó éste, y cubriéndose con un paño sostenido en la cintura, se subió a una palmera para limpiarla. Los que llegaban, le gritaron: “Anciano, ¿dónde está el anacoreta?”. El contestó: “Aquí no hay ningún anacoreta”. Y al oírlo, se volvieron.

869. En otra oportunidad, fue otro arconte (funcionario) para verlo. Se adelantaron los clérigos y le dijeron: “Abba prepárate, pues el arconte ha oído hablar de ti y viene para que lo bendigas”. El dijo: “Está bien, me prepararé”. Vestió un hábito grosero, y tomando pan y queso en sus manos, se levantó, se sentó a la entrada y se puso a comer. Llegó el arconte con sus oficiales y, al verlo, lo despreciaron diciendo: “¿Es éste el anacoreta de quien habíamos oído hablar?”. Y en seguida regresaron.

ABBA SOPATRO

El abba es para nosotros un desconocido, pero su alusión a las controversias antropomorfitas, lo sitúan en el Bajo Egipto de fines del siglo IV.

870. Pidió uno a abba Sopatro: “Dame un mandato, abba, y lo guardaré”. El le dijo: “No entre mujer en tu celda y no leas a los apócrifos; no especules acerca de la imagen (¿humana de Dios?). Esto no es herejía, sino ignorancia y gusto por la disputa en ambos partidos, pues es imposible que la criatura lo comprenda”.

ABBA SARMATAS

No sabemos si este Sarmatas es uno de los discípulos mencionados en la “Vida de san Antonio” y que según san Jerónimo habría sido muerto por los bárbaros cuando éstos, en 357, destruyeron la ermita de Antonio.

871. Dijo abba Sarmatas: “Prefiero el hombre pecador, que sabe que ha pecado y hace penitencia, al hombre que no pecó, y se tiene a sí mismo por justo”.

872. Decían acerca de abba Sarmatas que, siguiendo el consejo de abba Pastor, se retiraba muchas veces durante cuarenta días a la soledad, y cumplía esos días como si nada fuese. Abba Pastor lo visitó y le preguntó: “Dime, ¿qué cosas ves para sostener semejante esfuerzo?”. El le contestó: “Nada de especial”. Le dijo entonces abba Pastor: “No te dejaré hasta que me lo digas”. El respondió: “Una sola cosa he encontrado: si le digo al sueño, vete, se va; si le digo: ven, viene”.

873. Un hermano interrogó a abba Sarmatas, diciendo: “Los pensamientos me sugieren: no trabajes, sino come, bebe, duerme”. El anciano le contestó: “Cuando tengas hambre, come; cuando tengas sed, bebe; cuando sientas sueño, duerme”. Pero otro ancia-

no llegó oportunamente al lugar donde estaba el hermano, y éste le relató lo que había dicho abba Sarmatas. El anciano le dijo: “Esto es lo que te dijo abba Sarmatas: Cuando tengas mucha hambre y tanta sed que ya no soportes más, come, entonces, y bebe; y cuando hayas velado mucho y tengas sueño, duerme. Esto es lo que te dijo el anciano”.

874. Dijo el mismo hermano a abba Sarmatas: “Los pensamientos me dicen: Vete fuera, y visita a los hermanos”. Le dijo el anciano: “No los escuches, sino diles: Ya os presté oídos antes, pero en esto no puedo escucharos”.

874 A. (990) Dijo también: “Si el hombre no huye cuanto puede y no vigila, hace inevitable el pecado”.

ABBA SERAPION

Tanto la “Historia lausiaca” como la “Historia de los monjes” mencionan a ermitaños con ese nombre. También Casiano habla de dos monjes de Escete llamados Serapión. El apotegma número 878 es un extracto de la Conferencia 18 de Casiano.

875. Pasaba una vez abba Serapión por una aldea de Egipto, y vio una prostituta de pie junto a su habitación. El anciano le dijo: “Espérame esta tarde, pues quiero venir y pasar la noche junto a ti”. Ella le respondió: “Está bien, abba”. Y se preparó y dispuso el lecho. Cuando atardeció, vino el anciano donde ella y, entrando en la habitación, le preguntó: “¿Preparaste el lecho?”. Le respondió: “Sí, abba”. Cerró entonces la puerta y le dijo: “Espera un poco, pues tenemos una ley y debo cumplirla”. El anciano comenzó su oficio; tomó el salterio, y después de cada salmo hacía una oración, rogando a Dios por ella, para que se arrepintiese y salvara. Y Dios le escuchó. La mujer estaba temblorosa y suplicante junto al anciano. Cuando el anciano hubo concluido todo el salterio, la mujer cayó en tierra. El anciano comenzó el (libro del) Apóstol, y leyó mucho de él, y de esta manera terminó la sinaxis. La mujer estaba compungida, y comprendiendo que él no había venido para pecar con ella, sino para salvar su alma, se postró ante él diciendo: “Ten

caridad, abba, y llévame a un sitio donde pueda agradar a Dios". El anciano la condujo a un monasterio de vírgenes, y la entregó a la madre, diciendo: "Recibe a esta hermana, y no le impongas el yugo o la norma como a las demás; dale lo que quiera, y permítele actuar como ella desea". Después de unos pocos días dijo: "Yo soy una pecadora, quiero comer día por medio". Pocos días más tarde dijo: "Yo tengo muchos pecados, quiero comer cada cuatro días". Y después de pocos días más, suplicó a la madre diciendo: "Ya que he entristecido tanto a Dios con mis pecados, hazme un favor: ponme en una celda, ciérrala, y por un agujero dame un poco de pan y el trabajo manual". La madre lo hizo, y ella agradó a Dios por el resto de su vida.

876. Un hermano rogó a abba Serapión, diciendo: "Dime una palabra". Le respondió el anciano: "¿Qué tengo para decirte? Tomaste lo que era de viudas y huérfanos, y lo pusiste en esta abertura". Pues la veía llena de libros.

877. Dijo abba Serapión: "Así como los soldados del emperador, cuando están en atención, no pueden mirar a la derecha ni a la izquierda, del mismo modo, el hombre que está firme en la presencia de Dios y permanece en el temor delante de él a toda hora, no temerá nada del enemigo".

878. Fue un hermano a visitar a abba Serapión, y el anciano lo invitó, según la costumbre, a hacer la oración, pero él no aceptaba, diciéndose pecador e indigno del hábito monástico. Quiso lavarle los pies y él, diciendo las mismas palabras, no accedió a ello. Le preparó para que comiese, y el anciano empezó a comer con él, mientras lo amonestaba diciendo: "Hijo, si quieres aprovechar, permanece en tu celda y atiende a ti mismo y a tu trabajo manual. No te aporta tanto provecho el salir cuanto el permanecer (en la celda)". Al oír esto, se irritó y el modo se le alteró, y no lo pudo ocultar al anciano. Le dijo entonces abba Serapión: "Hasta ahora decías: Soy pecador, y te acusabas como si fueras indigno de vivir. ¿Y porque te amonesto con caridad, te alteras tanto? Si quieres ser humilde, aprende a soportar con fortaleza lo que te hacen los demás, y no profieras palabras ociosas". Oyó esto el hermano y se postró ante el anciano, y partió habiendo recibido mucho provecho.

ABBA SERENO

Sereno o Sérinos es mencionado como amigo de abba Pastor, y Casiano pone en su boca las Conferencias 7 y 8.

879. Decían acerca de abba Serenò que trabajaba mucho, y siempre comía dos panes. Fue a verlo abba Job, su compañero, gran asceta también él, y le dijo: "Cuando estoy en la celda, guardo mi costumbre, pero si salgo, hago como los hermanos". Le respondió abba Sereno: "No es esto gran virtud, guardar tu orden cuando estás en la celda, sino más bien cuando sales de ella".

880. Dijo abba Sereno: "He pasado mi tiempo cosechando, cosiendo, trenzando, y con todo ello, si no me hubiese alimentado la mano de Dios, no hubiera podido sostenerme".

ABBA ESPIRIDON

Los apotegmas números 881 y 882 son extractados de la "Historia eclesiástica" de Sócrates. Aquel pastor-obispo vivió en la isla de Chipre, en la primera mitad del siglo IV.

881. Acerca de Espiridón, que había sido pastor de ovejas, se contaba que vivía con tal santidad, que fue encontrado digno de ser pastor de hombres. Fue llamado al episcopado en una de las ciudades de Chipre, de nombre Trimitunthes. Ya obispo seguía pastoreando las ovejas por humildad. Una noche vinieron unos ladrones al corral e intentaron robar las ovejas. Pero Dios, que protegía al pastor, salvó también al rebaño: los ladrones fueron ligados al corral, por una fuerza invisible. Cuando amanecía llegó el pastor al lugar. Al verlos con las manos atadas a la espalda comprendió lo que había sucedido y, orando, soltó a los ladrones. Los amonestó y exhortó largamente a que se esforzaran con trabajos honestos y no viviesen en la injusticia, y los despidió regalándoles un carnero. Y agregó graciosamente: "Para que no creáis que habéis velado en vano".

882. Se decía también que tenía una hija virgen, que participaba de la piedad de su padre. Se llamaba Irene. Un conocido le confió a ella una alhaja de gran valor. Para que estuviera más segura la escondió bajo tierra, pero poco después ella dejó este mundo. El que se la había entregado vino más adelante, y al no encontrar a la joven se dirigió a su padre, abba Espiridón, con amenazas y ruegos. Como el anciano se afligía del mal sufrido por el que había hecho el depósito, fue al sepulcro de su hija rogando a Dios que, antes del tiempo señalado, le mostrase la resurrección prometida. Y su esperanza no fue defraudada: revivió la joven y se apareció al padre, indicándole el lugar donde estaba la alhaja, y en seguida se alejó. Y el anciano la tomó y la devolvió.

ABBA SAIO

Ni Saio ni Mué nos son conocidos, ni el apotegma que se les atribuye ha tenido fortuna en las colecciones antiguas, ya que es uno de los pocos casos de doctrina aberrante.

883. Se contaba que abba Saio y abba Mué vivían juntos. Abba Saio era muy obediente pero muy rudo. El anciano le dijo, para tentarlo: "Ve a robar". El salía y robaba a los hermanos por obediencia, dando gracias a Dios en todo. El anciano, por su parte, tomaba lo robado y lo devolvía ocultamente. Una vez, mientras iba caminando se desmayó, y el anciano lo dejó allí, exhausto. Y fue a decir a los hermanos: "Id a traer a Saio, que yace quebrado". Ellos fueron y lo trajeron.

AMMA SARA

Según el apotegma número 790 A (985), Sara era conocida del abba Pafnucio. Vivió sesenta años al borde del Nilo.

884. Se cuenta acerca de amma Sara que vivió durante trece años fuertemente atacada por el demonio de la fornicación, y que

nunca pidió que cesara el combate, sino que decía: “¡Oh Dios, dame la fuerza!”.

885. Una vez el mismo espíritu de fornicación se llegó hasta ella con más fuerza, sugiriéndole las vanidades del mundo. Mas ella acudió al temor de Dios y a la ascesis. Subió a la terraza para orar y se le apareció entonces el espíritu de fornicación, el cual le dijo: “Me has vencido, Sara”. Ella le respondió: “No te he vencido yo, sino Cristo, mi Señor”.

886. Decían de ella que vivió sesenta años junto al río, y nunca volvió los ojos para mirarlo.

887. Otra vez fueron a verla desde Pelusio dos ancianos, grandes anacoretas. Mientras viajaban, se decían el uno al otro: “Humillemos a esta vieja”. A ella le dijeron: “Cuidado, no se exalte tu espíritu, y digas: Los solitarios vienen a verme a mí, que soy mujer”. Amma Sara les contestó: “Por naturaleza soy mujer, mas no por el pensamiento”.

888. Dijo amma Sara: “Si tuviese que rogar a Dios para que todos los hombres sean colmados por mí, tendría que estar postrada ante la puerta de cada uno; prefiero pedir que mi corazón sea puro con todos”.

889. Dijo también: “Levanto mi pie para subir por la escalera y pongo la muerte ante mi vista, antes de subir”.

890. Dijo también: “Es cosa buena hacer limosna a causa de los hombres. Pues aunque se haga por agradar a los hombres, llega después a agradar a Dios”.

891. Fueron una vez unos escetiotas a visitar a amma Sara. Ella les sirvió un canastillo (de frutas). Ellos, entonces, tomaron lo que estaba malo y dejaron lo bueno, y ella les dijo: “Verdaderamente, sois escetiotas”.

891 A. (991) Dijo también a los hermanos: “Yo soy un hombre, vosotros sois mujeres”.

AMMA SINCLÉTICA

De las Madres del desierto esta es la más famosa. Los apotegmas que siguen están todos extraídos de la “Vida de santa Sinclética”, compuesta a mediados del siglo V. Sinclética descendía de una familia de Macedonia que vino a establecerse en Alejandría. Desde su juventud se consagró a Dios y su renombre espiritual hizo que innumerables personas la consultasen e imitasen.

892. Dijo amma Sinclética: “Al principio hay grandes luchas y penas para los que se acercan a Dios, pero después encuentran una alegría inefable. Como los que quieren encender el fuego primero absorben el humo y lagrimean, pero después obtienen lo que buscan —se ha dicho, en efecto: Nuestro Dios es un fuego ardiente (Heb. 12, 29)—, igualmente debemos encender en nosotros el fuego divino, con lágrimas y esfuerzo”.

893. Dijo también: “Los que hemos abrazado esta profesión debemos tener una templanza perfecta. Pues en los seglares se ve la templanza, pero con ella habita la intemperancia, porque pecan con todos los demás sentidos. En efecto, miran sin decencia y rien sin medida”.

894. Dijo también: “Como las medicinas más amargas expulsan a las bestias venenosas, así la oración con el ayuno expulsa al mal pensamiento”.

895. Dijo también: “No te seduzcan las delicias de las riquezas del mundo, como si tuvieran algo de provecho a causa del placer vano. Ellos aprecian el arte culinario, mientras que tú, por el ayuno y por los alimentos de bajo precio, superas la abundancia de su comida. Está escrito: El alma que vive en los placeres, se burla del panal de miel (Prov. 27, 7). No te llenes de pan y no desearás el vino”.

896. Preguntaron a la bienaventurada Sinclética si la pobreza es un bien perfecto. Ella respondió: “Es perfecto, en verdad, para los que lo pueden. Los que soportan la pobreza, padecen en la carne,

pero tienen paz en el alma. Como los vestidos que lo resisten se lavan golpeándolos con los pies y retorciéndolos, así el alma fuerte se vuelve aún más fuerte por la pobreza voluntaria”.

897. Dijo también: “Si vives en el cenobio no cambies de lugar, pues eso te perjudicaría mucho. El pájaro que se aparta de los huevos los hace infecundos, así también el monje o la virgen se enfrían y mueren en la fe cuando vagan de un sitio a otro”.

898. Dijo también: “Las trampas del diablo son muchas. ¿No puede conmover al alma con la pobreza? Le propone la riqueza como cebo. ¿No consigue dominarla por las humillaciones y oprobios? Le sugiere alabanzas y gloria. Si es vencido por la salud, enferma al cuerpo. Si no pudo engañar con placeres, trata de voltearlo con las penas involuntarias. Envía enfermedades intolerables para desanimar a los pusilánimes en el amor de Dios. Ataca también al cuerpo con fortísimas fiebres y le hace padecer una sed intolerable. Si eres pecador y sufres esto, acuérdate del castigo futuro y del fuego eterno y de las justas penas, y no te desanimes por las presentes. Alégrate porque te visita Dios, y ten sobre tu lengua este piadoso dicho: El Señor me castigó, pero no me entregó a la muerte” (Sal. 117, 18).

898 A. “Eras hierro, pero el fuego te purificó de la herrumbre. Si eres justo y te enfermas, has pasado de lo que es grande a lo que es aún mayor. ¿Eres oro? Por el fuego serás más probado. ¿Tu carne fue entregada al ángel? (cfr. 2 Cor. 12, 7). Alégrate, mira a quien has sido hecho semejante: has sido digno de la porción de Pablo. ¿Te prueba la fiebre? ¿Te educa el rigor? Dice la Escritura: Pasamos por fuego y por agua, y nos has llevado al descanso (Sal. 65, 12). ¿Tuviste lo primero? Espera lo segundo. Obrando la virtud grita las palabras del santo: Soy pobre y sufriente (Sal. 68, 30). Por estas dos tribulaciones llegarás a ser perfecto, pues está escrito: Me has dilatado en la tribulación (Sal. 4, 2). Nuestras almas se instruyen en estos ejercicios, y así tenemos al adversario ante nuestros ojos”.

899. Dijo también: “Cuando nos oprime la enfermedad no nos pongamos tristes si por la enfermedad y el abatimiento del cuerpo no podemos salmodiar con nuestra voz. Todas estas cosas eran pa-

ra nuestra utilidad, para purificar las pasiones. Pues el ayuno y acostarse por tierra están mandados a causa de nuestros placeres. Pero si ellos son retenidos por la enfermedad, son superfluos. Pues ésta es la gran ascesis: dominarse en las enfermedades y elevar a Dios himnos de acción de gracias”.

900. Dijo también: “Si tienes que ayunar no pongas el pretexto de la enfermedad, porque los que no ayunan sufren muchas veces las mismas enfermedades. ¿Has empezado a obrar bien? No te retraigas, obligado por el enemigo, pues él será dominado por tu paciencia”.

900 A. “Los que inician la navegación son al principio llevados por el viento. Una vez que han extendido las velas, enfrentan al viento contrario, pero los marineros no aligeran la nave por su causa, sino que aguardan la calma y dejan pasar la tempestad, para retomar la navegación. También nosotros, cuando ha cedido el viento contrario, extendiendo la cruz como una vela, prosigamos seguros nuestro curso”.

901. Dijo también: “Los que han reunido riquezas después de los trabajos y peligros del mar, aunque han ganado mucho desean ganar todavía más y estiman en nada lo que tienen, y tienden hacia lo que no poseen. Mas nosotros, que no tenemos lo que deseamos, no lo queremos adquirir por el temor de Dios”.

902. Dijo también: “Imita al publicano para no ser condenado con el fariseo. Elige la mansedumbre de Moisés para que conviertas tu corazón, que es una roca, en un manantial de agua”.

903. Dijo también: “Es peligroso que enseñe aquél que no ha sido educado en la vida activa. Pues si uno habita en una casa ruinosa y recibe huéspedes en ella, los perjudicará por el deterioro del edificio; del mismo modo el que no fue instruido primero, perderá a los que llegan hasta él. Con palabras los llaman a la salvación, pero con el comportamiento hacen mal a los atletas”.

904. Dijo también: “Es bueno no llegar a airarse, pero si sucede (el Apóstol) no te da siquiera el tiempo de un día para esta pasión.

diciendo: No se oculte el sol (Ef. 4, 26). ¿Esperarás tú hasta que el tiempo se acabe? ¿Por qué odias al hombre que te ha contristado? No es él quien ha obrado mal, sino el diablo. Odia la enfermedad, no el enfermo”.

905. Dijo también: “Cuanto más aprovechan los atletas, enfrentan a adversarios más fuertes”.

906. Dijo también: “Hay una ascesis que es impuesta por el enemigo, y sus discípulos la practican. ¿Cómo distinguiremos la ascesis divina y regia de la tiránica y demoníaca? Ciertamente, por su medida regular. Durante todo el tiempo ten una sola norma para el ayuno. No ayunes durante cuatro o cinco días, y lo rompas después con abundancia de alimentos. La inmoderación es siempre corruptora. Cuando eres joven y sano, ayuna, pues llega después la ancianidad con la debilidad. Mientras puedas hacerlo, atesora privándote de la alimentación, para que, cuando no lo puedas hacer encuentres el descanso”.

907. Dijo también: “Mientras estemos en el cenobio, prefiramos la obediencia a la ascesis, pues ésta, en efecto, enseña el orgullo y aquella la humildad”.

908. Dijo también: “Tenemos que gobernar nuestra alma con discreción. Mientras vivamos en el cenobio no busquemos lo que es nuestro ni sirvamos a nuestra voluntad propia, sino obedezcamos a nuestro padre en la fe”.

909. Dijo también: “Está escrito: Sed prudentes como serpientes y simples como palomas (Mt. 10, 16). Aquello de hacerse como las serpientes se dijo para que no ignoremos los ataques y trampas del diablo. Pues el semejante conoce rápidamente a su semejante. La simplicidad de la paloma muestra la pureza de la acción”.

909 A. (992) Dijo amma Sinclética: “Muchos viven en la montaña, actúan como los de la ciudad, y se pierden. Es posible estar solo con el pensamiento aunque se viva con mucha gente, y estando solo vivir con muchos, también con el pensamiento”.

909 B. (1993) Dijo también: “En el mundo, si faltamos sin querer, nos ponen en prisión; pongámonos nosotros mismos en prisión a causa de nuestros pecados, para que este recuerdo voluntario aleje de nosotros el castigo inminente”.

909 C. (1994) Dijo también: “Así como el tesoro que es expuesto pierde valor, desaparece la virtud que es conocida por todos. Como se derrite la cera puesta junto al fuego, así se disuelve el alma con las alabanzas y pierde su esfuerzo”.

909 D. (1995) Dijo también: “Del mismo modo que es imposible ser a la vez planta y semilla, es imposible producir frutos celestiales mientras estamos rodeados de la gloria mundana”.

909 E. (1996) Dijo también: “Hijos, todos queremos salvarnos, pero nos alejamos de la salvación por nuestra negligencia habitual”.

909 F. (1997) Dijo también: “Estemos atentos, pues los ladrones penetran por nuestros sentidos, aunque no lo queramos. ¿Cómo podría no ennegrecerse una casa con el fuego que le dirigen desde el exterior, si están abiertas las ventanas?”.

909 G. (1998) Dijo también: “Tenemos que armarnos de todos los modos contra los demonios. Pues vienen del exterior y nos mueven desde el interior, y el alma, como una nave, o se sumerge bajo las olas o se hunde por el exceso de carga. Nosotros somos así: a veces nos perdemos a causa de las acciones malas que cometemos, otras, somos aniquilados desde adentro, a causa de los pensamientos. Se debe pues atender a los ataques exteriores de los hombres y ahogar los levantamientos interiores de los pensamientos”.

909 H. (1999) Dijo también: “No estamos exentos de preocupaciones aquí abajo. Dice la Escritura: El que cree estar de pie, cuídese de no caer (1 Cor. 10, 12). Navegamos en la oscuridad, pues el salmista llama a nuestra vida mar, y el mar tiene escollos y a veces está furioso, a veces tranquilo. Nosotros creemos navegar por la parte tranquila del mar, y que los seglares lo hacen entre el oleaje. Nosotros navegamos conducidos por el sol de la justicia y,

sin embargo, el seglar salva a menudo su embarcación por la vigilancia en la tempestad y la tiniebla, mientras nosotros nos hundimos aunque estemos en un mar calmo, porque abandonamos por negligencia el timón de la justicia”.

909 I. (1000) Dijo también: “Es imposible construir un navío si no se tienen clavos; del mismo modo, es imposible salvarse sin humildad”.

909 J. (1001) Dijo también: “Hay una tristeza útil y una tristeza destructiva. Lo propio de la primera es lamentar las propias faltas y afligirse de la debilidad de sus prójimos, para no decaer de su propósito y adherirse a la perfección de la bondad. Pero también está la tristeza que viene del enemigo, totalmente irracional, que algunos llaman acedia. Hay que expulsar este espíritu, sobre todo con la oración y la salmodia”.

LETRA TAU

ABBA TITOE

Titoes no es más que una deformación de Sisoes, de modo que ambos personajes deben identificarse en uno solo.

910. Decían acerca de abba Titoes que cuando estaba de pie para la oración, si no bajaba rápidamente las manos su espíritu se elevaba hacia lo alto. Si esto sucedía cuando los hermanos oraban con él, se preocupaba por bajar inmediatamente las manos para que su mente no se extasiara y se demorase en la oración.

911. Dijo abba Titoes: “Es peregrinación si el hombre domina su boca”.

912. Interrogó un hermano a abba Titoes: “¿Cómo he de guardar mi corazón?”. El anciano le respondió: “¿Cómo guardaremos nuestro corazón, si tenemos abiertos la boca y el vientre?”.

913. Abba Matoes dijo acerca de abba Titoes: “No puede encontrarse un hombre que abra su boca para acusarlo en cualquier cosa que sea. Pues abba Titoes es como oro puro en la balanza”.

914. Cuando se encontraba abba Titoes en Clysma, pensando y reflexionando dijo a su discípulo: “Echa agua a las palmeras, hijo”. Respondió él: “Estamos en Clysma, abba”. El anciano le dijo: “¿Qué estoy haciendo en Clysma? Llévame de nuevo a la montaña”.

915. Un día que abba Titoes estaba sentado, se encontraba junto a él un hermano. No lo vio y suspiró, y no advirtió que un hermano se hallaba a su lado, pues estaba en éxtasis. Haciendo una metanía le dijo después: “Perdóname, hermano, porque todavía no soy monje, pues he suspirado en tu presencia”.

916. Preguntó un hermano a abba Titoes diciendo: “¿Cuál es el camino que lleva a la humildad?”. Le respondió el anciano: “La vía de la humildad es esta: la abstinencia, la oración, y ponerse a sí mismo por debajo de toda criatura”.

ABBA TIMOTEO

Sólo sabemos de este abba que vivía en el círculo de abba Pastor.

917. Abba Timoteo el presbítero interrogó a abba Pastor: “Hay en Egipto una mujer que comete el pecado de la fornicación, y con el dinero que obtiene hace limosnas”. Dijo abba Pastor: “No permanecerá en la fornicación; el fruto de la fe se manifiesta en ella”. Sucedió que la madre del presbítero Timoteo fue a visitar a éste, y él le preguntó: “¿Aquella mujer persiste en la fornicación?”. Ella le respondió: “Sí, y ha aumentado el número de sus amantes, pero todo lo da en limosnas”. Lo anunció abba Timoteo a abba Pastor, y este dijo: “No permanecerá en la fornicación”. Otra vez fue a visitarlo la madre de abba Timoteo, y le dijo: “¿Sabes que esa pecadora quería venir conmigo para pedirte que ruegues por ella?”. Al oírlo se lo dijo a abba Pastor, quien respondió: “Ve tú, más bien, a encontrarla a ella”. Cuando lo vio, después de oír de él la palabra de Dios, se arrepintió y lloró, y le dijo: “A partir de este día me adhiero a Dios, y no volveré a fornicar”. Y se retiró en seguida a un monasterio, y agradó a Dios.

LETRA YPSILON

ABBA HIPEREQUIO

Los apotegmas que siguen son extractados de las "Sentencias" de Hiperequio, un escritor desconocido del siglo V.

918. Dijo abba Hiperequio: "Así como el león es temible para los onagros, así es el monje probado para los pensamientos del deseo".

919. Dijo también: "El ayuno es para el monje un freno contra el pecado. El que lo deja, es como un caballo en celo".

920. Dijo también: "El que no domine su lengua en el momento de la ira, tampoco podrá dominar las pasiones".

921. Dijo también: "Es mejor comer carne y beber vino, que comer la carne del hermano por la calumnia".

922. Dijo también: "La serpiente expulsó a Eva del paraíso con su silbido. El que habla mal del prójimo es como ella, pues pierde el alma del oyente y no conserva la propia".

923. Dijo también: "El tesoro del monje es la pobreza voluntaria. Reunid el tesoro en el cielo, hermanos, pues los siglos de ese descanso son eternos".

924. Dijo también: "Que tu pensamiento esté siempre en el reino de los cielos, y a la brevedad lo recibirás en herencia".

925. Dijo también: "La obediencia es el adorno del monje. Quien lo posea será escuchado por Dios, y se encontrará confiado junto al crucificado. Pues el Señor fue crucificado, hecho obediente hasta la muerte (Flp. 2, 8).

LETRA FI

ABBA FOCAS

Focas, monje del monasterio del abad Theognios en Jerusalén, en la segunda mitad del siglo V, había sido formado en Escete. El apotegma número 926 alude a las disensiones que se produjeron en los monasterios de Palestina como consecuencia del Concilio de Calcedonia (451).

926. Abba Focas, en el cenobio de abba Teognio el jerosolimitano, dijo: “Cuando yo vivía en Escete, cierto abba Santiago, hombre joven que vivía en las Celdas, tenía a su padre carnal como padre espiritual. En las Celdas había dos iglesias, una de ortodoxos, en la cual comulgaban ellos, y otra de cismáticos (monofisitas). Como abba Santiago tenía el don de la humildad era amado por todos, tanto ortodoxos como cismáticos. Le decían los ortodoxos: Mira, abba Santiago, no te vayan a engañar los cismáticos y te atraigan a su comunión. Igualmente los cismáticos le decían: Debes saber, abba Santiago, que si comulgas con los difisitas perderás tu alma. Ellos son nestorianos y disfrazan la verdad. Abba Santiago, que era un hombre simple, dudando entre lo que de ambas partes le decían, angustiado suplicó al Señor. Por eso se escondió en una celda apartada fuera de la laura, vestido con el hábito de su sepultura como quien está por morir. Pues es costumbre entre los Padres de Egipto que la túnica con que recibieron el santo hábito y el capuchón los conserven hasta la muerte, con ellos son sepultados, y solamente los usan los domingos para la santa comunión, quitándoselos después. Cuando se encontró en la mencionada celda rogaba a Dios, insistiendo en el ayuno y postrado por tierra. Decía después que tuvo que sufrir mucho durante esos días, a causa de los demonios, especialmente en su pensamiento. Pasados cuarenta días vio a un niño que entraba donde él estaba con aspecto alegre, y le dijo: Abba Santiago, ¿qué haces aquí? Iluminado de repente y sacando fuerzas de lo que veía, dijo: Señor, tú conoces lo que me sucede. Unos me dicen: No abandones la Iglesia; otros me dicen: Te engañan los difisitas, y yo, en la duda y sin saber qué ha-

cer, he llegado a este punto. El Señor le respondió: Donde estás, estás bien. Y apenas oyó esta palabra se encontró ante las puertas de la santa iglesia de los ortodoxos partidarios del Concilio (de Calcedonia)".

927. Dijo también abba Focas: "Iba una vez abba Santiago a Escete cuando fue atacado fuertemente por el demonio de la fornicación. Se encontraba próximo a caer, mas vino a mí, me contó lo que le pasaba y me dijo: Mañana iré a cierta caverna; te ruego por el Señor que no lo digas a nadie, ni siquiera a mi padre, sino cuenta cuarenta días y, cuando se hayan cumplido, haz la caridad de venir hasta mí trayendo la santa comunión. Si me encuentras muerto, entiérrame; si estoy todavía vivo, dame la santa comunión. Oí todo esto, y cuando se hubieron cumplido los cuarenta días tomé la santa comunión, llevé también pan común puro con un poco de vino, y fui hacia donde él estaba. Cuando me acercaba a la caverna, percibí un fuerte olor que salía de su boca. Dije para mí: Murió este bienaventurado. Pero al entrar lo encontré semivivo. El, apenas me vio, moviendo la mano derecha un poco, cuanto podía, me indicó por el movimiento de la mano la santa comunión. La tengo, le dije. Quiso abrir la boca, pero estaba cerrada; pensando qué debía hacer salí al desierto, y encontré una rama de árbol. Con ella, tras mucho esfuerzo, pude abrir apenas su boca un poco. Eché del cuerpo y sangre preciosos lo que podía recibir. Recobró él las fuerzas con la recepción de la santa comunión. Poco después, empapando algunas migas de pan ordinario se las ofrecí, y después de un rato hice otra vez lo mismo, tanto cuanto podía él tomar. De esta manera, por la gracia de Dios, después de un día regresó conmigo y fue a su celda, liberado con la ayuda de Dios de la pasión dañina de la fornicación".

ABBA FELIX

Aunque su autor sea un desconocido, el apotegma es muy profundo por su doctrina.

928. Unos hermanos, acompañados por algunos seglares, visitaron a abba Félix y le rogaron que les dijera una palabra. El

anciano, empero, callaba. Después que le suplicaron mucho, les dijo: “¿Queréis oír una palabra?”. Le respondieron: “Sí, abba”. Entonces el anciano les dijo: “Ya no hay palabra. Cuando los hermanos interrogaban a los ancianos y ponían en práctica lo que les decían, Dios concedía cómo hablar. Pero ahora que preguntan y no hacen lo que oyen, retiró Dios la gracia a los ancianos y ya no encuentran nada que decir, pues no hay quien la ponga por obra”. Al oír esto, los hermanos gimieron diciendo: “Ruega por nosotros, abba”.

ABBA FILAGRIO

Nada se sabe de este monje palestino.

929. Uno de los santos, de nombre Filagrio, habitaba en el desierto de Jerusalén y trabajaba duramente para ganar su pan. Estaba una vez en la plaza para vender su mercadería, cuando alguien dejó caer un bolso con mil monedas. El anciano lo encontró y permaneció en el lugar diciendo: “El que lo perdió, debe volver”. Y este llegó, llorando. El anciano lo llamó aparte y le devolvió la bolsa. El otro lo detuvo y quiso darle una parte, pero el anciano no aceptó. Comenzó el otro a gritar: “¡Venid a ver lo que hizo el hombre de Dios!”. Mas el anciano huyó secretamente de la ciudad, para no ser ensalzado.

ABBA FORTAS

El apotegma, atribuido al desconocido Fortas, recuerda uno parecido, atribuido a abba Daniel (n. 183).

930. Dijo abba Fortas: “Si Dios quiere que yo viva, él sabe lo que debo hacer, pero si él no lo quiere, ¿de qué me sirve vivir?”. Estaba en el lecho, pero de nadie aceptaba cosa alguna, y decía:

“Si alguien me trae una cosa, y no lo hace por Dios, yo no tengo nada para darle y tampoco recibirá el premio de Dios, pues no lo trajo por él, y así él sufrirá una injusticia. Es preciso, en efecto, que los consagrados a Dios miren solamente hacia él, y estén de tal manera dispuestos que no consideren que se les hace una injuria, aunque tengan que sufrir mil perjuicios”.

LETRA XI

ABBA XOMAI

No es posible identificar a este Padre.

931. Contaban acerca de abba Xomaí que, estando próximo a la muerte, dijo a sus hijos: “No viváis con herejes, no frecuentéis gente principal, no estén vuestras manos extendidas para recoger sino más bien para dar”.

ABBA QUEREMON

Casiano pone tres de sus Conferencias (11-13) en boca de abba Queremón y lo sitúa en Panefo. Puede ser que en su juventud, Queremón haya vivido en Escete.

932. Decían acerca de abba Queremón de Escete que su caverna distaba cuarenta millas de la iglesia y diez millas del pantano y del agua. Y llevaba su trabajo manual a la caverna y además dos recipientes, uno frente al otro, y permanecía allí en la hesiquía.

LETRA PSI

ABBA PSENTAISIO

Junto con los de Orsisio (nn. 573 y 574) este apotegma número 933 pertenece a la literatura pacomiana. Se trata de un extracto de la primera “Vida griega de san Pacomio”.

933. Abba Psentaisio, abba Suros y abba Psoios decían: “Cuando oíamos las palabras de nuestro Padre, abba Pacomio, teníamos una gran ayuda, estimulando el celo por las buenas obras. Viendo que, aun cuando permanecía en silencio, hacía de sus actos un discurso, nos admirábamos y nos decíamos los unos a los otros: Pensábamos que todos los santos fueron hechos por Dios perfectos e inmutables desde el seno de su madre y no por su propio poder, y que los pecadores no pueden vivir piadosamente porque fueron hechos de esa manera. Pero ahora hemos visto la bondad de Dios manifestada en nuestro Padre, el cual, de origen pagano, se volvió tan piadoso y se ha revestido de todos los mandamientos de Dios. De este modo, también nosotros todos podemos seguirlo, igual que los santos a quienes él mismo siguió. En verdad está escrito: Venid a mí, todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os daré el descanso (Mt. 11, 28). Muramos, pues, y vivamos con este hombre, porque él nos lleva rectamente hacia Dios”.

LETRA OMEGA

ABBA OR

Según el capítulo 9 de la "Historia lausiaca", Or era monje en Nitria cuando Melania la Mayor visitó este desierto el año 374. Murió alrededor del año 390.

934. Decían acerca de abba Or y de abba Teodoro que estaban construyendo con barro una celda, y se dijeron el uno al otro: "Si Dios nos visitase ahora, ¿qué haríamos?". Y llorando, dejaron el barro y se retiraron cada uno a su celda.

935. Decían acerca de abba Or que nunca mintió ni juró ni injurió a hombre alguno, ni habló sin tener necesidad.

936. Abba Or dijo a su discípulo Pablo: "Mira, no permitas que se introduzca en esta celda una palabra extraña".

937. Fue una vez Pablo, el discípulo de abba Or, a comprar unos mimbres, y vio que otros se habían adelantado y habían dejado una seña. Abba Or, en efecto, jamás daba seña para lo que fuese, sino que en el momento establecido enviaba el precio y compraba. Su discípulo fue entonces a otro sitio para buscar ramas de palmera y el jardinero le dijo: "No sé quien me ha dejado una seña y no ha venido; toma tú las ramas". Las tomó y fue adonde estaba el anciano, y le relató lo sucedido. Cuando el anciano lo oyó, golpeó las manos y dijo: "Or no trabaja este año". Y no permitió que quedaran adentro las palmas hasta que se las llevaron de vuelta a su lugar de origen.

938. Dijo abba Or: "Si ves que tengo un pensamiento contra alguien, sabe que también él tiene el mismo pensamiento contra mí".

939. Donde vivía abba Or había un aldeano llamado Longino, el cual hacía muchas limosnas. Llegó cierta vez un Padre, y el hombre le pidió que lo llevase a ver a abba Or. El monje llegó adonde estaba el anciano y elogió al aldeano diciendo que era bueno y hacía muchas limosnas. El anciano reflexionó y dijo: “Sí, es bueno”. Comenzó entonces el monje a suplicarle: “Permítele que venga, abba, y te vea”. Y el anciano respondió: “Verdaderamente, para verme no tiene más que cruzar esta hondonada”.

940. Abba Sisoës preguntó a abba Or diciendo: “Dime una palabra”. Y le respondió: “¿Tienes confianza en mí?”. El respondió: “Sí”. Le dijo: “Ve, y haz lo que me has visto hacer”. Le preguntó: “¿Qué veo en ti, padre?”. El anciano le contestó: “Mi pensamiento está por debajo de todos los hombres”.

941. Decían acerca de abba Or y de abba Teodoro que pusieron buenos cimientos y siempre daban gracias a Dios.

942. Dijo abba Or: “La corona del monje es la humildad”.

943. Dijo también: “El que es honrado y alabado por encima de su mérito es muy perjudicado; pero el que no es honrado por los hombres recibirá la gloria de lo alto”.

944. Dijo también: “Cuando llega a ti el pensamiento de orgullo y de soberbia, escruta tu conciencia para ver si guardas todos los mandamientos, si amas a tus enemigos y te entristeces por su infortunio; considérate a ti mismo como un servidor inútil y el más pecador de todos. Y después de esto no vayas a enaltecerte como si hubieras obrado bien: sabe que por este pensamiento se destruye todo”.

945. Dijo también: “En cualquier tentación no te quejes de hombre alguno, sino solamente de ti, diciendo: Esto me ha sucedido a causa de mis pecados”.

946. Dijo también: “No digas en tu corazón contra tu hermano: Soy más austero y ascético; más bien sométete a la gracia de Cristo en espíritu de pobreza y de amor sincero para no caer en el espíritu

de vanagloria y pierdas tus trabajos. Está escrito en efecto: Quien cree estar de pie, vea que no caiga (1 Cor. 10, 12). Sé como si el Señor te hubiese preparado con sal”.

947. Dijo también: “Huye de los hombres o engaña al mundo y a los hombres haciéndote necio en muchas cosas”.

948. Dijo también: “Si has hablado mal de tu hermano y tu conciencia te molesta, ve, haz una metanía y di: Hablé mal de ti, y asegúrale que no lo volverás a hacer. La difamación es muerte para el alma”.

INDICE

LETRA KAPPA

Abba Casiano	5
Abba Cronios	7
Abba Carión	9
Abba Copres	10
Abba Giro	11

LETRA LAMBDA

Abba Lucio	12
Abba Lot	13
Abba Longino	14

LETRA MI

Abba Macario el egipcio	16
Abba Moisés	29
Abba Matoes	34
Abba Marcos, discípulo de abba Silvano	36
Abba Milesio	38
Abba Motios	39
Abba Megethios	40
Abba Mios	41
Abba Marcos, el egipcio	42
Abba Macario, el ciudadano	43

LETRA NI

Abba Nilo	44
Abba Nesteros	45
Abba Nesteros, el cenobita	46
Abba Nicón	47
Abba Netras	48
Abba Nicetas	48

LETRA XI

Abba Xoios	50
Abba Xanthias	50

LETRA OMICRON

Abba Olimpio	52
Abba Orsisio	52

LETRA PI

Abba Pastor	54
Abba Pambo	88
Abba Pisto	90
Abba Pior	91
Abba Pitirión	92
Abba Pistamón	93

Abba Pedro Pionita	93
Abba Pafnucio	94
Abba Pablo	96
Abba Pablo, el cosmeta	97
Abba Pablo el grande	97
Abba Pablo el simple	98
Abba Pedro de Dios	100
Abba Paladio	100
LETRA RHO	
Un Abba de Roma	101
Abba Rufo	103
Abba Román	104
LETRA SIGMA	
Abba Sisoés	105
Abba Silvano	114
Abba Simón	117
Abba Sopatro	118
Abba Sarmatas	118
Abba Serapión	119
Abba Sereno	121
Abba Espiridón	121
Abba Saio	122
Amma Sara	122
Amma Sinclética	124
LETRA TAU	
Abba Titoes	130
Abba Timoteo	131
LETRA YPSILON	
Abba Hiperequio	132
LETRA FI	
Abba Focas	133
Abba Félix	134
Abba Filagrio	135
Abba Fortas	135
LETRA XI	
Abba Xomai	137
Abba Queremón	137
LETRA PSI	
Abba Psentaisio	138
LETRA OMEGA	
Abba Or	139

I.S.B.N. (obra completa) 84-7770-201-2

I.S.B.N. (tomo 2) 84-7770-199-7

Depósito Legal: MA-72-1991

Imprime: Reprografía Malagueña, S.L.

C/. San Millán 11.